

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

REPORTAJE

LOS HIJOS DE LA INMIGRACIÓN
LA CONDICIÓN DE LOS JÓVENES FRANCESES
DE ORIGEN EXTRANJERO

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

P R E S E N T A
ROSALBA AGUIRRE BELTRÁN

ASESORA:
LIC. JOSEFINA ESTRADA ORTIZ

MÉXICO, D.F.

CIUDAD UNIVERSITARIA 2005



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres —Aroldo y Mary—
por su amor, apoyo y enseñanzas,
pero sobre todo por inculcarme un espíritu crítico.

A mis hermanos —Laris y Harol—,
porque en nuestro navío de fraternidad
la travesía siempre ha sido cálida y venturosa.

A Santi y Larissita,
porque el prodigio de sus vidas
ilumina la coincidencia de nuestros senderos.

In Memoriam

A mi hermano,
ángel etéreo
siempre en mi corazón.

A mis abuelas
y a mis tíos Queta y Josa,
cuyos ejemplos de vida
son cotidiana y dulce presencia.

A todos los periodistas honestos
caídos en el cumplimiento de su deber
o acallados por las balas de la mentira.

AGRADECIMIENTOS

A la UNAM —ante todo y sobre todo— y a mis maestros más admirados:
Luis Carrasco, Esperanza Tuñón, Fernando Castañeda, Juan Brom, Lucía Chávez,
Ricardo Magaña, Gustavo García, Elvira Hernández y Mario Strukelj.

A mi asesora, la periodista y escritora Josefina Estrada, por la atención
y el interés con que me orientó a lo largo de este trabajo.

A Lalis Villanueva, Eréndira Bautista, Mayra Chávez, Conny Zayas,
Irene García, Raúl Hernández, Paty Sánchez, Cuauhtémoc Alfaro, Ana Segovia,
Carlos Valdés, Gloria Morales, Laura Novaro, Claudia Mendoza,
Sergio Aguilera y Judith Santillán —amigos siempre— por las confidencias,
los libros, el cine, la complicidad, los retos, la música, los viajes, la melancolía, las risas...

A la entrañable *troupe* aventurera: Edith, Gandhi, Hilda, Marco y Rosy,
porque juntos realizamos un sueño y nos empeñamos en construir
otro que aún vuela con el viento a su favor.

Saben que la inspiración de este trabajo les debe mucho a ustedes.

*Entre nous, il sera toujours comme être à Paris
en voyant les étoiles sur la Seine...*

A Sergio Solís, Cecilia Espinosa y Luisa Sarre por la luminosidad
de las buenas noticias y su amable guía para agilizar
los trámites del viaje y la residencia en Francia;
a Arturo Rodríguez, Luz Pereyra y el personal de la Casa de Francia
por su generosidad y las condiciones siempre favorables.

En FRANCE:

Des énormes mercis aux professeurs du lycée, tout particulièrement
à Sole Chantereau pour la confiance et le soutien inconditionnel,
Betty Rosenal pour sa gentillesse et sa contagieuse joie franco-antillaise,
Ghislaine Weiss pour la chance de profiter un petit peu
de son immense amour pour le Mexique,
Bruno Rigobert pour le candide sans-gêne avec lequel
m'a cédé la tutelle de ses «enfants terribles»
et Élisabeth da Encarnação pour l'amitié qu'est née
d'une spirale de chats sur la fenêtre...
(Heureusement, Cortázar, ton esprit as été toujours présent.)

Merci à Jenny Atkinson y Lucy Fooks pour tout le temps
que nous avons partagé un appartement de la banlieue parisienne, ainsi que
des découvertes et des nostalgies du chaud Mexique et la froide Angleterre,
Laurent Maltaise pour les confusions de «Migo» et «Tigo»
que nous tuaient de rire en face de la belle tour Eiffel,
Fakher, le meilleur guide franco-tunisien d'Argenteuil;
Catherine Ledéssert pour l'éblouissante première visite au Musée du Louvre,
et Sylvia Pfauntsch pour nos voyages en train, les cartes
et les incomparables gâteaux de l'Allemagne.

Aussi, bien sûr, avec affection impérissable:
À tous mes élèves du lycée Romain Rolland d'Argenteuil
pour leur tendresse et leur enthousiasme,
pour le temps qui est passé et les sourires qui vont avec, et qui restent,
mais surtout parce que nous avons confirmé, tous ensemble,
que «les autres» ne sont que nos compagnons de voyage...
UN MILLION DE MERCIS DE CROIRE EN MOI !!!

Que cette thèse soit un modeste hommage à tous les fils d'immigrés
qui ont été victimes de l'intolérance et du racisme.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	I
--------------------	---

PRIMERA PARTE

FRANCIA: DESTINO DE INMIGRANTES

I.	UN VIAJE EN TREN	1
	Saint-Lazare, punto de encuentro de la diversidad cultural	1
	La región más poblada de Europa	6
	“¡Francia para los árabes!”	10
	Los paisajes de Monet	12
II.	VIDA DE INMIGRANTE	15
	Torres de Babel en los suburbios	15
	“Nuestros antepasados, los galos”	19
	La aventura de la necesidad	26
	De cómo la inmigración se volvió asunto de Estado	29
	La época de las <i>bidonvilles</i>	35
	El desafío de vivir juntos	45

SEGUNDA PARTE

EL MESTIZAJE FRANCÉS, UNA REALIDAD POLÉMICA

III.	EL ASCENSO DE LA GENERACIÓN <i>BEUR</i>	52
	La encrucijada de la doble identidad	52
	La cultura <i>beur</i> , a escena	60
	El itinerario de un sueño	73
	Ni más francés ni menos francés, sino integrante del mosaico Francia	80
IV.	NACER Y CRECER EN LOS SUBURBIOS	92
	El tránsito hacia la tercera generación	92
	Un velo que causa controversia	97
	Que veinte años no es nada... ..	102
	La pedagogía del <i>couscous</i>	105
	Todos somos hijos de inmigrantes	108

La difícil edad de la punzada	114
Los claroscuros del mestizaje	120
EPÍLOGO	148
CRONOLOGÍA	153
ANEXO FOTOGRAFICO	
FUENTES DE CONSULTA	160
BIBLIOGRAFÍA	160
HEMEROGRAFÍA	164
PÁGINAS WEB	165

INTRODUCCIÓN

Hay una frase de Bertolt Brecht que bien puede aplicarse como un postulado para quienes ejercen el oficio periodístico: “Que pueda inquietarles toda cosa llamada habitual”. Ése fue el punto de partida de este reportaje cuyo tema surgió a raíz de una experiencia de trabajo en Francia, donde estuve en contacto con una realidad que parece lejana a nuestro país, pero que revela muchas coincidencias al ahondar en torno a los efectos sociales, económicos y culturales de la emigración internacional que, en una escala sin precedentes, fue una característica histórica del siglo XX.

Poco antes de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, gracias a una beca de intercambio académico, trabajé en Francia como profesora de español durante un ciclo escolar. El Ministerio de Educación Francés me asignó a un liceo de enseñanza general y tecnológica de la Academia de Versalles, en la ciudad de Argenteuil, a pocos kilómetros de París.

La primera impresión que recibí de los adolescentes a los que impartiría clases resultó muy aleccionadora. Descubrí el rostro más joven de la diversidad étnica y cultural que caracteriza a la sociedad francesa, vuelta mestiza gracias a las masivas oleadas migratorias que iniciaron a fines del siglo XIX y concluyeron al principiar la década de los setenta del siglo pasado, aunque hoy todavía se mantiene una inmigración extranjera de menores proporciones e incluso clandestina.

Provenientes primero de los países vecinos y más tarde de las antiguas colonias y protectorados franceses, con el paso de los años los trabajadores

extranjeros echaron raíces en Francia, algunos muy a su pesar y otros convencidos de que en este país lograrían forjar un futuro más halagüeño para sus familias, que gradualmente hicieron su arribo para reunirse con ellos.

Durante casi un siglo, el trabajo de los obreros y empleados extranjeros contribuyó al crecimiento de la economía francesa y mantuvo los niveles de natalidad. Algunos llegaban y otros se iban, pero a partir de los años setenta los inmigrantes —muchos de ellos procedentes de países no europeos— decidieron quedarse definitivamente porque la crisis económica mundial obligó a cerrar las fronteras a la inmigración. Esos extranjeros se encontraban entonces en plena edad productiva, de modo que aquí creció y se volvió francesa una generación de niños que llegaron de otras tierras siendo aún muy pequeños. Cuando cumplieron la mayoría de edad —en los años ochenta— se enfrentaron al rechazo de los franceses y decidieron luchar por el reconocimiento de su doble identidad. La siguiente generación, constituida casi en su totalidad por niños nacidos en Francia de padres extranjeros, vive hoy una adolescencia turbulenta que clama por la integración.

La historia de estas tres generaciones de inmigrantes, cuyas pistas son rastreadas desde un suburbio multiétnico de las afueras de París, conforma el cuerpo de este reportaje dividido en dos partes con dos capítulos cada una. La primera se refiere al contexto histórico que convirtió a Francia en país de inmigrantes, las diferentes etapas del fenómeno migratorio y el progresivo asentamiento y desarraigo de quienes lo protagonizaron; la segunda analiza la situación de las dos generaciones de jóvenes franceses que surgieron de la inmigración: cómo asumen su doble identidad y cómo afrontan los obstáculos y los retos que la misma les confiere.

La elección del tema obedece a la propia naturaleza del periodismo, que consiste en investigar y describir el mundo contemporáneo inmerso en un cambio continuo, profundo y dinámico. En este sentido, Ryszard Kapuściński sostiene que la fuente principal del conocimiento periodístico son “los otros”, lo cual implica que no hay periodismo posible al margen de la relación con los demás seres humanos: el reportero debe esforzarse por transmitir una imagen del mundo auténtica y verdadera que permita llegar al otro y comprender sus razones.

Puesto que el periodista estudia la historia en el momento mismo de su desarrollo, además de describir un acontecimiento tiene que explicar por qué ha sucedido, manteniendo en alerta los cinco sentidos que caracterizan su oficio: estar, ver, oír, compartir y pensar, de modo que un reportero debe relacionarse necesariamente con las personas sobre las cuales va a escribir y buscar la dimensión universal del tema que va a tratar. “El verdadero periodismo —señala Kapuściński— es el del contacto vivo con la gente y con las situaciones: ese conocimiento directo constituye la base del reportaje serio.”

Por lo anterior, para llevar a cabo este trabajo de investigación opté por el género del reportaje porque, en primer lugar, éste obliga a acudir al lugar de los hechos y reunir el máximo de información en torno al tema y su contexto, es decir, los acontecimientos que lo han precedido y la atmósfera que lo rodea. En el *Manual de periodismo* de Vicente Leñero y Carlos Marín, un texto que ya se ha vuelto clásico en la materia, los autores expresan con claridad y concisión esta premisa: en su calidad de género mayor del periodismo, el reportaje es una forma de expresión que además de los hechos recoge la experiencia del autor.

En segundo lugar, el reportaje es el único género en el que se conjuntan todos los demás que son la materia prima del periodismo: la nota informativa, la crónica y la entrevista, combinando la información con las descripciones y las interpretaciones de estilo literario, de ahí que se trate del género periodístico por excelencia.

De acuerdo con el escritor Federico Campbell, el reportaje es una investigación sustentada en datos provenientes de la realidad que el reportero debe ensamblar de manera eficaz para lograr un efecto de conjunto conmovedor, preocupante y grave manteniendo una objetividad estilística.

En el mismo tenor se manifiesta el argentino Máximo Simpson en su ensayo “Reportaje, objetividad y crítica social”, al considerar que el reportaje es a la vez un género informativo e interpretativo que constituye la investigación de un tema de interés social —aunque parta de un hecho particular— en el que, con estructura y estilo periodístico, se proporcionan antecedentes, comparaciones y consecuencias orientados a dar una idea cabal del asunto que se trata.

De manera coincidente con Humberto Cuenca, quien destacó en su obra *Imagen literaria del periodismo* que el reportaje no es la narración informativa de un suceso extraordinario sino el descubrimiento de una realidad, Simpson subraya que el llamado “reportaje profundo” tiene como propósito analizar los hechos en su interrelación con el contexto y la coyuntura social y política en que se producen, es decir, exige “abordar *el presente como historia*”, para lo cual es preciso reflejar la realidad en todos sus matices.

En su libro *Técnica del reportaje*, el periodista mexicano Luis Velázquez explica que el máximo género periodístico investiga y denuncia, por lo que no basta con buscar la verdad en el fondo de los hechos sino que además es preciso ejercitar un agudo sentido de observación, hacer entrevistas y contar lo vivido de una manera clara y sencilla: llevar al lector al escenario de los hechos, retratar con detalle personajes y circunstancias, lugares y cosas, de manera que el propio lector sea testigo de la historia de todos los días. El objetivo del reportaje es, pues, “captar la vida y hacerla que viva en el texto”. Como Kapuściński, Velázquez pone énfasis en que la marca identitaria del periodismo es el interés humano: el hombre con sus esperanzas y desencantos, sueños y frustraciones, alegrías y conflictos.

En tanto género mayor del periodismo, el reportaje trasciende la mera información para explicar, comentar y provocar la reflexión de los hechos imprimiéndole emoción al texto, sin por ello tergiversar la realidad. Al recrear la noticia, el reportaje informa pero también interpreta: es el periodismo rozando las fronteras de la historia.

Grandes reporteros de la talla del alemán Günter Wallraff, el polaco Ryszard Kapuściński y el colombiano Gabriel García Márquez coinciden en que todo reportaje que se precie de serlo es un trabajo colectivo en el que participan, en primer término, las personas de las que se obtiene la información, de manera que sin un espíritu de colectividad, de buena voluntad y de comprensión recíproca no es posible escribir. En segundo término, también es fundamental contar con libros y documentos sobre el tema y con aquello que el propio Kapuściński define como *imponderabilia*, es decir, los colores, las temperaturas, las atmósferas y los climas que son parte imprescindible de la escritura, en tanto que la selección de lo que el

autor finalmente pondrá por escrito se reserva a su intuición, talento y principios éticos.

Con base en lo anterior, este reportaje se presenta como un recorrido fundamentado en la investigación histórica de una cultura múltiple y diversa que los miembros de cada generación de inmigrantes nutren con la emotividad de sus testimonios marcados por el desarraigo y el dolor, la pérdida y la exclusión, pero también por la nostalgia y el valor, por el ánimo de hacerse uno y todos a la vez, por la riqueza que subyace en la diversidad que representan.

Por último, cabe esperar que el resultado de esta investigación cumpla con el propósito que la periodista Josefina Estrada define como la fase última y acabada a la que aspira nuestro oficio como acto de creación: “el afán del periodista quedará cumplido si su trabajo invita a la lectura y logra interesar al lector para que éste pueda formarse su propio juicio”.

PRIMERA PARTE

FRANCIA: DESTINO DE INMIGRANTES

Umbral

NOSOTROS SOMOS NOSOTROS, Y LOS OTROS SON LOS OTROS. ¡Que quede muy claro! Los otros siempre están ahí y siempre nos atacan los nervios. ¡Nunca lo dejan a uno en paz! Si sólo fuesen de otra manera, todavía. Pero no, se creen que son algo mejor. Los otros son arrogantes, sabelotodos, no nos pueden aguantar. Difícil decir lo que piensan en realidad. A veces tenemos la impresión de que están chiflados. Una cosa es segura: algo quieren de nosotros, no nos dejan en paz. Es una provocación la forma que tienen de examinarnos, como si nos hubiéramos escapado de un zoológico, o como si fuéramos alienígenas. Lo mínimo que puede decirse es que nos sentimos amenazados por ellos. Si no nos defendemos nos quitarán todo cuanto poseemos. Si fuera por ellos, nos matarían.

Por otro lado, no podemos imaginarnos un mundo sin los otros. Algunos sostienen incluso que los necesitamos. Toda nuestra energía la invertimos en los otros; todo el día, y hasta de noche, pensamos en ellos. Aunque no los podemos soportar, dependemos de ellos. Como es natural, nos alegraríamos de que se fueran a cualquier sitio donde no tuviésemos que verlos nunca más. Pero ¿y luego? O bien tendríamos otros colgados del cuello, y todo comenzaría de nuevo y tendríamos que estudiar a los nuevos otros para defendernos de ellos; o bien mucho peor, empezaríamos a pelearnos entre nosotros y entonces, naturalmente, algunos de nosotros serían los otros, y sanseacabó con nuestro nosotros.

A veces me pregunto si en realidad nosotros somos nosotros. Puesto que nosotros somos al mismo tiempo los otros de los otros. También ellos necesitan alguien a quien no poder aguantar, y ese alguien somos con toda certeza nosotros. No sólo nosotros dependemos de ellos, igual dependen ellos de nosotros, y desde luego que se alegrarían de que nos fuéramos a cualquier sitio donde no tuviesen que vernos nunca más. Pero es probable que después nos echen de menos. Apenas se hubieran librado de nosotros, se encarnizarían entre ellos, igual que nosotros si los otros desaparecieran.

Todo esto, como es natural, no puedo decirlo en voz alta entre nosotros, es tan sólo una reserva mental mía que mejor es que me la guarde. Porque si no todos dirían: ¡Ahora lo sabemos con certeza, querido!, ¡en el fondo no has sido nunca uno de nosotros, nos has engañado! ¡Eres uno de los otros! Y entonces se me quitarían las ganas de reír, me retorcerían el pescuezo, eso es seguro. No debería pensar tanto en el asunto, no es sano.

Quizá tuviesen los míos incluso razón. A veces yo mismo no sé si soy uno de los nuestros o uno de los otros. Eso es lo malo. Mientras más lo cavilo más difícil me resulta distinguir entre nosotros y los otros. Si se los mira con atención, cada uno de los nuestros es condenadamente parecido a uno de los otros: y viceversa. A veces yo mismo no sé si soy uno de los nuestros o soy otro. Lo preferible sería ser yo mismo, pero naturalmente eso es imposible.

Hans Magnus Enzensberger
Soliloquio de un perplejo

Me interesan más los derrotados que los ganadores.

Charles Baudelaire

La emigración también es difícil desde el punto de vista puramente personal: siempre se piensa en el dolor de la nostalgia, pero lo peor es el dolor de la alienación; [...] el proceso durante el cual lo que nos ha sido cercano pasa a ser ajeno. [En el país de emigración] el proceso se produce a la inversa: lo que es ajeno pasa poco a poco a ser familiar y querido.

Milan Kundera

Los testamentos traicionados

El racismo y la xenofobia se alimentan de la ignorancia y del miedo de una gente que evade otra realidad. Una realidad que debería relacionarse con que la gente no tuviera que salir de su casa y buscar un sitio donde meter la vida. Que la gente pudiera desarrollarse en sus lugares de origen, porque a nadie le gusta dejar su casa por no poder vivir en ella.

Joan Manuel Serrat

¡Triste época la nuestra!
Es más fácil desintegrar un átomo
que un prejuicio.

Albert Einstein

I. Un viaje en tren

Saint-Lazare, punto de encuentro de la diversidad cultural

La historia de la humanidad es el mestizaje.

Manu Chao, músico franco-español

En París, a unos cuantos pasos de la ópera Garnier, se encuentra la estación de trenes Saint-Lazare, una de las más antiguas de la capital francesa. Todavía conserva su estructura de vidrio y acero que inmortalizara el pintor Claude Monet en varios de sus lienzos, inspirado en el progreso técnico del siglo XIX, aunque desde hace más de noventa años aquellos colosos de vapor que tanto cautivaron al artista fueron sustituidos por trenes de tracción eléctrica.

Sin duda alguna, el ferrocarril resultó una invención fascinante que invitaba a muchos a la aventura. Algunos intelectuales de la época se dejaron llevar por un entusiasmo desbordante, como Jules Janin, quien escribió entonces: “En tiempos remotos, sólo los auténticos poetas viajaban a países desconocidos llevados por las alas de la fantasía. En cambio, hoy todo el mundo es poeta sobre las trémulas alas del vapor”. Otros, menos impetuosos, descubrieron que los trenes resultaban un medio ideal para viajar a sitios aledaños a las grandes ciudades en busca de tranquilidad y esparcimiento. En los soleados días de asueto, mientras se calentaban las máquinas, elegantes damas ataviadas con vestidos de seda y sombreros veraniegos desfilaban por los andenes del brazo de caballeros de aspecto distinguido. Gracias a las locomotoras, las excursiones a la campiña —en los alrededores de París— se volvieron uno de los pasatiempos favoritos de la

aristocracia capitalina, que hasta entonces solía pasear en carruajes tirados por caballos.

Pero la movilidad real que auguraba el nuevo medio de transporte constituía una empresa de más altos vuelos y menor linaje. Primero en Saint-Lazare y después en otras estaciones de las ciudades francesas del norte, fue cada vez más común el arribo de ferrocarriles abarrotados de trabajadores belgas. Sus ropas ajadas, sus escasas pertenencias y la necesidad reflejada en sus rostros indicaban que no habían llegado hasta ahí como paseantes, sino en busca de un trabajo que les permitiera ganarse el pan de cada día. Llevados por este mismo impulso, muchos italianos pobres se trasladaron al sureño puerto de Marsella y, poco después, desde distintos rumbos aunque en grupos más pequeños, fueron imitados por trabajadores alemanes, suizos y españoles. De este modo, el ocaso del siglo XIX marcaría la llegada de la primera gran ola de inmigración extranjera en Francia.

El arribo de trabajadores en masa, hasta entonces inédito en el país galo, fue un fenómeno que obedeció a la enorme necesidad de mano de obra no calificada en pleno auge de las transformaciones industriales. El éxodo de hombres jóvenes hacia esta nación, más que a cualquier otro país europeo, se debió a que el perfil demográfico francés, antaño estable, había cambiado de manera radical. A pesar de las prohibiciones de la Iglesia, la idea de la contracepción natural se había difundido con éxito en Francia, lo cual determinó que los matrimonios redujeran su progenie de manera sensible. Debido a que esta situación no ocurrió en el resto de Europa, varios países de este continente —el más fácil de transitar— aportaron la fuerza de trabajo de sus hombres para incentivar la industria francesa.

Así, mientras los belgas se empleaban en las minas de hierro y carbón —indispensables para echar a andar las fábricas que entonces surgían por todos lados— o en los campos de remolacha de las ciudades del norte, los italianos se desempeñaban como marinos y cargadores de barcos en el sur. Más tarde, unos y otros engrosarían también las filas de la naciente clase obrera.

A pesar de la utilidad que los trabajadores inmigrantes representaron para el desarrollo industrial de Francia, su inserción en el país no resultó fácil. Ni siquiera la proximidad cultural entre nativos y extranjeros evitó el enfrentamiento con la violencia xenófoba de aquéllos, que fue casi inmediato. En principio, los inmigrantes fueron relegados a los barrios pobres, y los franceses no tardaron en acusarlos de tomar sus trabajos y hacer bajar sus salarios, aunque en realidad no fuera así. Luego, las hostilidades pasaban al terreno verbal. Por mucho tiempo los nativos apodaron a los belgas como *pots de beurre* (tarros de manteca) y *vermines* (gentuza), en tanto que a los italianos, cuya religiosidad era entonces muy patente y causaba resquemor ante la *descristianización* de los franceses, se les llamaba peyorativamente “cristos”.

Pero también, desde fines del siglo XIX hasta principios del XX, hubo ocasiones en que la agresividad de los nativos se desbordó en motines antinmigrantes, como los que ocurrieron en Marsella —con el pretexto de que los italianos se burlaban de los soldados franceses—, en Tourcoing —una población fronteriza entre Bélgica y Francia— y hasta en Lyon, como consecuencia del asesinato del presidente François Sadi Carnot a manos del anarquista italiano Jeronimo Sante Caserio. No pocas veces estos enfrentamientos dejaron un saldo de varios muertos, cuyas víctimas eran por lo general los inmigrantes extranjeros, es

decir, los “bárbaros” acusados no sólo de invadir el espacio francés, sino de no saber integrarse.

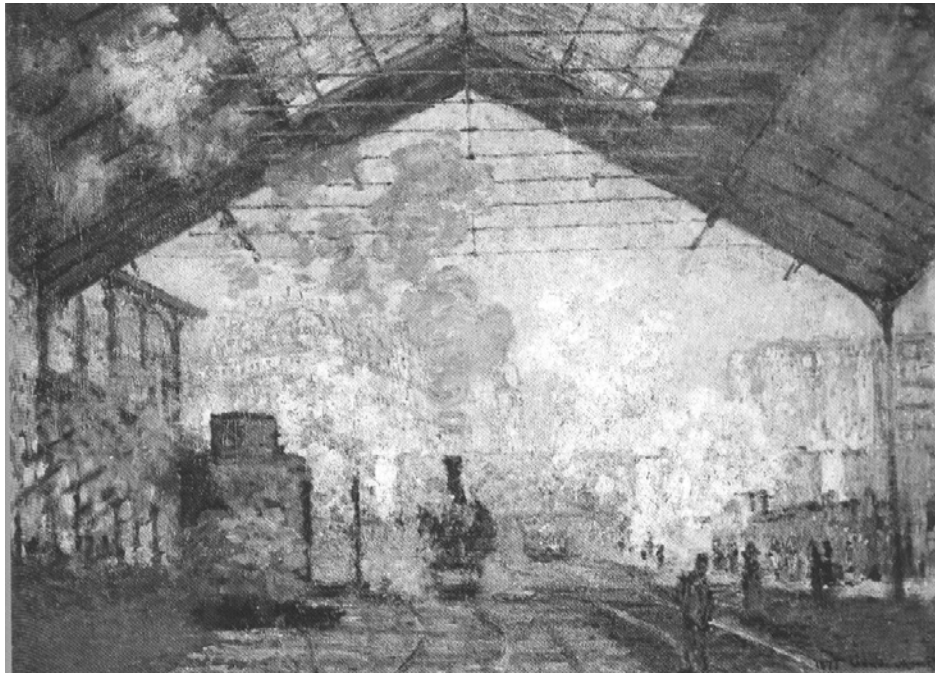
De acuerdo con el escritor alemán Hans Magnus Enzensberger, uno de los grandes humanistas de la actualidad, toda migración desencadena conflictos, independientemente de la causa que la haya originado, de la intención que la mueva, de su carácter voluntario o involuntario, o de las dimensiones que pueda adoptar. En general los recién llegados a un territorio son considerados por el grupo establecido como intrusos; la actitud de los nativos “es la de aborígenes que reivindican la totalidad del espacio disponible. Una concepción que escapa a toda explicación racional. Y que, sin embargo, está hondamente arraigada”.¹

Así sucedió en Francia no sólo tras la primera oleada inmigratoria en gran escala, sino también como consecuencia de las que ocurrieron después de la primera guerra mundial y durante la segunda mitad de la década de los cincuenta, que a la postre representan los tres flujos migratorios más nutridos en la historia de la República Francesa. A raíz de tales desplazamientos la población adquirirá un nuevo rostro: el del mestizaje, que en la actualidad se concentra principalmente en la periferia de las ciudades más industrializadas, como París, Marsella, Lyon, Toulouse, Nantes y Lille, donde llegaron hace más de un siglo los primeros trabajadores extranjeros que contribuyeron a forjar la clase obrera francesa.

Tal como ha ocurrido con la población, Saint-Lazare también se ha transformado. Los viajeros de hoy no encontrarán huella alguna del aura romántica y apacible irradiada por la estación que hace más de cien años subyugó a pintores y poetas, cuando los parisinos parisienses viajaban a las afueras sólo

¹ Hans Magnus Enzensberger, *La gran migración*, Barcelona, Anagrama (Argumentos, 133), 1992, p. 13.

para disfrutar de un almuerzo a orillas del Sena. De manera paulatina, Saint-Lazare se convirtió en el umbral que separa la clásica Ciudad Luz de los suburbios de la inmigración, al noroeste de la capital. De sus entrañas lo mismo se puede emerger al mítico París de los viejos edificios con fachadas de piedra ocre y techos plomizos, las catedrales góticas y los portentosos museos erigidos en las riberas del Sena, que a su periferia sembrada de unidades habitacionales de vidrio y concreto.



Claude Monet, *La estación de Saint-Lazare* (1877)

En los albores del nuevo milenio, la atmósfera que predomina en Saint-Lazare es vertiginosa: en cuestión de segundos, cientos de apresurados viajeros procedentes del norte descienden de los trenes que arriban a la estación de manera continua. Cada diez o quince minutos, los andenes son tomados como por asalto y el tumulto de pasos deja al descubierto una marea humana de distintos colores y orígenes étnicos que se apretuja para salir a las calles de París o abordar el metro, al tiempo que otros cientos de personas se acomodan en el interior de los vagones recién desocupados para volver a casa después de una jornada de trabajo. En su

mayoría, los pasajeros de estos trenes son ciudadanos que habitan en la periferia del noroeste y laboran en la capital, es decir, aquellos cuyos orígenes se encuentran en los inmigrantes extranjeros del siglo XX.

Desde la vieja estación parisina se trasladan a diario estudiantes, amas de casa, desocupados y subempleados, profesionistas, empleados de oficina, pensionados y obreros de ésta que se ha convertido en una de las zonas industriales más prósperas de Europa occidental. Su gran vestíbulo, conocido como Pas Perdue (Pasos Perdidos), ha sido desde tiempos remotos un célebre lugar de cita en el que incluso se han filmado películas. Con el paso de los años las galerías comerciales de Saint-Lazare también se han adaptado a las necesidades de los viajeros: para aquellos que van o vienen de los suburbios están los *tabacs* (tiendas de periódicos, revistas, cigarros y golosinas) y los estanquillos acondicionados para tomar un desayuno rápido de café con *croissants* o *pains au chocolat* y comer un sándwich a la hora del almuerzo; en cambio, para aquellos que viajan a las ciudades del norte están los *bistrots* (bares), las cafeterías, las boutiques, las dulcerías, las tiendas de accesorios fotográficos y hasta una librería, todo pensado para aligerar la espera del tren o hacerse de buenos pertrechos para la inminente travesía.

La región más poblada de Europa

Pero en los suburbios parisinos no sólo se concentra la población inmigrante. Sus cuatro puntos cardinales están rodeados de sitios que pueden resultar tan atractivos para los turistas como la capital misma. Por ejemplo, apenas veinte kilómetros al oeste de París se encuentra el Palacio de Versalles, símbolo de la edad

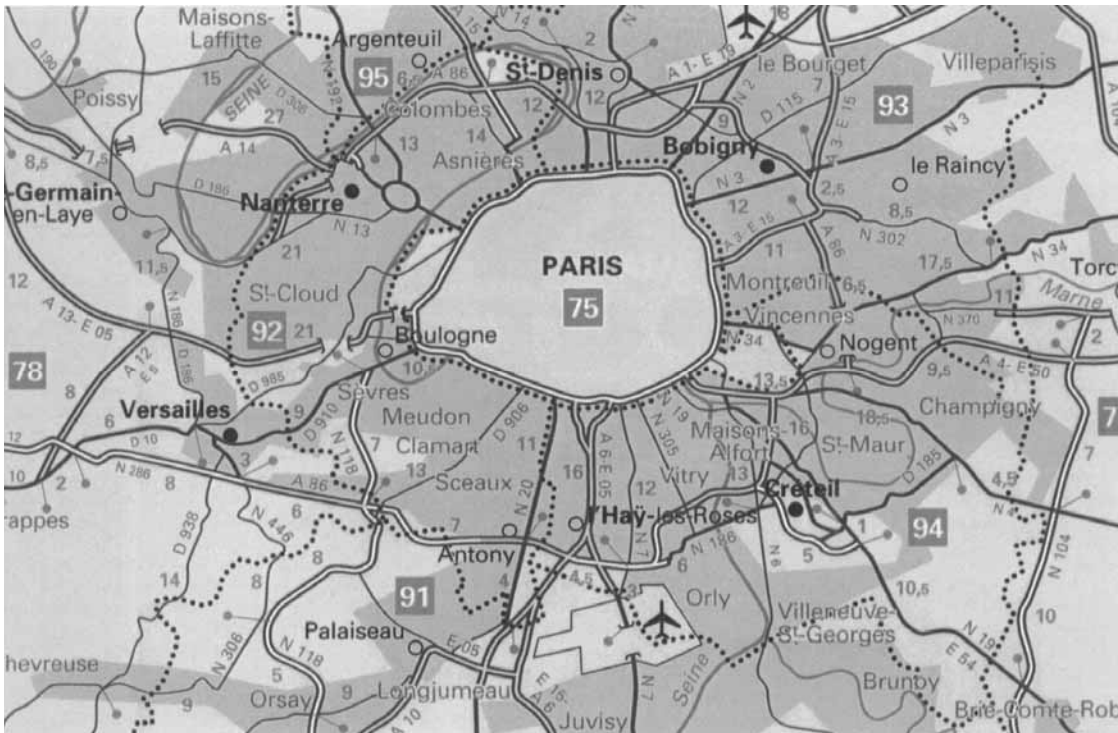
de oro de la monarquía francesa; como en el siglo XVIII, época de su mayor esplendor, la ciudad real aún resplandece en medio de jardines laberínticos y cortinas de árboles que resguardan fuentes y estatuas mitológicas dignas de admiración. Pero si los visitantes buscan un entretenimiento más moderno, propio de la sociedad globalizada de hoy, en dirección contraria y a sólo media hora de la capital hallarán el parque Disneyland, importado hace poco más de una década para deleite de los niños europeos.

Los suburbios del norte, en cambio, muestran un contraste de estilos arquitectónicos. Por un lado está la catedral gótica de Saint-Denis, que alberga en sus sótanos los restos de la mayoría de los reyes franceses, y por otro el Estadio de Francia, escenario de la histórica victoria de la selección nacional en el Campeonato Mundial de Fútbol de 1998. En el extremo opuesto, el sur se caracteriza por su extensa campiña de sinuosas colinas dominadas desde diversos puntos por las torres de vetustos castillos que datan de la Edad Media. Esto y más ofrece la periferia de París, una zona que, junto con la capital, integra lo que se conoce como Île-de-France o región parisina.

Aparte de erigirse como el primer destino turístico del mundo, esta zona es la más poblada de Europa: once millones de habitantes se reparten entre la capital y los siete departamentos periféricos que conforman “la gran corona”.² En esta franja, también llamada París extramuros, lo mismo tienen cabida los multifamiliares de las ciudades-dormitorio que el ambicioso complejo de empresas y negocios franceses e internacionales conocido como La Defensa, además de la Universidad de Nanterre, célebre en todo el mundo desde que en sus aulas se gestara el movimiento estudiantil de mayo del 68.

² Seine-Saint-Denis, Hauts-de-Seine, Val d’Oise, Val-de-Marne, Yvelines, Essone y Seine et Marne.

Así es como accedemos a la Francia de los contrastes: la que se muestra orgullosa de su pasado medieval y monárquico al tiempo que se mantiene a la vanguardia en áreas como la arquitectura y la innovación tecnológica para agradar a turistas y empresarios del mundo entero, y la que oculta a su población multiétnica tras las fachadas idénticas de las unidades habitacionales.



Mapa de París y sus alrededores

A cualquiera de estos sitios es posible llegar desde alguna de las seis grandes estaciones ferroviarias de la capital: Saint-Lazare, Lyon, Montparnasse, Austerlitz, del Norte y del Este. Día tras día se arremolinan en sus andenes pasajeros ocasionales procedentes de todos los puntos del territorio francés e incluso de los países fronterizos —que en los últimos años se han beneficiado de la eficacia y el confort del TGV (tren de gran velocidad)—, pero son los habitantes de la periferia quienes viajan a diario en los trenes suburbanos de corridas regulares.

Y es que desde hace cincuenta años la llamaba *banlieue*³ parisina alberga al grueso de los inmigrantes que laboran en la capital y sus alrededores. Buena parte de ellos arribó hace tiempo huyendo de guerras y conflictos internos, o simplemente en busca de trabajo y mejores condiciones de vida; en cambio, los más jóvenes son sus hijos y nietos ya nacidos en este suelo. La presencia de unos y otros, que al paso del tiempo se ha extendido a los suburbios de las ciudades más importantes del país, tiene un peso tan significativo que, junto con la población originaria, conforman la peculiar *mixité*⁴ francesa de hoy en día.

Pero, ¿cómo es que este país de Europa central llegó a convertirse en polo de atracción para extranjeros de raíces tan diversas? Sin duda alguna, el germen de varios de esos flujos migratorios se remonta a la noche de los tiempos, en tanto que el decurso de los sucesivos periodos históricos se encargará de determinar las diferentes etapas de su asentamiento progresivo.

Así pues, para entender mejor las circunstancias y las razones que alentaron este éxodo sin retorno bien vale la pena tomar el tren rumbo a las zonas habitacionales de la inmigración, en los alrededores de París, emulando a aquellos viajeros de principios del siglo XX que, como escribió Marcel Proust, llegaban hasta “los grandes talleres vidriados como el de Saint-Lazare, que mostraban por encima de la ciudad reventada uno de esos inmensos cielos bajo los cuales no podía cumplirse más que el acto solemne de un viaje en ferrocarril”.

³ Los suburbios.

⁴ Vocablo empleado para referirse a la “mezcla” racial en la sociedad francesa.

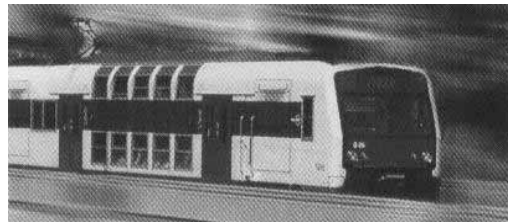
“¡Francia para los árabes!”

Comprar un boleto de tren en Saint-Lazare jamás provoca tumultos, pese a los miles de pasajeros que se movilizan a diario desde ahí. Puede hacerse en las ventanillas establecidas para el caso o en las máquinas electrónicas colocadas de modo estratégico a lo largo de los corredores comerciales. Frente a sus más de veinte hileras de vías, en una enorme pantalla electrónica instalada en un sitio alto y visible, aparecen constantemente los horarios, números de andenes y destinos próximos para orientar a los viajeros. Por lo común, entre los andenes 9 y 12 parten los trenes con destino a Argenteuil, una población de los suburbios del noroeste ubicada a sólo ocho kilómetros de París y en donde viven muchas familias de origen extranjero. Dada su relativa cercanía y su alta densidad poblacional, hasta ese lugar se programan salidas de trenes cada quince minutos.

Por su puntualidad y rapidez, los ferrocarriles suburbanos constituyen el transporte público más eficaz para viajar de París a las afueras y viceversa. Y aunque no son muy modernos, sí resultan suficientemente cómodos. Sus vagones de dos plantas están equipados con baño y asientos acolchados con un forro de color naranja que, a simple vista, parece resistente. Sin embargo, en cuanto uno se instala en ellos es evidente que no: la mayoría tiene marcas de navaja o leyendas escritas con plumón, en francés y en otras lenguas. Por lo general se trata de frases banales u obscenas, aunque también las hay muy reveladoras y dramáticas, como: *La France aux Arabes!* (¡Francia para los árabes!).

Para comprobar la contundencia de estas palabras, basta pasear la mirada en torno del vagón y percatarse de que buena parte de los pasajeros son de origen árabe —inconfundibles por el cabello negro y ensortijado, los ojos grandes y

oscuros y la piel aceitunada—, y en menor medida franceses, portugueses, italianos, españoles, africanos de raza negra, hindúes y asiáticos. Cada cual va en lo suyo. Los adolescentes suelen abstraerse del exterior enchufados a un *walkman* o concentrados en algún juego electrónico portátil, mientras que los adultos prefieren abandonarse a la soñolencia provocada por el traqueteo y el cansancio o enfrascarse en la lectura de *Le Parisien*.⁵ Sólo si se viaja en grupo, y más si es de gente joven, las charlas se tornan ruidosas.



Boleto y tren rumbo a Argenteuil

En el trayecto de Saint-Lazare a Argenteuil el ferrocarril atraviesa seis estaciones intermedias: Pont Cardinet y Clichy Levallois, que son apéndices de la capital y se recorren en sólo cinco minutos; luego Asnières-sur-Seine, una población separada de aquéllas por un extenso cementerio de lápidas grises, algunos cascarones de fábricas abandonadas y terrenos baldíos. En cuanto quedan atrás, el tren pasa por un puente de piedra y hierro sobre el río Sena antes de adentrarse en Bois-Colombes y casi de inmediato en Colombes, que no es más que un barrio de aquélla. Ambas paradas dan acceso a una población fundada a principios del siglo XX en la que aún predominan esas típicas construcciones que en Francia se conocen como *pavillons*: casas de piedra con techo de dos aguas color marrón, ático, chimenea y jardín. El panorama cambia de manera drástica en la siguiente estación, conocida como Le Stade, donde los conjuntos habitacionales de la inmigración emergen a ambos lados de la vía férrea: lo único que se aprecia por la

⁵ Diario local y de tendencia amarillista muy leído entre los habitantes de los suburbios parisinos.

ventanilla son los altos bloques de edificios coronados por numerosas antenas de televisión. Una vez que el tren atraviesa un segundo puente sobre el Sena, por fin hace su arribo a Argenteuil.

El tiempo que toma realizar este viaje en un convoy de corrida regular es de veinte minutos, pero en las llamadas “horas-pico” la Red Exprés Regional (RER) —encargada de operar el transporte ferroviario suburbano— ha instrumentado un sistema de trenes semidirectos que hacen el mismo recorrido en sólo trece minutos. Tan práctico y eficiente ha resultado este medio de transporte, que entre los actuales ciudadanos de la periferia es común emplear la frase “tomar el RER”.

Los paisajes de Monet

Situada en la margen derecha del río Sena, Argenteuil, que a fines del siglo XIX era apenas una floreciente ciudad industrial, hoy tiene una población que ya sobrepasa los 100 mil habitantes, lo que la convierte en la cuarta ciudad más grande de Île-de-France, después de París, Boulogne y Montreuil. Es la cabeza distrital del departamento de Val d’Oise y a lo largo de su historia se ha convertido en un lugar de renombre para la cultura francesa.

Aquí fue donde, en plena Edad Media, la malograda Eloísa vivió un encierro conventual que la alejó de sus amores ilícitos con el teólogo Pedro Abelardo; aquí, en la basílica de San Dionisio, se conservó por mucho tiempo la Túnica Sagrada que, según se dice, portó Jesucristo; aquí también el conde de Mirabeau poseía un castillo “de descanso”, y aquí, mientras Guy de Maupassant recorría la campiña del brazo de la musa que le inspiró varios de sus mejores

cuentos, Claude Monet —rendido ante la luminosidad de los paisajes— pintó más de ciento cincuenta cuadros impresionistas, presa de un arrobamiento que contagió a su colega Auguste Renoir. En tiempos más recientes, Argenteuil refrendó su celebridad por ser la cuna del pintor cubista Georges Braque y el sitio donde Carlos Marx vivió una temporada de su vida adulta.

Famosa también por sus viñedos, sus campos de espárragos y su industria aeronáutica, la ciudad se apegó al modelo de desarrollo de los primeros suburbios parisinos, cuando varias de las riberas del Sena se volvieron corredores industriales, río abajo de la capital. Tras el desastre económico de los años setenta, Argenteuil fue víctima del desmantelamiento de su industria para volverse una más de las decenas de ciudades-dormitorio que rodean París. Hoy estas ciudades se han convertido en espacios en los que se aglomera una gran diversidad de comunidades, desde aquellas que se han beneficiado de un crecimiento demográfico moderado hasta algunos núcleos de población inmigrante que aumentaron radicalmente luego de la construcción de unidades habitacionales en la agonía de los años sesenta.

Como es natural, esta región de la campiña se ha transformado de manera significativa al paso del tiempo. Las regatas del Sena —otrotra protagonistas de muchos paisajes acuáticos de Argenteuil captados por Monet a bordo de su estudio flotante— han desaparecido y el río no luce más ese límpido color azul con destellos de plata que reflejan con virtuosismo los lienzos impresionistas, hoy objeto de admiración para los miles de visitantes del Museo de Orsay.



Claude Monet, *Regatas en Argenteuil* (1874)

En la época actual la industria se ha revitalizado y en la región se fabrica equipo eléctrico y aeroespacial, artículos de caucho y productos farmacéuticos. La urbanización se ha extendido por todos los rincones de la ciudad, pero los franceses de las clases media y alta continúan habitando en los barrios antiguos que circundan el imponente convento del siglo VII, donde además están el cine Le Galilée, la sala de arte Jean Vilar, las escuelas, la subprefectura, los bancos, los supermercados y los restaurantes.

En cambio, en las orillas de la vieja Argenteuil se levantan “modernas y funcionales” torres de departamentos ocupadas casi en su totalidad por la población de origen migrante. Y si bien es fácil llegar a la periferia desde el centro histórico de la ciudad en autobús e incluso a pie, los trenes que continúan su marcha con rumbo al norte se detienen por unos segundos en la estación Val d’Argenteuil, distante apenas medio centenar de metros de los primeros multifamiliares.

II. Vida de inmigrante

Torres de Babel en los suburbios

*Me dices que tenemos que levantar el vuelo,
cambiar de aires,
huir.*

*Pero allí donde vayamos, iremos tú y yo
y quién sabe si todo esto no vendrá también.*

Manuel Rivas
"Viaje", en *El pueblo de la noche*

Como suele ocurrir en el otoño, desde hace varios días se abate sobre París y su periferia una lluvia fina y pertinaz que sólo durante escasos momentos se interrumpe, por lo que predomina un ambiente húmedo y frío. Al descender del tren, el viento helado de octubre recibe a los viajeros. La acera de la avenida principal está cubierta por una delgada capa de hojas que caen de una hilera de árboles aún espesos, los cuales, vistos desde lo alto de la escalera eléctrica que da acceso a la autopista, semejan una explosión de frondas cuyos colores van del verde brillante, pasando por el amarillo seco, al marrón más encendido.

Una vez en la calle, bajo el cielo envuelto en una niebla gris tan común en estas tierras, basta caminar al azar entre los corredores de los edificios más cercanos para percatarse de la variedad étnica de los habitantes de este barrio. No resulta raro cruzarse con hombres y mujeres de raza negra ataviados con túnicas y gorros de diseños multicolores; con grupos de muchachas hindúes de largas

cabelleras azabache; con señoras magrebíes¹ de edad madura que vuelven del mercado, siempre hurañas y en parejas, enfundadas en vestidos negros hasta el tobillo y cubiertas de la cabeza con pañoletas del mismo tono. En la mayoría de los casos el color de la piel, los rasgos de la cara, la vestimenta y el comportamiento revelan enseguida el origen étnico.

Es difícil creer que gente de apariencia física tan distinta comparta el mismo hábitat desde hace más de dos décadas, pero la sorpresa es mayor cuando uno se percata de que aquí viven también personas de origen chino, camboyano, vietnamita, israelí, sólo que éstas parecen haberse integrado —¿o asimilado?— de mejor manera. Al menos eso indica su atuendo, más acorde con el estilo occidental. Y claro, también están las familias de ascendencia polaca, rusa, portuguesa, española... y los franceses de origen —de clase media y baja—, que fácilmente se confunden con cualquier europeo occidental y a quienes ha tocado en suerte compartir su destino con *los otros*, es decir, con los inmigrantes extranjeros.

El centro de Val d'Argenteuil —situado a poco más de medio kilómetro de la estación del tren— está delimitado por una plaza circular en cuyas baldosas, desgastadas y hundidas por la falta de mantenimiento, se encharca el agua cuando llueve, de modo que habitualmente está vacía y sólo la frecuentan algunos niños que patinan o pasean en bicicleta. Alrededor de la plaza hay una decena de galerías comerciales, varias de ellas cerradas y en estado de abandono, a juzgar por la herrumbre de los candados y la basura acumulada al pie de las cortinas metálicas. Sólo permanecen en servicio la *boulangerie* (panadería) —imprescindible en casi cualquier calle francesa—, la farmacia, el *tabac* y un minúsculo merendero árabe que ofrece “spécialités marocaines”. Más lejos se distingue una estancia

¹ Se conoce así a los árabes de raza blanca originarios de los países del Magreb: Argelia, Túnez y Marruecos, es decir, a los africanos del noroeste o mediterráneos.

infantil, un derruido supermercado —el único en dos kilómetros a la redonda—, una sucursal del Banco Nacional de París, la oficina postal, una biblioteca pública, una carnicería y dos *épiceries* (tiendas de frutas, legumbres y abarrotes) atendidas por inmigrantes árabes a quienes no les importa bajar las cortinas más allá de las diez de la noche, contrariando con ello la tradición francesa de cerrar los comercios en cuanto dan las nueve.

Lo demás son bloques de concreto y vidrio separados apenas por pasillos estrechos y anodinas áreas verdes, algunas con juegos mecánicos. Todos los edificios de departamentos, dispuestos de manera horizontal o vertical, están pintados de blanco y los más grandes tienen una altura aproximada de diez pisos. Es evidente que en este barrio, donde habitan más de cinco mil familias, la uniformidad y el gigantismo han sentado sus reales, pero también flota en el ambiente una inevitable sensación de aislamiento y olvido.

Los primeros conjuntos habitacionales que se construyeron en Francia datan de los años sesenta. Levantados sobre terrenos poco costosos y dispuestos uno al lado de otro para optimizar espacio, significaron una ruptura de formas que contrastó con los barrios tradicionales. Así, además de una expresión de la modernidad, los llamados HLM (*hébergement à loyer modéré* = alojamientos de renta moderada o, dicho de una forma menos literal, vivienda subvencionada por el Estado) quedaron estigmatizados desde entonces como un mundo aparte. Veinte años después, dada su obsolescencia, muchos de ellos fueron demolidos sólo para sustituirlos por otros más modernos, sin perder jamás su calidad de “viviendas-conejeras”, símbolo inequívoco de los suburbios de la inmigración.

Este tipo de alojamientos se destinó en un principio a obreros y empleados de provincia atraídos por la oferta de trabajo de las ciudades principales, a directivos menores y a repatriados de las antiguas colonias. Sin embargo, como consecuencia del alto número de inmigrantes extranjeros residentes en el país, el beneficio del parque social se les hizo extensivo. Claro, con ciertas restricciones: por ejemplo, para aquellas familias inmigrantes con ocho o nueve hijos los departamentos de la obra social estaban vedados.



Val d'Argenteuil vista desde la estación del tren

En su origen —según escribió el sociólogo francés Hervé Vieillard-Baron en un estudio que tituló *Les banlieues*— la población de estos conjuntos se caracterizaba por su juventud, puesto que la media de edad no sobrepasaba los 25 años. Las tres cuartas partes de los jefes de familia tenían menos de 45 años, de modo que la llegada simultánea de matrimonios jóvenes de muy diversos orígenes y los nacimientos subsecuentes determinaron la construcción de centros sociales, guarderías, escuelas, etcétera, adecuados a la edad de los primeros residentes. Con base en lo anterior, Vieillard-Baron hace hincapié en que el ciclo de vida resulta

esencial para comprender la evolución de estos barrios, puesto que desde hace varios años prevalece en ellos una sobreocupación de jóvenes y adolescentes para quienes los servicios de su hábitat han quedado obsoletos. A la hora de construirlos, el gobierno olvidó que los bebés crecerían.

Muestra de ello es la existencia de sólo dos escuelas de bachillerato en el centro de Argenteuil, en tanto que en su periferia fue necesario crear dos más. Una de ellas es el liceo general y tecnológico Romain Rolland, en el que toman clases cerca de mil jóvenes de entre 15 y 19 años provenientes no sólo de Val d'Argenteuil sino de poblaciones vecinas como Bezons, Sartrouville y Corneilles-en-Parisis.

“Nuestros antepasados, los galos”

A la una de la tarde, hora en que concluye el primer turno en el liceo Romain Rolland, el patio se llena del bullicio de cientos de alumnos —hombres y mujeres— que parecen reunirse para celebrar un congreso de la UNICEF. Tal es la diversidad étnica que representan, no obstante que más de 80 por ciento son franceses de nacimiento.

La escuela, edificada con la estructura convencional de una preparatoria pública de clase media, es visible desde la estación del tren, de la cual sólo la separan la autopista a París —que en esta parte se conoce como boulevard de la Resistencia— y una sección de las instalaciones deportivas del propio liceo. En cuanto se franquea el zaguán de la entrada, el amplio corredor central por el que ingresan alumnos y maestros da acceso por su costado izquierdo a la dirección y otras oficinas administrativas, separadas por un estacionamiento bordeado de

árboles del edificio principal donde se encuentran las aulas y la biblioteca; y por el derecho a un edificio que aloja el auditorio, el almacén y los comedores de alumnos y maestros. Al final, el corredor desemboca en dos canchas de basquetbol y un gimnasio que bordean la pista de atletismo.

Si bien estas instalaciones carecen del *glamour* y el abolengo propios del liceo más prestigioso de Francia, el Henri IV —que desde tiempos inmemoriales acoge a los estudiantes de la elite parisina en un edificio contiguo a la Universidad de la Sorbona—, tampoco tienen que ver con los liceos construidos recientemente en las ciudades nuevas de los suburbios más alejados, tan modernos que semejan gigantescas naves espaciales, pero cuya fragilidad ha cedido en algunos casos a los embates de las tempestades que cada invierno azotan el norte del país, lo que ha obligado a cerrarlos por varias semanas en tanto son reacondicionados.

En el Romain Rolland, una breve encuesta entre alumnos de segundo grado revela que la mayoría ignora quién fue el personaje que dio nombre al liceo; salvo algunas respuestas vagas que remiten a “un escritor”, “el autor de *Jean-Christophe*” o “un Premio Nobel de Literatura”, sólo Sophie Delvigne, una joven menuda y rubia, se anima incluso a citar de memoria algunas líneas del autor borgoñés dedicadas a la música, las cuales evoca como una suerte de revelación: “Tú eres el mar interior, el alma profunda [...] Cuando cierro los ojos y callo, veo tu luz inefable, y sobre tu corazón escucho el palpitar eterno de la vida...”. En el futuro, Sophie quiere ser pianista profesional.

El sueño de Sophie, de apenas 16 años, no parece inalcanzable. Sólo tiene un hermano y sus padres, franceses de origen, trabajan en París como empleados de una compañía aérea. Pero éste no es el caso de la mayoría de los estudiantes del

liceo, hijos de padres inmigrantes cuyas familias suelen ser más numerosas y con menos ingresos.

Dada su estructura poblacional, los suburbios remiten por lo general al bajo nivel de vida, y por consiguiente al desempleo, la delincuencia y el fracaso. El gobierno mismo los ha marcado como barrios “sensibles” o “en dificultad”, en los cuales, pese a los *esfuerzos* de las sucesivas administraciones, la integración no acaba de cuajar. Según aducen los propios gobernantes, la causa de ello no son las políticas equivocadas sino los problemas de convivencia entre comunidades étnicas tan diversas... ¿será?

Para averiguar qué tan cierto es el argumento que dan los políticos acerca de este asunto, lo primero que cabe preguntarse es si efectivamente el sistema educativo francés se ha ocupado de propiciar la integración en beneficio de la ciudadanía republicana, laica e igualitaria de la que el país tanto se vanagloria. Pero apenas planteado el punto salta a la vista un hecho irrefutable que obliga a la reflexión:

Desde la escuela primaria, a los franceses se les enseña que provienen directamente de los galos, un pueblo indoeuropeo que en el siglo V a.C. logró establecer sus dominios en lo que hoy es Francia. Esta aseveración adquirió incluso tintes de insensatez cuando las colonias francesas en África y América aún no lograban su independencia, puesto que los niños colonizados también debían educarse con los libros de texto de la metrópoli, que de este modo pretendía instruirlos negándoles su verdadera identidad.

Al respecto, el historiador francés Marc Ferro declara:

En 1946, la definición de la Unión Francesa implica la asimilación y la transformación de los africanos en franceses. El espíritu de igualdad que prevalece, al menos en la administración [...], logra la introducción de los programas metropolitanos en todos los niveles y en todas las materias. En historia, fue en ese preciso momento cuando se manifestaron los galos... La historia es, a partir de ese momento, para todos en la enseñanza primaria, la de Francia [...].

“El colono hace la historia, escribía Frantz Fanon, y sabe que la hace porque él es aquí la prolongación de la metrópoli, la historia que él escribe no es pues la del país despojado, sino la historia de su nación, aquella que saquea, viola y humilla.”²

Sin embargo, el equívoco de la identidad gala única e indivisible vale también para los franceses autóctonos, por mucho que entre ellos no falte quien se empeñe en creer que los argumentos de *Astérix*, el cómic francés más leído en todo el orbe, se inspiran en hechos verídicos.

Baste recordar que el escenario habitual de esta historieta, creada en 1959 por el guionista René Goscinny y el dibujante Albert Uderzo —ellos mismos de origen extranjero: el primero de padres polacos y el segundo de padres italianos—, es una pequeña aldea de “irreductibles galos” que resiste con valentía e ingenio la invasión romana... y desde luego al final de cada episodio sus singulares habitantes se alzan con la victoria.

² Marc Ferro, *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, trad. de Sergio Fernández, México, FCE (Colección Popular, 441), 1990, p. 53.



Publicidad de *cordons bleus*. Para muchos franceses, la calcomanía de Astérix es un regalo irresistible

La imagen de Astérix —el más pequeño pero también el más hábil y carismático guerrero galo—, junto con las de sus compañeros de aventuras, no sólo se ha utilizado para crear el único parque de diversiones que compite con Eurodisney, sino también como tema de una de las películas más caras del cine europeo (de la que incluso se filmó una segunda parte) y de diversos productos y *souvenirs* franceses, que con ello aseguran el éxito en sus ventas. Se trata, pues, de “los galos” más admirados por chicos y grandes.

Pero claro, una cosa son los héroes del imaginario colectivo y otra muy distinta la realidad. Lo cierto es que, a diferencia de otros países europeos, el fenómeno de la inmigración extranjera en Francia no es nuevo. Ni siquiera puede hablarse de una “pureza” étnica entre sus primeros habitantes, puesto que los propios galos ya eran diversos desde sus orígenes celtas (siglo VI a.C.). Con el tiempo, extranjeros llegados de los más remotos puntos de Europa —cuyas fronteras aún no estaban definidas— empezaron a instalarse de manera gradual en lo que después constituiría su territorio.

Si bien es cierto que el Imperio romano dominó la Galia entre los años 58-52 a.C., ello no impidió que sucesivas olas de invasiones guerreras se lanzaran a la reconquista de diversas provincias, mezclándose entre sí en un imperio “infestado de bárbaros”, como bien lo caracterizó el historiador Henri Pirenne. Y no fue para menos: durante todo el primer milenio de nuestra era ocurrió un éxodo múltiple de vándalos y visigodos procedentes del Danubio, mientras que desde otro punto geográfico agitadas hordas de francos, burgundos y alamanes atravesaban el Rin con el mismo ánimo expansionista. Por su parte, los magiares y los hunos emprendieron el viaje desde las gélidas estepas asiáticas, al tiempo que los ostrogodos iniciaron su propia aventura partiendo de la actual Rusia. La intrusión continuaría con los normandos que navegaron desde Escandinavia y los sarracenos que se introdujeron por el lado de África del Norte y España, todos en pos de nuevas conquistas.

Enfrentados unos y otros en encarnizadas batallas que se prolongaron durante años, al final fueron los normandos quienes lograron dominar las provincias del norte que hoy conforman el Estado francés, los francos las del centro y los burgundos las del sudeste. Más tarde, la combinación de galos —convertidos en galorromanos— y francos —un pueblo de origen germánico— fue la que prevaleció, resultando determinante en el desarrollo de la Francia actual.

A causa de las constantes migraciones belicosas, al irrumpir la Edad Media existía una sociedad francesa muy heterogénea, de modo que a partir del siglo XII el cristianismo se dio a la tarea de unificarla. Así, una vez que se constituyeron los primeros Estados-naciones, limitados por fronteras cada vez más inexpugnables, el nuevo orden favoreció una inmigración extranjera predominantemente económica, religiosa y política.

Y aunque en esa época los únicos extranjeros que se internaban en territorio francés provenían de Europa, el éxodo fue limitado y no respondió a una necesidad demográfica —puesto que Francia era entonces el país más poblado del continente—, sino al requerimiento de especialistas diversos. Así fue como arribaron, en pleno Renacimiento, artistas italianos, fabricantes de paños holandeses, armadores castellanos, tipógrafos de allende el Rin y mercenarios suizos que hicieron carrera en el comercio, la armada y la administración franceses. Ya entrado el siglo XVII se generalizó la llegada de negociantes europeos que ingresaban por los grandes puertos y la capital con la intención de expandir sus mercados.

Pero también empezaron a llegar extranjeros cuya situación se asemeja a la de los actuales refugiados políticos, es decir, desterrados de sus países de origen por sus ideas contrarias al régimen establecido o perseguidos a causa de su religión. Éste fue el caso de miles de judíos de los países mediterráneos que huyeron a Burdeos y Bayona, mientras otro grupo más numeroso, procedente de Europa central, oriental y septentrional, se instaló en Alsacia y Lorena.

De acuerdo con Guy Le Moigne, experto en el tema de la inmigración extranjera en tierras galas, la propia geografía francesa determinó que el país fuera elegido como un punto estratégico de asilo: por las llanuras del norte arribaron belgas y holandeses, mientras que los ingleses navegaron el canal de la Mancha sin mayor dificultad; la llegada de suizos y alemanes desde las fronteras del este tampoco resultó tortuosa, en tanto que los italianos arribaron desde el sudeste y los españoles se adentraron a través del País Vasco. Sólo las escabrosas y heladas cordilleras de los Vosgos, el Jura, los Alpes bajos y los Pirineos retardaron el ingreso de extranjeros por esos costados.

Así pues, desde sus orígenes Francia se reveló como una nación variada y múltiple. Con el paso del tiempo, los primeros flujos migratorios se tradujeron en una lenta pero segura asimilación poblacional, allanada por el todavía escaso número de los recién llegados, los modos de vida semejantes entre nativos y extranjeros, y una demografía equilibrada en el país de acogida.

La aventura de la necesidad

En tres ocasiones la nación francesa ha destacado, de modo contundente, como un destino clave de la mítica Europa con la que sueñan los extranjeros, sobre todo aquellos que se desplazaron hasta ahí provenientes de países pobres, o bien, de las antiguas colonias que habían vivido bajo su yugo. En la actualidad, el mestizaje que derivó de tales éxodos se refleja sobre todo en los rostros de los jóvenes y adolescentes que habitan en los suburbios.

Éste es el caso de Armelle Jouunion —alumna del liceo Romain Rolland—, una joven cuyo padre es originario de Bélgica y su madre de Martinica. Tiene 16 años y es trigueña, alta y de rasgos caribeños. Aunque nació en París, siempre ha vivido en Corneilles-en-Parisis, una población ubicada cinco kilómetros al norte de Val d'Argenteuil, de modo que para llegar a tiempo al liceo, Armelle debe tomar el tren que se dirige a la capital.

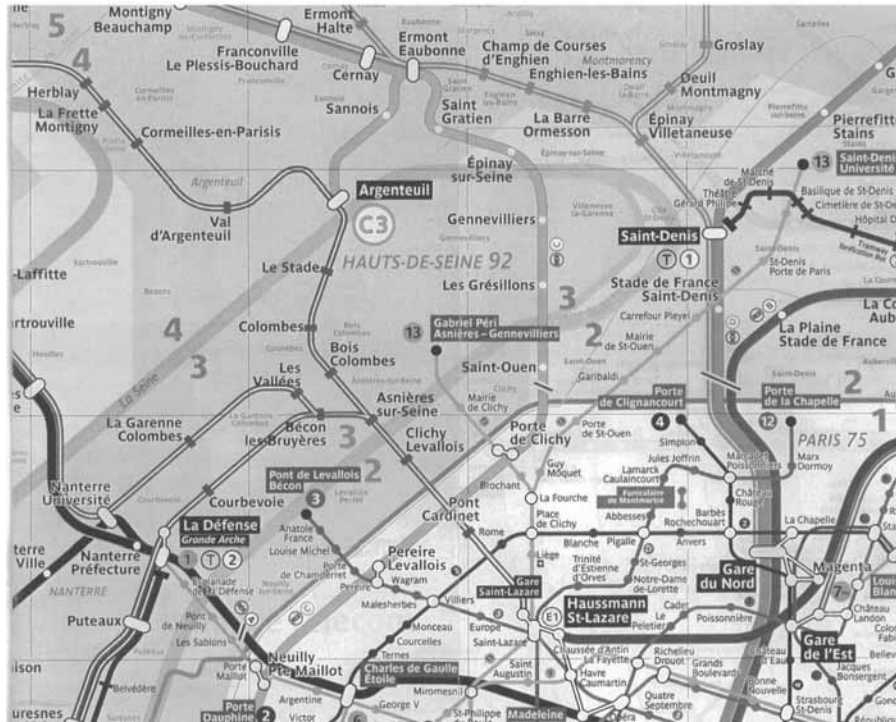
Mi padre vino a Francia a trabajar como obrero —recuerda—, y en París conoció a mi madre, que trabajaba como mesera de un bar. Los dos rentaban un cuarto en un barrio de la capital, pero poco después de que yo nací hicieron su solicitud para obtener un departamento subvencionado por el Estado, y ahí vivimos desde entonces.

La historia de Samir Lkherba no es muy distinta. Su pelo oscuro y rizado, así como sus cejas tupidas y sus grandes ojos negros, revelan enseguida su ascendencia árabe. Es hijo de padre marroquí y madre francesa. Junto con ellos y sus dos hermanas menores, Lëila y Sabrina, vive en la comunidad de Bezons, tres kilómetros al sur de Val d'Argenteuil.

Yo nací en Saint-Germain-en-Laye [un suburbio del oeste, a doce kilómetros de París], donde vivíamos con un tío paterno, pero luego el Estado les rentó a mis padres un departamento en Bezons al que nos trasladamos cuando yo tenía seis años. Mi padre era obrero, pero ahora trabaja en París como empleado de un hotel.

Virginie Álvarez, en cambio, es nieta de un español republicano exiliado en Francia. Su padre, también español, se casó con una nativa y siempre han vivido en Argenteuil, él trabajando como chofer y ella como ama de casa. Al liceo también asisten alumnos de origen portugués, como Christian Marques, hijo de madre francesa y padre lusitano. Ellos habitan desde hace casi dos décadas en Sartrouville, una población ubicada cinco kilómetros al sudoeste de Val d'Argenteuil.

Pese a toda esta variedad de mezclas raciales, en los suburbios del norte de París, y no sólo en Argenteuil, son mayoría los adolescentes de ascendencia magrebí, seguidos por los de origen caribeño, portugués, italiano, español y asiático y, en menor medida, por aquellos cuyos padres llegaron del África subsahariana en tiempos más recientes.



Red del tren suburbano, noroeste de París

Las parejas mixtas, integradas por franceses blancos de origen y extranjeros, son cada vez más comunes en Francia. De acuerdo con datos oficiales, uno de cada diez franceses que deciden vivir en pareja lo hace con una persona de otra nacionalidad. Y al parecer el mestizaje va en aumento, pues las estimaciones demográficas del Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos (INSEE, por sus siglas en francés)³ revelan que la tasa de natalidad en Francia es de 1.9 hijos en promedio, nivel que se prevé continuará estable por lo menos durante los próximos diez años. Ciertamente es que aquí, como en el resto del continente, la curva de envejecimiento de la población va en aumento, pero el actual índice de natalidad en Francia contrasta con el que se registra en la mayoría de los países de la Unión Europea, donde la fecundidad es más baja.

³ Guy Herzlich, "Une France plus peuplée et plus vieille au XXI siècle", en *Le Monde*, París, 30 de noviembre de 1994.

La situación era muy distinta en la época de la revolución industrial, cuando en Francia ocurrió un fenómeno demográfico descendente que habría de detonar la primera llegada masiva de inmigrantes, como ya se mencionó en el primer capítulo. Aunado a ello, el desarrollo de los nuevos transportes —como el ferrocarril y el barco de vapor— facilitarían las primeras oleadas de inmigración extranjera para paliar la escasez de trabajadores franceses, mismas que continuaron limitadas a los países fronterizos.⁴

Durante la primera mitad del siglo XIX, Francia se lanzó a su aventura colonizadora en Argelia y América Latina, la cual propició que miles de ciudadanos franceses emigraran hacia esas tierras, donde además de ejercer el poder político y administrar la riqueza se volvieron latifundistas. En contraste, el fenómeno inmigratorio apenas si sufrió modificaciones: antes de que finalizara el siglo había en Francia 3% de extranjeros, esto es, el equivalente a un millón de personas que se repartían en las ciudades de París, Marsella, Roubaix y Lille.

Cuando inició el siglo XX los inmigrantes belgas eran mayoría, pero en vísperas de la primera guerra éstos y los italianos conformaban las dos terceras partes de extranjeros, seguidos por los alemanes, suizos y españoles. De ellos, 40% ya había nacido en Francia, dato que refleja su grado de adaptación al país.

De cómo la inmigración se volvió asunto de Estado

El 11 de noviembre es un día de asueto en Francia, por tratarse de la fecha en que se conmemora el armisticio de 1918. No hay escuela ni trabajo, y muchos parisinos

⁴ El censo de 1851 fue el primero en considerar la categoría de extranjeros, que entonces constituían poco más de 1% de la población total.

y habitantes de los suburbios se dan cita desde temprano en los Campos Elíseos para presenciar un vistoso desfile militar. En la plenitud del otoño, la legendaria avenida —que hacia el noroeste se extiende de la Plaza de la Concordia al Arco de Triunfo— luce flanqueada por sendas hileras de castaños desnudos, imagen que ha quedado inmortalizada en las clásicas postales de París. Frecuentada día y noche por turistas llegados de todo el mundo, esta mañana la amplia vía de los aparadores lujosos se torna escenario de una de las ceremonias cívicas más significativas para los franceses.

El imponente Arco de Triunfo es engalanado con una inmensa bandera nacional ondeando al centro, mientras que a lo largo de la avenida se despliegan los contingentes tricolores cuyo destino es la llamada glorieta de la Estrella, en la que al término de la parada militar se reúnen por algunos minutos representantes del gobierno para llevar a cabo una guardia de honor frente a la tumba del soldado desconocido en presencia de un público numeroso y solemne. Un acontecimiento similar ocurre el 8 de mayo, día en que se celebra la victoria de 1945.

Más allá del simbolismo que entrañan estos actos, es un hecho que las dos guerras mundiales imprimieron una huella profunda y dolorosa en toda Europa. Pese al tiempo transcurrido, todavía hoy persisten las secuelas que dejaron entre sus habitantes ambos periodos de exterminio, destrucción, persecución y terror.

Durante la segunda guerra Argenteuil fue una de las poblaciones francesas más dañadas por su proximidad con la capital. Desde la toma de París, en varias ocasiones padeció intensos bombardeos y la renovación de la ciudad hizo desaparecer numerosas construcciones que se hallaban en ruinas, como la casa natal del pintor Georges Braque. En la actualidad, a la salida de la estación de tren

conocida como Val d'Argenteuil se ha erigido un monumento en homenaje a los héroes de la resistencia.



Desfile militar frente al Arco de Triunfo

Entre los caídos y los veteranos de ambas guerras existe un alto porcentaje de inmigrantes que desempeñaron un papel fundamental en el convulso panorama europeo de esos años, mismo que se supeditó a las duras condiciones imperantes con un perjuicio mayor para los extranjeros que para los franceses. Muchos de los primeros fueron perseguidos y deportados; otros, en cambio, solicitados con especial interés para realizar las tareas más duras, pero de cualquier manera su presencia resultaría decisiva en el curso de los acontecimientos.

Al despuntar el siglo XX, fue claro que la primera llegada masiva de inmigrantes a territorio francés había traído consecuencias económicas y sociales que le dieron a este fenómeno un cariz político. En esos años se estableció en Francia el régimen republicano, que en aras de la unificación buscó magnificar lo

nacional frente a lo extranjero. Por ejemplo, determinó la oficialidad de la lengua francesa y la educación laica, con el fin de “erradicar” por decreto las diferencias sociales y culturales de sus ciudadanos, cualquiera que fuese su origen. Y si bien entre los valores republicanos estaba el derecho de asilo, con el cual el Estado francés afirmaba los derechos de los extranjeros ya instalados en su territorio, la administración reservó el ejercicio de otros derechos sociales a los nacidos en el país.

Cuando estalló la primera guerra mundial, se intensificó la necesidad de trabajadores extranjeros para remplazar en la industria, la agricultura y los servicios públicos a los franceses que partían al campo de batalla. Pero además fueron reclutados habitantes de las colonias —muchas veces contra su voluntad y tras serios enfrentamientos reprimidos con violencia— para reforzar el frente de guerra, empresa en la que resultarían muy útiles tanto los magrebíes como los africanos de raza negra, según sostiene el historiador francés Philippe Bernard. Estas acciones reflejaron, por un lado, las preferencias patronales respecto de la mano de obra europea, y por otro el germen de una conciencia nacional y de proyectos emancipadores entre los pueblos colonizados.

Al concluir la guerra, lo primero que hizo falta fueron brazos para la reconstrucción. Las bajas francesas habían sido de casi millón y medio —el 10.5 por ciento de la población activa—, más un millón de mutilados y discapacitados a causa de la acción nociva de los gases. Por consiguiente, entre 1918 y 1939 llegó a Francia la segunda gran ola de inmigración, misma que aseguraría, al menos en una mínima parte, el crecimiento demográfico del país.

La gran demanda de trabajadores en ese periodo obligó a la creación de la Sociedad General de Inmigración (SGI), un organismo privado que reclutaba a los extranjeros de acuerdo con las necesidades de las empresas; sin embargo, dado su carácter excluyente, a la par del mismo surgió la inmigración ilegal. Para entonces todavía predominaban los inmigrantes europeos, pero los argelinos —que en la inmediata posguerra gozaron de libertad para transitar por la metrópoli debido a sus “servicios” bélicos— empezaron a emigrar en gran escala hacia este país de la Europa meridional.

El éxodo masivo de inmigrantes no fronterizos inició en el periodo de entreguerras: mientras los polacos eran contratados en las minas del norte, donde se les asignaban los trabajos más pesados que rechazaban tanto los franceses como los inmigrados de la ola precedente, arribaron los portugueses y africanos. Poco después llegaron los rusos, ucranianos, armenios y chinos, que se emplearon en la agricultura, las minas de hierro y carbón, la construcción y el trabajo doméstico. Más de un millón de extranjeros ingresaron a Francia en los años veinte, sin contar a los trabajadores ilegales. De un total de 42 millones de habitantes, 6.4% ya eran extranjeros, lo que convirtió al país en el de mayor población inmigrante en esos tiempos.

Al flujo masivo de trabajadores se sumó el de refugiados políticos que participaron en diversas revueltas surgidas antes de la guerra y durante el desorden de la posguerra: supervivientes del genocidio armenio de 1905, socialistas y anarquistas rusos e italianos antes de 1914, rusos blancos después de la revolución de 1917, ciudadanos de Europa central que huían de la avanzada del fascismo y republicanos españoles.

Como consecuencia de la depresión económica de 1930, el gobierno francés decidió tomar medidas restrictivas en un contexto xenófobo de amplitud inédita: expidió una ley para “proteger” la mano de obra nacional a través de cuotas de extranjeros en las empresas, forzó a los desempleados inmigrantes a regresar a sus países de origen en trenes atestados, obstaculizó el acceso a las naturalizaciones, limitó los derechos de los recién nacionalizados y controló los matrimonios con extranjeros.

Estas políticas radicales, dictadas en medio de una severa crisis económica y demográfica, obedecieron además al desconcierto que provocaba en el gobierno la elección de Francia como único destino europeo de inmigrantes. Incluso en 1938 se creó un organismo oficial encargado de los servicios de inmigración, el cual recomendó de inmediato la *selección* de trabajadores extranjeros “en función de su utilidad económica y su grado de asimilación”, sugerencia que ya dejaba entrever una política organizada de discriminación étnica.

No obstante, el estallido de la segunda guerra mundial obligó al régimen a flexibilizar estas medidas extremas, y entonces hasta los refugiados debieron someterse a las obligaciones militares de rigor. Cuando inició la ocupación alemana prevalecía el desempleo, por lo que se retomó el sistema de cuotas de trabajadores extranjeros y fue devuelta a las colonias parte de la mano de obra militar. Pero al paso del tiempo —y mientras Francia permaneció ocupada— los nazis tuvieron que contratar mano de obra extranjera para su servicio en este país y en la propia Alemania.⁵ Los trabajadores italianos fueron los únicos que

⁵ “Durante la guerra casi diez millones de trabajadores procedentes de toda Europa —una tercera parte mujeres— fueron llevados a la fuerza a Alemania, de modo que el 30% de todos los puestos de trabajo —en la industria de armamentos incluso más de la mitad— estuvieron ocupados por extranjeros.” Hans Magnus Enzensberger, *op. cit.*, p. 56.

mejoraron su estatus, dada la condición de su patria como aliada del nazismo, en contraste con la persecución y deportación encarnizada de los judíos.

Cuando Francia fue liberada al fin, en 1944, los extranjeros apenas llegaban a millón y medio, así que de nueva cuenta se consideró la posibilidad de impulsar una inmigración planificada para solucionar de manera paulatina la insuficiencia de la población económicamente activa y el descenso de la natalidad. Y aunque se retomó la idea de una “selección” física y mental de los inmigrantes, el 2 de noviembre de 1945 se firmó un acuerdo que ignoraba toda distinción basada en los orígenes. Hasta la fecha, y pese a las constantes modificaciones de que ha sido objeto en los últimos veinte años, este documento prevalece como el marco legal de la política francesa de inmigración.

La época de las *bidonvilles*⁶

Si bien es cierto que inmigrantes célebres como el holandés Vincent van Gogh, la polaca Marie Sklodowska (después Curie), el español Pablo Picasso, el italiano Amedeo Modigliani, el ruso Marc Chagall y el rumano Eugène Ionesco —por mencionar sólo algunos de los muchos artistas, científicos e intelectuales notables que contribuyeron a engrandecer la cultura francesa— no enfrentaron demasiadas dificultades para encontrar acomodo en el país de adopción, no debe olvidarse que se trata de casos aislados, excepcionales. Es muy probable que su asimilación indolora obedeciera a que compartían un mismo origen occidental con el pueblo que los acogió, y también a que buena parte de ellos, de manera individual, gozaba

⁶ Término inventado en Marruecos en los años treinta, cuando las poblaciones de origen rural utilizaban materiales como “bidones” de queroseno para construir alojamientos precarios sobre los terrenos baldíos de las afueras de Casablanca, entonces en pleno desarrollo.

de un estatus del que carecía la gran masa de trabajadores que arribaron al país desde fines del siglo XIX y cuya situación jamás fue envidiable.

Al finalizar la segunda guerra, los movimientos demográfico y migratorio empezaron a revitalizarse. En poco tiempo aumentó el nivel de vida y el desarrollo de los bienes de consumo, los cuales dieron origen a nuevos valores ligados a la vida cotidiana. Por ejemplo, para el francés promedio el confort se volvió una exigencia: habitar en una vivienda bien iluminada, ser propietario de un coche, disponer de agua caliente, tener calefacción, etcétera. Ante esas y otras demandas semejantes, el pujante urbanismo alentó la construcción de nuevas ciudades.

La década de los cincuenta fue la del progreso industrial triunfante, y esta situación de bonanza emergente provocó que el perfil de los trabajadores migrantes también cambiara. A partir de ahora se requerirían cada vez más obreros especializados para trabajar en la construcción y en la industria automotriz y aeronáutica, así como hombres y mujeres que se ocuparan de los servicios en general.

Para entonces, los extranjeros que arribaban al país en busca de empleo eran sobre todo hombres jóvenes y solteros que se concentraban en los suburbios de las ciudades más industrializadas, como Lyon, Toulouse, Marsella, Lille, Burdeos, Nantes y la región parisina de Île-de-France. Desde esa época y hasta 1973, con la anuencia del gobierno, la inmigración extranjera se expandió e hizo posible que la derruida economía francesa lograra una franca recuperación. Sin embargo, pese a los beneficios aportados, las condiciones de vida y trabajo de los inmigrantes continuaron siendo lamentables, en particular las de los no europeos.

La expansión económica que logró Francia en esos años fue un factor determinante para atraer a los inmigrantes árabes, pero al mismo tiempo la guerra de independencia de Argelia enfrentó a colonizados y franceses en un conflicto que se extendería de 1954 a 1962.

A principios de los sesenta apareció la tercera ola masiva de inmigrados, que a la sazón resultaría la más nutrida de cuantas han existido en Francia: cuatro millones de personas arribaron al país desde el Magreb, España y Portugal. Este nuevo flujo se inscribió en el clima de la descolonización y la guerra de Argelia, que de algún modo se reflejó también en la metrópoli, donde la rivalidad entre franceses y árabes se recrudeció.

Esta coyuntura histórica puso en entredicho la tradicional política francesa de respeto a los derechos humanos y además exacerbó el racismo entre la población originaria, que a partir de este momento vio a los argelinos como figura emblemática de los “trabajadores inmigrados”. En 1962, una vez que el país árabe logró su independencia, los Acuerdos de Evian posibilitaron la libre circulación de argelinos, quienes adoptaron la nueva nacionalidad pero permanecieron en Francia, mientras que muchos de sus compatriotas emprendieron su propio éxodo al país europeo. Ese mismo año, la población argelina que llegó a Francia fue de 180 mil personas, que junto con las ya instaladas sumaron más de 350 mil.

Cuando esto ocurrió, la mayoría de los barrios pobres de París ya estaban saturados de inmigrantes de diversos orígenes, por lo que los recién llegados, además de someterse a las labores más denigrantes, desde un principio se enfrentaron a la difícil situación económica marcada por una severa crisis de

alojamiento. Todo esto los condenaría, claro está, a padecer el aislamiento y la xenofobia crecientes.

Aquellos inmigrantes que les habían precedido en el camino hasta poco después de concluida la guerra, tuvieron la “suerte” de encontrar acomodo en viejos hoteles desvencijados, húmedos y oscuros, o bien, en cuartos contruidos para ser habitados por un solo trabajador, aunque era usual que varias personas se alojaran en ellos al mismo tiempo y de manera clandestina.

Respecto de la atmósfera que prevalecía en esta clase de hábitat, el escritor Julio Cortázar —quien se exilió en París desde mediados de los años cincuenta— describe en uno de sus relatos más célebres el ambiente inhóspito de un viejo y deteriorado hotel capitalino donde vivían hacinados, justo en esa época, el protagonista de *El perseguidor* y varias familias de inmigrantes argelinos. De los cuartuchos de estos últimos —cuenta el autor— a menudo escapaban los sonidos de una canción mezclados con diálogos en árabe, mientras que los cafés baratos del barrio despedían un peculiar aroma de “ají y pasteles con grasa”, propio de la cocina magrebí. En ese entonces ésta era la forma de vida más común de los inmigrantes musulmanes, cuya cotidianidad marginal captó con maestría el autor argentino.

Años después se constatará que las condiciones de esos edificios capitalinos maltrechos e insalubres encerraban graves peligros para sus habitantes debido a la falta de mantenimiento, pues los dueños se limitaban a cobrar puntualmente las rentas de sus inquilinos y se “olvidaban” de pagar los servicios. Resultaba común que estos inmuebles tuvieran escaleras empinadas y destartaladas con orificios y varillas de fuera; contadores de agua cerrados en pleno invierno; cables eléctricos

desnudos y calefacción improvisada que provocaban descargas y hasta incendios, aunque estos últimos también fueron causados de manera deliberada por personas racistas, según sostiene el investigador y periodista Fausto Giudice en su libro *Têtes de turcs en France*.

Sin embargo, el peor daño derivado de esta forma de vida salió a la luz pública apenas a principios de los años ochenta, cuando varios cientos de niños hijos de obreros —en su mayoría africanos— que aún habitaban en estos edificios enfermaron de saturnismo (degradación del cerebro), intoxicados por las sales de plomo que contenía la pintura de los departamentos. Si bien este tipo de material solía utilizarse en las construcciones de principios de siglo, en 1948 fue prohibido por los riesgos que representaba para la salud. No obstante, la característica más perniciosa de esta pintura es que el plomo se libera después de cincuenta años, y hasta entonces el ayuntamiento y la administración general tomaron cartas en el asunto, ordenando la demolición de los inmuebles y dejando en la calle a sus moradores.

Éstos fueron los riesgos más atroces del precario hábitat de los trabajadores extranjeros que aún pudieron alojarse en París en los años cincuenta, pero aquellos que ya no encontraron cupo en la capital padecerían otro tipo de adversidades no menos terribles. Fue el caso de los inmigrantes magrebíes que arribaron a la antigua metrópoli a mediados de los años cincuenta, quienes no tuvieron más alternativa que construir barracas improvisadas con láminas y material de desecho —conocidas como *bidonvilles*— sobre los terrenos libres de las orillas.

Si bien ya antes de la guerra algunos franceses pobres (como los ropavejeros) solían establecerse en las afueras de las grandes ciudades, entre los

años cincuenta y sesenta la población de esos alojamientos inestables cambió: en lugar de franceses marginados, los ocuparon inmigrantes norteafricanos que ya no sólo llegaban en grupos de solteros, sino cada vez más a menudo con esposa e hijos.

De hecho, los primeros alojamientos de este tipo en los suburbios parisinos fueron construidos en la comunidad de Nanterre, unos seis kilómetros al sur de Val d'Argenteuil, en una instalación militar abandonada por los alemanes cuando acabó la guerra y que llegó a ser el centro de varias *bidonvilles*. Como se hallaba en un sitio cercano a la universidad, muchos estudiantes se dieron cuenta de las condiciones de vida de estos trabajadores extranjeros, lo cual propició que durante las movilizaciones de mayo del 68 diversas organizaciones de extrema izquierda, sindicales y antirracistas se solidarizaron con ellos y los consideraran en sus demandas.

Y es que la situación en que vivían estos inmigrantes no sólo resultaba condenable por la insalubridad, el frío, las carencias y las incomodidades que debían soportar, sino también humillante para aquellos que se veían expuestos a la mirada "del otro" en condiciones infrahumanas. Algunos testimonios de los habitantes de *bidonvilles* que padecieron estas penurias en las afueras de París, dan cuenta de ello:

Hasta el pueblo más pobre de Argelia es mejor que aquí; vamos a buscar agua a las fuentes y no hay electricidad, pero vivimos en verdaderas casas, no en barracas como éstas.



La ruta hacia el agua en una *bidonville* de Nanterre

En toda mi vida, jamás había habitado en un lugar parecido. Fue necesario que viniera a Francia para que mi existencia se transformara en infierno. Y luego lo que dicen: que estamos alojados en *bidonvilles* porque queremos. Es falso, a nadie le gustaría vivir en estas barracas.⁷

Habitar significa estar entre humanos, vivir con ellos y como ellos; *habitar* es vivir humanamente, en las condiciones normales de los hombres, de la misma manera que ellos, y por consiguiente en los mismos alojamientos.⁸

Sobraban razones para la indignación y el resentimiento. El hábitat en el que se había aislado a buena parte de los inmigrantes magrebíes —pues a los argelinos se unieron después, aunque en menor número, marroquíes y tunecinos— era precario y degradante. Por ejemplo, para aprovisionarse de agua debían caminar varios kilómetros cargando sus propios baldes hasta hallar una toma de agua pública; igualmente, gastaban mucho en carbón y velas, pues no tenían gas ni electricidad

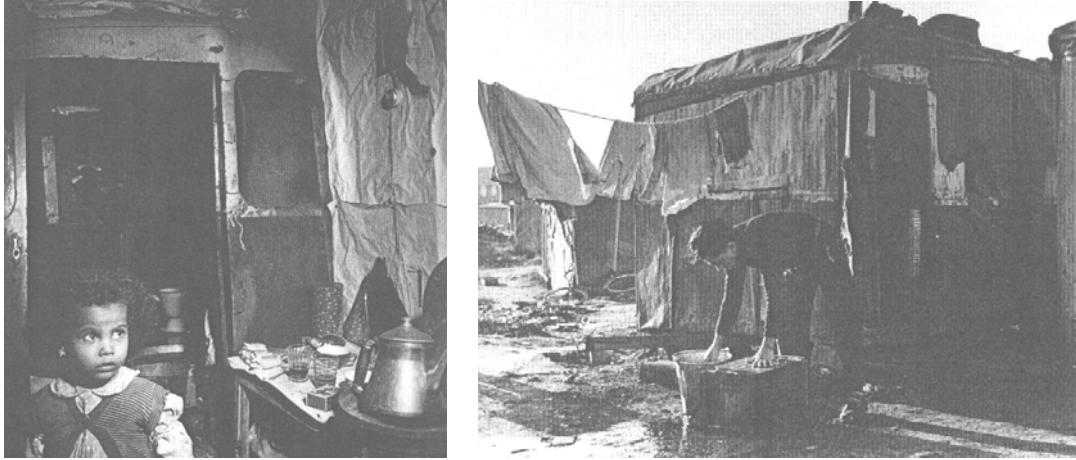
⁷ Jacques Barou, “La mémoire des bidonvilles”, en Jean-Claude Béhar (dir.), *La Défense. L’avant-garde en miroirs*, París, Éditions Autrement, 1992, p. 49. (La traducción del francés de todas las citas de publicaciones en este idioma fue realizada por la tesista.)

⁸ Abdelmalek Sayad, *Un Nanterre algérien, terre de bidonvilles*, París, Éditions Autrement, 1995, p. 41.

—lo que para colmo provocó varios incendios que en cuestión de minutos consumían las barracas—, y además la falta de drenaje y la exposición constante a las corrientes de aire, la lluvia, y en casos extremos las nevadas, provocaban múltiples enfermedades. Todas estas condiciones dejaban en claro que el entorno urbano no sólo se había transformado *sin* ellos, sino incluso en su perjuicio.

Una de las peores afrentas que debieron soportar quienes vivían en *bidonvilles* fue el hecho de que, en plena época de lluvias, tuvieran que caminar entre el lodazal de los callejones de las chabolas rumbo al trabajo o la escuela. En sus zapatos y vestimenta quedaba impresa la marca del deshonor que revelaba a los otros su lugar de residencia. Con el fin de evitar esta vergüenza, algunos usaban un par de zapatos para atravesar los caminos fangosos y otro para tomar el autobús, donde se encontraban con sus compañeros de trabajo. Pero había quienes no tenían calzado extra, y ante la negativa de algunos choferes de permitirles subir a sus vehículos para no ensuciarlos debían madrugar e irse a pie a las fábricas donde laboraban. Los niños también eran víctimas de la humillación, pues tenían que cargar un trapo para limpiar sus zapatos antes de entrar a la escuela; además, por consejo de sus padres muchos pequeños rehusaban proporcionar su dirección cuando iniciaban los cursos.

A pesar de todo, en medio de la miseria de estos alojamientos insalubres los habitantes continuaron cultivando las relaciones solidarias que solían mantener con sus vecinos de las poblaciones de procedencia árabe, empezando por la organización del espacio. Así es como reivindicaban su dignidad colectiva incluso en las condiciones más adversas. Había que hacerles ver a los franceses que ellos no eran vagabundos, que vivían así porque el país para el que trabajaban era incapaz de ofrecerles un hogar apropiado.



Imágenes de la vida cotidiana en una *bidonville* de los suburbios de París

Los hombres acostumbraban reunirse de tarde en tarde en el café del barrio y los domingos en el bar, mientras que las mujeres hacían sus compras en el mercado callejero de los árabes, donde encontraban los colores, las esencias y los sabores de su tierra. En las fiestas familiares compartían la comida con los vecinos, y los niños tenían campos de fútbol y espacio suficiente para correr bajo la vigilancia del vecindario entero. La comunidad en su conjunto se comportaba como si fuese una sola familia unida y numerosa.

Así, durante casi una década, entre la población de las *bidonvilles* se desarrolló una fuerte sociabilidad y una sólida identidad comunitaria que empezó a debilitarse cuando, a fines de los cincuenta, las industrias florecientes se apresuraron a adquirir los terrenos más cercanos a las grandes ciudades y los trabajadores marginales fueron desplazados a sitios más alejados, donde después de un tiempo —y como una medida compensatoria— el gobierno construyó para ellos los primeros multifamiliares.

Naïma y Brahim, adultos hoy que durante su niñez vivieron en las *bidonvilles* de los suburbios parisinos, recuerdan con nostalgia esa época de libertad

y solidaridad que marcó sus primeros años, a pesar de la marginación social y las limitaciones económicas:

Teníamos una libertad fantástica —dice Brahim—. Hasta la orilla del Sena, todo el lugar era para nosotros. Podíamos correr y jugar tanto como quisiéramos. Formábamos una banda muy numerosa, y todo eso era nuestro territorio. Ahí nos sentíamos muy fuertes. Las relaciones con nuestros padres eran fáciles. Podíamos hacer lo que deseáramos sin molestar a nadie, pues había lugar para todos. En ninguna otra parte he encontrado tal sensación de libertad y seguridad.⁹

Por su lado, Naïma rememora:

Todo el tiempo había gente en nuestra casa, pese a que no era grande. En esa época, eso me molestaba porque no podía hacer mis tareas escolares. Ahora lo echo de menos. Nos ayudábamos mucho entre nosotros. Cuando faltaba alguna cosa en nuestro hogar, mi madre me enviaba a pedirla en las barracas de los vecinos, y nunca regresaba sin ella. En cuanto nos cambiamos a los HLM todo eso terminó. Ya jamás fue posible.¹⁰

La demolición de las *bidonvilles* fue un signo propio de la década de los setenta. A mediados de la misma, y debido a la crisis petrolera, el gobierno francés decidió cerrar sus fronteras a la inmigración extranjera de manera definitiva, pero también fue entonces cuando empezó a tomar conciencia de que los inmigrantes ya instalados en su territorio *no* partirían más a los lugares de donde habían llegado.

⁹ Jacques Barou, art. cit., p. 51.

¹⁰ *Idem.*

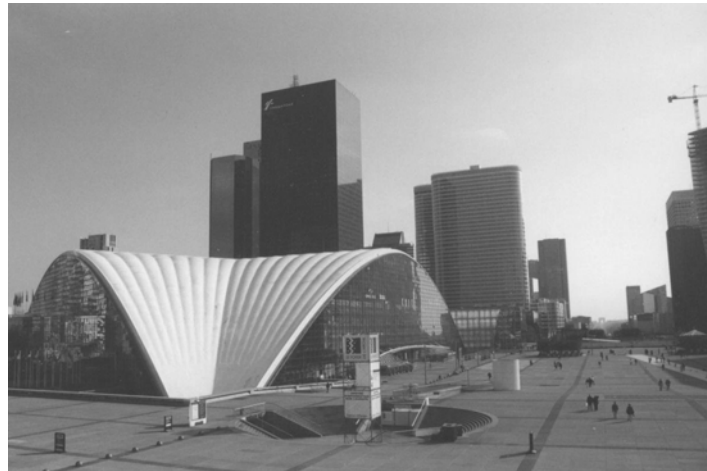
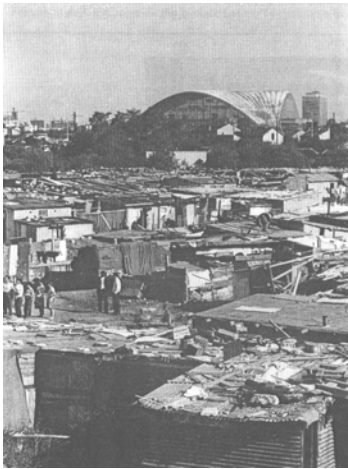
El desafío de vivir juntos

La destrucción de los alojamientos periféricos no sólo laminó un complejo tejido social que duró casi veinte años, sino que respondió a un modelo cuyo propósito fue atomizar progresivamente las imágenes de la miseria urbana, disimulándolas tras las fachadas de los grandes conjuntos habitacionales. Para justificarlo, y de paso evitar controversias, el aparato administrativo argumentó que era necesario acabar con “ese modo de vida anacrónico”.

Mientras los inmigrantes árabes veían levantarse lujosas torres de vidrio destinadas a las empresas más prestigiosas en lo que antes había sido su territorio, se desenmascaró la intención gubernamental de separarlos de la vida local de las grandes ciudades. Las familias que habitaban en las barracas demolidas primero fueron reubicadas en ciudades de tránsito provisionales y después, de manera gradual, en los nuevos edificios de departamentos, que les tocará compartir con inmigrantes de otros orígenes. Sin duda este hábitat resultó mucho más confortable, pero en ese tránsito los trabajadores desplazados perdieron un medio social y cultural en el que habían logrado reafirmar su identidad colectiva y la consecuente estabilidad afectiva que este mismo les garantizaba. Por consiguiente, la reubicación no fue más que una forma institucionalizada de segregación urbana que culminaría hasta mediados de los ochenta.

A los trabajadores solteros se les reinstaló en condominios con departamentos de un solo cuarto, por lo que la propia estructura de las viviendas contribuyó a minar gravemente las relaciones de convivencia de antaño, orillando a estos obreros a un aislamiento creciente. Entretanto, a las familias se les reubicó en edificios con departamentos más amplios —por los cuales pagaban una renta

moderada— que muchas veces colindaban con los acogedores chalets de los franceses. Unos y otros vivían muy cerca, pero no mezclados, de modo que lejos de facilitar la integración, este nuevo ambiente provocó que los inmigrantes se replugaran sobre sí mismos para evitar encuentros agresivos con sus vecinos, en cuyas actitudes muchas veces creían advertir el desprecio.



Antes y después. La imagen de la izquierda muestra una *bidonville* cercana a La Defensa; la de la derecha muestra la misma explanada rodeada de empresas trasnacionales.

A este respecto, el destacado periodista polaco Ryszard Kapuściński, en una excelente serie de reportajes que realizó sobre la vida en África —reunidos en el libro *Ébano*—, hizo notar que al contrario de Europa, donde el individualismo constituye un valor apreciado, en los pueblos africanos es sinónimo de desgracia, de maldición. Él, que viajó a lo largo de este continente y vivió entre sus habitantes durante varios años, no sólo constató que la tradición africana es colectivista, sino que una de las condiciones de la supervivencia del grupo consiste precisamente en compartir con otros hasta la cosa más insignificante. Desde luego esto era parte del legado cultural de los inmigrantes árabes provenientes del norte de África, una razón de peso que los llevó a experimentar ese sentimiento colectivo de fractura, de pérdida, de exclusión.

Cabe mencionar que en la época en que se construyeron las primeras unidades habitacionales, los inmigrantes europeos ya eran tolerados por los franceses y se integraban de un modo más laxo a la sociedad, pero los demás —que por otra parte habían sido los últimos en llegar— no escapaban a la xenofobia virulenta de los nativos.

Aunque en este caso a los trabajadores argelinos les tocaba la peor parte, no fueron los únicos en padecer esta situación. Desde principios de los sesenta el propio gobierno francés, al percatarse del desmesurado crecimiento unilateral de los obreros nativos de Argelia, decidió firmar acuerdos de mano de obra con los gobiernos de Marruecos, Túnez, Yugoslavia y Turquía, diversificando así las fuentes de inmigración. Al poco tiempo llegaron también trabajadores del África negra y después una gran oleada de inmigrantes portugueses, casi todos jóvenes pobres que huían del servicio militar obligatorio en su país, que en esa época se hallaba enfrascado en guerras coloniales con África.

El febril y complaciente recibimiento de estos extranjeros se debió a que constituían una mano de obra barata, móvil y provisionalmente indispensable; sin embargo, todo acabó en 1973, cuando la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) decretó el embargo petrolero. La crisis económica mundial que derivó de este hecho no se hizo esperar, y en Francia una de sus consecuencias inmediatas fue la suspensión de la inmigración extranjera.

A sabiendas de que si salían de Francia no tendrían otra oportunidad de volver, los inmigrantes que recién habían llegado decidieron quedarse por tiempo indefinido, lo cual significaba que quizá sería para siempre. Había acabado la época de la inmigración laboral pero iniciaba la del reagrupamiento familiar y

continuaba vigente la de aquellos que pedían asilo político, aunque éstos eran los menos. El Estado no podía ignorar que en una y otra se traducían el respeto de los principios fundamentales de los derechos del hombre: a la vida familiar y al asilo en casos de temor y persecución.

Conforme llegaban las mujeres y los niños extranjeros a reunirse con sus esposos y padres, las unidades habitacionales se fueron convirtiendo en residencias comunitarias. A la hora de la comida se sabía de qué origen eran los moradores de cada departamento según el aroma que se esparcía por los pasillos. Si olía a cordero y legumbres hervidas la vivienda era magrebí, pero si predominaba el olor a pescado y pastas era portuguesa. Si las especias y el curry picaban en la nariz se trataba de un hogar hindú, pero si emanaba un olor a sopa de tallarines con pollo era camboyano.

Cuando el desempleo sentó sus reales, el perfil laboral de los inmigrantes se modificó. La crisis económica había contribuido a exacerbar aún más el ánimo xenófobo de los franceses, quienes pensaban que ante las nuevas condiciones ya no se justificaba la legitimidad de trabajadores extranjeros. Como consecuencia, en los años ochenta éstos fueron las primeras víctimas de la restructuración que redujo el empleo obrero, sobre todo en la industria y la construcción, sin que los trabajadores franceses se beneficiaran con ello.

Los inmigrantes sólo conseguían emplearse en los sectores donde las condiciones laborales eran precarias —el textil, por ejemplo—, así como en el comercio (alimentación, vestido, restaurantes y cafés), la jardinería y los servicios escolares y hospitalarios (por ser éstos menos estables y de menor calificación que

los empleos de oficina). En general, los inmigrantes no europeos realizaban los trabajos no calificados, temporales y mal remunerados.



Unidad habitacional de inmigrantes en las afueras de París

En ese contexto, la década de los ochenta atestiguaría el arraigamiento en la sociedad francesa de los pobres que vivían del otro lado del Mediterráneo y cruzaban a la orilla de los ricos para reunirse con sus familiares que les antecedieron. Los apoyos económicos y las amenazas para alentar el regreso de los inmigrantes a sus lugares de origen resultaron inútiles. Lo único que el gobierno logró instrumentar fue la expulsión por simple entrada o situación irregular de quienes, no teniendo familiares en Francia, osaban ingresar al país.

Para entonces una buena parte de la opinión pública francesa, azuzada por el ascenso imparable de la derecha en la escena política, renegaba en especial de la inmigración argelina, que ya llegaba a 800 mil personas. En esa época, dos de las medidas más importantes de los parlamentarios conservadores consistieron en someter el reagrupamiento familiar a estrictas condiciones de recursos y

alojamiento, así como en instaurar una política de ayuda para el retorno negociada con las grandes empresas. Con el argumento de preservar la nacionalidad y la identidad francesas, “socavadas por la presencia de inmigrantes”, las políticas de endurecimiento en perjuicio de los extranjeros —sobre todo de los no europeos— fueron producto de las presiones de la extrema derecha personificada por el Frente Nacional (FN) y prevalecieron durante más de una década.

Ante este panorama que reflejaba una creciente intolerancia, parecía imposible nivelar los ánimos en la balanza del *melting pot* (crisol de orígenes, razas y lenguas) a la manera del modelo estadounidense. Este concepto lo utilizó por primera vez Israel Zangwill, un dramaturgo inglés de origen judío que a principios del siglo XX escribió una pieza teatral titulada *The Melting Pot*, cuyo argumento giraba en torno a la promesa de que todos los inmigrantes de Estados Unidos podían volverse “americanos”, es decir, mezclarse en un crisol de democracia, libertad y responsabilidad cívica al amparo de la nacionalidad estadounidense.

No fue casual que la obra en cuestión se escribiera en una época en que numerosas personas cruzaban el Atlántico con la idea de establecerse en territorio norteamericano, alentadas por la facilidad con que los primeros flujos migratorios que habían viajado desde el oeste de Europa lograron fundirse en los valores de la sociedad WASP (*white anglo-saxon protestant*). Los recién llegados buscaban una nueva patria que empezaron a construir en un espacio prácticamente desocupado,¹¹ gracias a lo cual durante más de un siglo cien millones de inmigrantes se integraron en la dinámica que preconizaba el *melting pot*.

Desde luego éste no fue el caso de Francia, que no se constituyó como

¹¹ Sin olvidar que en varias regiones del territorio estadounidense fue exterminada la población indígena, cuyos últimos supervivientes obtuvieron apenas hace poco el estatuto de minoría étnica.

nación con “recién llegados”, sino que apenas a fines del siglo XIX empezó a perfilarse como destino de grandes olas de inmigración integradas por gente de diferentes nacionalidades. Sin embargo, no puede soslayarse que en el territorio galo este hecho ha determinado la convivencia, por más de un siglo, de grupos humanos de los más diversos orígenes, por lo cual resulta útil revisar cómo se han conjuntado las características de este proceso en la búsqueda de un *melting pot* a la francesa.

SEGUNDA PARTE

EL MESTIZAJE FRANCÉS: UNA REALIDAD POLÉMICA

Umbral

Hay ciertas perversiones de la inteligencia y la sociedad humanas contra las que es inútil predicar enfáticamente: lo único positivo es educar a los niños para que les resulten odiosas desde sus primeros años y después establecer leyes que penalicen severamente sus menores atisbos. De estas perversiones quizá sea el racismo la más repugnante de todas. [...]

Como decía Octavio Paz, «contra el atávico impulso racista que detesta al extraño no hay mejor remedio que el mestizaje que une en lazo amoroso a los diferentes y diluye los antagonismos culturales en apariencia irreductibles». [...]

Nadie tiene el derecho de humillar a nadie. De humillarle por su color de piel, por su lengua o por su acento, por su lugar de nacimiento, por sus hábitos de vida, por sus orígenes y tradiciones. Ni mucho menos, desde luego, por su pobreza o desamparo que le hacen buscar refugio entre nosotros. La raza más detestada por todos, la más perseguida y discriminada, es la raza de los pobres.

Contra el racismo, recordemos que todos los humanos somos por igual extranjeros porque todos venimos de donde no sabemos y vamos hacia lo desconocido. Todos somos, por tanto, huéspedes los unos de los otros durante la vida que compartimos y nos debemos la ley de la hospitalidad, que es la base de cualquier civilización digna de ese nombre. Identidades culturales hay muchas, pero la única identidad civilizada que de veras cuenta es la identidad humana. Y nuestra humanidad la descubrimos precisamente en el otro, en el que menos se nos parece en lo superficial, en el que más necesita nuestro abrazo y nuestra bienvenida. Lo que nos hace humanos es el trato humano que ofrecemos al que llega de lejos. Vivir civilizadamente es convivir con los diferentes.

Fernando Savater
Siempre contra el racismo

Y el poeta sigue cantando
tantas victorias y dolores
como si este pan turbulento
que comemos los de esta edad
tal vez fue amasado con tierra
bajo los pies ensangrentados...

Pablo Neruda
«Exilios», en *Fin de mundo*

¡Hombres! Os hemos creado
de un varón y de una hembra
y hemos hecho de ustedes pueblos y tribus,
para que os conozcáis unos a otros.

(El Corán, sura IL, aleya 13)

No heredamos la tierra
de nuestros antepasados,
la pedimos prestada
a nuestros hijos.

Antoine de Saint-Exupéry

¿Y qué será de nosotros sin bárbaros?
Quizá ellos fueran una solución después de todo.

Konstantino Kavafis

II. El ascenso de la generación *beur*

La encrucijada de la doble identidad

*Pienso en los jóvenes; pienso, claro está, en mis hijos.
 Los árboles grandes, cuando somos desarraigados,
 nos llevamos la tierra con las raíces.
 Los nuevos salen con las raíces peladas.
 Posiblemente arraiguen en otra tierra y eso no está mal,
 pues lo importante es arraigar, y crecer, y dar flor y fruto,
 y hay muchas buenas tierras para hacerlo.*

Ángel Rama

Val d'Argenteuil, como cualquier suburbio de la periferia parisiense, es un sitio en el que se lleva una vida en parte urbana y en parte de pequeña comunidad. En esta población persiste todavía el tipo de organización habitacional inaugurado en los años sesenta, que al paso del tiempo se conoció en Francia como *la sarcellite*, es decir, la enfermedad del gigantismo y el aislamiento, representada por numerosos manchones de conjuntos habitacionales idénticos en los límites de las ciudades industrializadas.

Como antes se dijo, las “conejas” de los multifamiliares fueron asignadas a los inmigrantes y a los trabajadores franceses pobres. Aquí, como en muchos otros suburbios, el contraste con la forma de vida del resto de la población salta a la vista: muy próximo a las torres de edificios, y ya lindando con la vieja ciudad de Argenteuil, se extiende un conjunto de chalets de una planta, todos con garage y jardín, situados sobre suaves colinas bordeadas de alamedas. Se trata de un barrio donde reina el confort, la tranquilidad y el orden, y en el que viven familias

pequeñas, matrimonios jóvenes y profesionistas solteros... la mayor parte de origen francés. A diferencia de los departamentos de los multifamiliares —viejos, estrechos y sobreocupados—, las viviendas de este barrio son amplias, luminosas y no tienen más de diez años.



Barrio de familias francesas a un costado de la unidad habitacional de inmigrantes en Val d'Argenteuil

En general, el deterioro de las unidades habitacionales de la inmigración y de la convivencia interétnica en los suburbios comenzó cuando estalló la crisis económica de los años setenta. El auge industrial que poco tiempo atrás había propiciado el arribo multitudinario de inmigrantes extranjeros llegó a su fin de un modo abrupto. Los peores estragos se hicieron sentir entonces en las zonas industriales —no sólo de los alrededores de París, sino de otras ciudades importantes— que al poco tiempo fueron abandonadas, de manera que el consecuente cierre de fábricas y el despido masivo de obreros diezmó gravemente a la población proletaria de las afueras.

Conforme crecían las desigualdades, junto con los inmigrantes una buena parte de los obreros franceses fueron excluidos de los beneficios del trabajo y relegados a las ciudades aisladas de los suburbios. Ello propició que, como en otras ocasiones, se aprovechara el periodo de crisis para responsabilizar a los trabajadores extranjeros y sus familias no sólo de poner en riesgo la cohesión social, sino del ascenso de la delincuencia, la difusión de la toxicomanía, la violencia y el fracaso escolar, acusaciones que adquirieron tintes aún más agresivos por tratarse de una época en que el dinero triunfaba como valor de referencia.

La propagación de esos conflictos sociales, a la par que coincidió con el arraigamiento de la inmigración magrebí en la sociedad francesa, en el plano político coadyuvó a fortalecer la presencia del Frente Nacional, que de nueva cuenta encontró la ocasión ideal para regodearse en sus actitudes racistas y xenóforas, con lo cual aumentó su popularidad y desestabilizó aún más a la población extranjera.

En este contexto, los hijos de inmigrantes que llegaron a Francia siendo muy niños se habían convertido en jóvenes que ya rebasaban la mayoría de edad, por lo que al iniciar su vida productiva, aparte del desesperanzador futuro que se vislumbraba para ellos, se volvieron blanco del estigma de la inmigración. Fue así como apareció en la escena política “la segunda generación”, es decir, la de los hijos de inmigrantes a quienes, en plena juventud, les corresponderá defender sus derechos ante la amenaza de expulsión que esta vez ya no se dirigía hacia sus padres —cada vez más cerca de la edad del retiro—, sino que planeaba como ave de mal agüero extendiendo su sombra sobre estos jóvenes —que personificaban el nuevo rostro de la inmigración— por el simple hecho de haber nacido en suelo extranjero.

Poco antes de las elecciones presidenciales de mayo de 1981, mientras los padres de estos muchachos eran despedidos en masa y la sociedad francesa los señalaba con el dedo acusatorio del desempleo creciente, numerosos jóvenes de origen migrante hicieron una huelga de hambre en Lyon para impedir su expulsión, con el argumento incuestionable de que habían sido criados en Francia y era ahí donde tenían sus relaciones familiares y afectivas. Alzaron la voz y por primera vez se hicieron visibles ante el resto de la sociedad para exigir que se les dejara de tratar como a sus padres, pues, a diferencia de ellos, la juventud “surgida de la inmigración” —como se le llamaría desde entonces— no conocía más país que Francia. Todavía como candidato, François Mitterrand prometió atender sus demandas y rechazar las iniciativas de los parlamentarios conservadores tendientes a reprimirlos y discriminarlos con más rigor.

El triunfo de Mitterrand marcó el debut de un estado de gracia más o menos durable entre el mando presidencial y las nuevas generaciones surgidas de la inmigración. Sin embargo, para alcanzar este clima conciliatorio también resultaron decisivas las huelgas de 1982 en la industria automovilística —específicamente en las plantas Renault-Flins, Citroën-Aulnay y Talbot-Poissy—, las cuales mostraron el lugar que podían tener los extranjeros en las luchas sociales. Ante el peso de los acontecimientos, una de las medidas más importantes del presidente socialista fue impedir la expulsión de los jóvenes llegados al país antes de los diez años de edad y de los hijos de extranjeros nacidos en Francia —que hasta los 18 años adquirían, sin formalidad alguna, la nacionalidad francesa—, siempre y cuando no hubieran delinquido.

Al iniciar la década de los ochenta, los inmigrantes extranjeros constituían 7 por ciento de la población total y la mayoría de sus descendientes formaban parte

de hogares de origen magrebí. Para entonces el índice de natalidad entre la población árabe —sobre todo argelina— era de cinco a seis hijos por familia, y descendía de manera notable entre los portugueses (3.3), los españoles (2.5) y los italianos (2), hasta llegar a 1.84 en el caso de los franceses y a 1.93 en el del conjunto de la población residente en Francia.

Buena parte de los obreros desempleados de entonces procedían del Magreb, Portugal y Turquía. A diferencia de ellos, los inmigrantes llegados de África negra, España y Asia solían desempeñarse como empleados, aunque con sueldos raquíuticos, de tal forma que su situación laboral no era mucho mejor que la de aquellos. Las circunstancias adversas orillaron a los hijos de unos y otros —carentes de expectativas— a vagar en las naves vacías de las zonas industriales abandonadas por la crisis o a reunirse en los cajones de escaleras de sus edificios. Para estos jóvenes la vida no estaba más en la escuela o en el trabajo, sino en la calle, donde muy pronto las pandillas se volvieron ley.

Manu Chao, célebre cantautor franco-español y ex líder de la banda Mano Negra, fue uno de esos jóvenes de los suburbios que al iniciar los años ochenta apenas rebasaban la mayoría de edad, muchos de los cuales se entregaron a una inconsciente arrogancia de bastarse a sí mismos y escapar a las reglas en la calle. Sèvres, la población en que nació Manu (hijo de madre francesa y padre español), forma parte de la periferia oeste de París y era entonces un sitio que el biógrafo del artista describe como

...uno de los primeros chichones que la crisis de principios de los años setenta hizo aparecer en la cabeza de Francia [...] Cuando Renault cierra su planta, el pueblo obrero sale diezmado, como si lo hubiera devastado una gran epidemia del siglo XVII. Manzanas enteras quedan abandonadas [...] Y los chiquillos del

lugar no se quedan quietos: llega así un momento en el que no queda en Sèvres un cristal intacto...¹⁷

Situaciones como ésta se generalizaron en las ciudades periféricas, de manera que la represión policiaca no se hizo esperar. Cercados en sus barrios por los operativos de las fuerzas del orden —a los que de modo ilustrativo se conoció como “rodeos”—, grupos de muchachos de origen árabe eran arrestados en medio de golpes e insultos, las más de las veces bajo la acusación de perturbar la paz pública o simplemente de mostrar actitudes *sospechosas* al ser hallados deambulando por las calles. En estos actos represivos está el germen de una de las canciones que Manu Chao hará muy exitosas veinte años después —sin que la situación haya cambiado de manera significativa— y que reza en una de sus estrofas: “Soy una raya en el mar / fantasma en la ciudad / mi vida va prohibida / dice la autoridad”.



Manu Chao en una foto publicitaria del grupo mestizo Mano Negra

¹⁷ Alessandro Robecchi, *Manu Chao. Música y libertad*, trad. de Juan Manuel Salmerón, Barcelona, Mondadori, 2002, p. 20.

En un principio, sólo la población de origen migrante protestó indignada ante estas detenciones que se multiplicaban de forma alarmante en diversas ciudades y respecto de cuya virulencia no había más que una explicación incuestionable: la creciente ola de xenofobia y racismo. El resto de la población parecía no darse cuenta de lo que pasaba. Como consecuencia, los disturbios se recrudecieron y las provocaciones policiacas incitaron a los jóvenes perseguidos a responder con más violencia, incendiando autos en sus barrios. A partir de entonces empezó a ser común entre los jóvenes de los suburbios la percepción de la *banlieue* como un hoyo sin salida: “A veces te dan una cuerda para remontar, y después, cuando llegas arriba, te dan una patada y vuelves a caer”.¹⁸

Pronto la situación provocó una crisis que se salió de control y, sin que ninguna de las partes cediera, llegó un momento en que los enfrentamientos desencadenaron crímenes racistas, como sucedió en los suburbios de Nanterre y Lyon en octubre de 1982, cuando varios jóvenes musulmanes fueron asesinados salvajemente a manos de “arabizadas” que actuaban en el anonimato, azuzados por las fuerzas del orden y en contubernio con la ultraderecha más oscura.

La brutalidad represiva de las autoridades policiacas contra los jóvenes de los barrios “desfavorecidos” había llegado a tales excesos que la única forma de detenerla parecía ser la protesta unánime de la opinión pública; sin embargo, aparte de los inmigrantes implicados sólo algunas organizaciones antirracistas, de izquierda y estudiantiles levantaron la voz para condenar las crecientes arbitrariedades. En el otro extremo, además de la derecha, un amplio sector de la sociedad francesa se atrevió incluso a justificar estas acciones, en particular en los casos en que las víctimas eran muchachos de origen argelino: la reacción de estos

¹⁸ Testimonio citado en Gilles Favier y Mathieu Kassovitz, *Jusqu'ici tout va bien... Scénario et photographies autour du film La Haine*, Arles, Actes Sud (Voir et Dire), 1995, p. 14.

grupos fue una prueba irrefutable de que las heridas de la guerra perdida veinte años atrás con su antigua colonia no acababan de cerrar.



Imagen del filme *El odio*, de Mathieu Kassovitz, que ilustra la represión policiaca contra los jóvenes de la *banlieue* parisina en los años ochenta

Los asesinatos racistas no hicieron más que demostrar las dimensiones social, urbana y de orden público de la inmigración en un contexto marcado por el pasado argelino de Francia. A raíz de estos hechos, que habían trastornado aún más las relaciones entre los nativos y los inmigrantes, en las ciudades de las orillas empezaron a surgir diversas asociaciones en defensa del sector más vulnerable de la población, impulsadas sobre todo por los jóvenes de origen migrante. Desde su adolescencia, muchos de ellos habían tenido contacto con trabajadores sociales —en su mayoría también “surgidos de la inmigración”— que les habían ayudado a organizar la vida en el barrio y, sobre todo, a tomar conciencia de su ciudadanía.

La cultura *beur*, a escena

¿A qué oponerse con más facilidad cuando se trata de buscar las causas de la crisis económica en un país del primer mundo? En el caso de Francia, sin duda alguna, a la inmigración extranjera, en particular a la de origen árabe. No sólo por su referencia inmediata a intereses materiales (vivienda, empleo), culturales (educación, ocio), espirituales (el islam) y pasionales (violencia), como explica el politólogo y ensayista francés Guy Sorman,¹⁹ sino también debido a los resentimientos históricos entre Francia y Argelia que, arrastrados durante años, tornaron más crítica la situación. Así pues, este caldo de cultivo resultaba muy propicio para que los inmigrantes llegados de África del norte se convirtieran en los chivos expiatorios de las frustraciones del momento.

Con el propósito de esclarecer este fenómeno, baste recordar que para el común de los ciudadanos franceses los inmigrantes son *los otros*, aquellos que, al menos en apariencia, representan una alteridad reconocible de inmediato. Por consiguiente, así llamarán a quienes, aunque hayan nacido en Francia, evidencien orígenes extranjeros en sus rasgos y su color de piel. La palabra *inmigrado* se usará para nombrar no sólo a quienes han nacido en otra parte, sino para designar, más allá de los colonizados, a aquellos que se conoce peyorativamente como *bronzés* o “morenos” de todos los continentes, sin importar que hayan nacido en Francia o tengan la nacionalidad francesa. “El inmigrado permite oponerse, pero también existir. Puesto que yo no soy inmigrado, o lo soy menos que tú, existo más que tú, soy más francés que tú. El inmigrado [...] es la amenaza posible, el culpable en potencia...”²⁰

¹⁹ Guy Sorman, *Esperando a los bárbaros*, Barcelona, Seix Barral, 1993.

²⁰ *Ibid.*, p. 155.

Al ahondar en el estatus del que se ha provisto a los diversos grupos de extranjeros llegados a Francia durante las sucesivas olas migratorias, resulta muy ilustrativo que, una vez transcurridas las primeras dos décadas del siglo XX, los inmigrantes de origen europeo ya eran mucho más tolerados por los nativos, en parte por su proximidad cultural pero sobre todo porque entonces empezaron a llegar extranjeros de lugares más remotos, esto es, inmigrantes NO europeos. Lejos había quedado el tiempo en que los italianos eran llamados *macaronis* (macarrones) —con un desprecio disfrazado de socarronería— y los belgas *bagarreurs* (buscapleitos). De manera gradual, en el periodo de entreguerras los europeos dejaron de ser blanco de las ofensas, y entonces los mote despectivos pasaron a los chinos, a quienes se etiquetó por largo tiempo como *sournois*, es decir, hipócritas.

De acuerdo con Philippe Bernard, especialista en el tema de la inmigración extranjera en Francia, el estudio de las olas de xenofobia, siempre ligadas a una crisis económica o política y no a la superación de algún umbral de tolerancia, revela la permanencia de un estereotipo propio del extranjero. Así, mientras el diccionario define al inmigrado como alguien “venido del extranjero”, a menudo en la sociedad francesa esta palabra tiene un sentido ambiguo, puesto que mezcla la nacionalidad con elementos subjetivos propios del aspecto de las personas, de tal modo que el término “inmigrado” hace referencia al aspecto físico, el color de la piel, el estatus social, el modo de vida e incluso el *temor* que alguien inspira. Un diplomático o un banquero extranjero —ya no digamos un multimillonario árabe— no es visto como “inmigrado”, en cambio, los hijos de trabajadores inmigrados —nacidos en Francia y de nacionalidad francesa— por lo común son calificados como inmigrantes, pese a que en absoluto han “venido del extranjero”.

Esta actitud abiertamente racista explica el hecho de que a partir de la segunda mitad de los años cincuenta, y con más claridad en los sesenta, los argelinos, marroquíes y tunecinos —en ese orden— ocuparon el lugar de honor en la escala de rechazo a la figura del inmigrante extranjero. *Sales Arabes!* (¡Árabes sucios!) y *Les Arabes, dehors!* (¡Fuera, árabes!) son sólo algunos de los insultos más recurrentes que los magrebíes habrán de soportar en esta época, con frecuencia proferidos a sus espaldas.

Casi tres décadas después, los inmigrantes que habían llegado en masa durante la posguerra —y que se hallaban ya en el umbral de la tercera edad— parecían haberse resignado a las humillaciones. Luego de haber participado en la reconstrucción de Francia y de servir al país en jauja que éste fue durante los Treinta Años gloriosos —la época del *boom* económico—, lo más que podían esperar era una pensión digna. Pero a los jóvenes —que paradójicamente en su mayoría eran franceses de nacimiento— la crisis económica les reservaba una suerte menos benigna, frente a la cual todas las puertas se cerraban.

En este contexto, al iniciar los años ochenta emergió en los barrios de inmigrantes la llamada “generación *beur*”, un término inventado por los propios adolescentes de origen árabe como afirmación de su doble identidad. La palabra *beur* proviene de un lenguaje que, a su vez, estos jóvenes que crecieron en los barrios de inmigrantes recrearon para comunicarse entre sí, y al que llamaron *verlan* (término que deriva del francés *l'invers*, es decir, “lo inverso”, que al pronunciarse invirtiendo las sílabas suena, precisamente, <verlan>).

De este modo, la juventud de los suburbios había creado una jerga basada en la inversión de letras o sílabas del idioma francés con la intención de tener un

vínculo lingüístico propio: ni la lengua francesa ni la lengua árabe, sino una invención que fusionara ambas, tal como ellos querían ser. Estas vueltas del lenguaje, que oscilan entre el rechazo a la identificación y la rabia de no ser aceptados, aún persisten en los barrios. Así, por ejemplo, *beur* es la construcción fonética al reverso de la palabra francesa *arabe*, mientras que para denominar a los franceses “de pura cepa” los jóvenes de origen norteafricano emplearán el reverso del término *français*, es decir, *céfrans*.²¹

Beur es árabe en verlan [...], y es también un medio para expresar algo que indica un mestizaje. No podíamos definirnos como árabes, en el sentido en que un árabe es quien vive en un país árabe, dentro de la cultura árabe, que habla árabe, etcétera. Y al mismo tiempo, en esa época, no podíamos decir que éramos franceses. Los franceses eran los otros. Entonces, ¿qué éramos nosotros? Lo que quedaba en medio... Y la lengua de la calle, el argot, nos permitió construir una palabra que finalmente correspondió de manera suficiente a eso que nosotros éramos en realidad, es decir, algo nuevo.²²

Ciertamente, el fenómeno de la juventud franco-árabe era algo inédito que emergía en la sociedad con su propia fuerza. Estos jóvenes, a quienes de manera

²¹ En *verlan*, para designar a una joven de origen magrebí se dice *beurette*, mientras que la palabra francesa *femme* (mujer) se transforma, por inversión gráfica y fonética, en *meuf*. Cabe mencionar que, aunque muchos franceses creen advertir en cada expresión de los jóvenes de los suburbios una manifestación de su “agresividad casi congénita”, este término no reviste ninguna connotación machista. Otras palabras usuales en esta jerga son *tiercar*, inversión de *quartier* (barrio), y *keuf*, inversión de *flic* (policía). Diversos cantantes y grupos de rock y rap surgidos en Francia a fines de los años ochenta, emplean en sus canciones el *verlan* como muestra de rebeldía e identificación con los jóvenes marginados de las ciudades periféricas. El rapero MC Solaar, por ejemplo, cantará: “Sa vie n’était faite que de bluffs et de meufs / Pour lui s’était routine, il n’y avait rien de neuf” (“Su vida no estaba hecha más que de fanfarronadas y mujeres / Para él eso era rutina, nada había de nuevo”), y Assassin hará lo propio: “Nos voix pénètrent des endroits où les keufs ne font pas un pas” (“Nuestras voces penetran en los lugares donde los policías no dan un paso”).

²² Malek Boutih (39 años), francés de padres magrebíes y actual secretario del Partido Socialista de Francia. Citado en Nora Barsali *et al.*, *Génération Beurs. Français à part entière*, París, Éditions Autrement, 2003, pp. 59-60.

permanente la población autóctona llamará “inmigrantes” o, en el mejor de los casos, “surgidos de la inmigración”, no obstante que muchos de ellos ni conocieron la inmigración ni la sufrieron, comprendían que la asignación de una residencia comunitaria —en los barrios conflictivos de las grandes urbes— llevaba consigo el riesgo de disfrazar la realidad del mestizaje, así como de borrar la diversidad y la evolución de las estrategias identitarias y de las aspiraciones individuales. Al identificarse entre sí como *beurs* su intención era, sobre todo, reivindicar tanto sus raíces como su lugar en la sociedad francesa.



Niños mestizos, habitantes de los barrios populares en las afueras de París

Ya desde su niñez, los jóvenes de esta generación habían padecido la xenofobia, el racismo y la discriminación en carne propia. Y aunque no fueron víctimas de estas actitudes de una manera tan cruda y directa como sus padres —quienes a diario tenían que enfrentarse a ellas en las calles, en las fábricas y los lugares de trabajo y en las oficinas administrativas donde debían regularizar su situación—, muchos de ellos vivieron experiencias de este tipo que los marcaron de por vida. A su corta edad empezaron a sufrir diversas muestras de rechazo, pues bastaba su apariencia

y condición social para hacerlos portadores de un terrible sino —del que entonces no eran conscientes— que los identificaba como parte de los excluidos. Qué se le iba a hacer, si les había tocado en suerte ser hijos de la clase subproletaria de los trabajadores inmigrados.

Un buen número de ellos —que en la actualidad ya rozan la frontera de los cuarenta años— todavía vivió su infancia en las *bidonvilles*, a las que veían como una especie de campamento (sin saber entonces lo que era un gueto) que los separaba del “territorio francés” propiamente dicho. Cuando salían de las chabolas entraban en Francia, un espacio prohibido donde, conforme crecían, empezaron a darse cuenta de que eran indeseables, sobre todo si se aventuraban a salir sin compañía.

La comunicóloga francesa Nora Barsali, en un libro de entrevistas y fotografías titulado *Génération Beurs*, por primera vez dio voz en un material bibliográfico a varios representantes de esta generación que marca el tránsito entre los inmigrantes llegados del exterior y sus hijos nacidos en suelo francés. Algunos de esos testimonios e historias de vida son retomados aquí para ilustrar las circunstancias, las razones y la trascendencia de la lucha social que protagonizaron estos jóvenes hace poco más de dos décadas.

Magyd Cherfi —cantante y letrista del grupo de rock Zebda,²³ muy famoso entre la juventud francesa— habitó cuando niño en una *bidonville* de las afueras de Toulouse (en el sur de Francia), y sus recuerdos de esa época han quedado plasmados en los versos de una canción reveladora:

²³ Asumidos como parte de la cultura *beur* (término que se pronuncia igual que la palabra francesa *beurre*=mantequilla), los integrantes de este grupo tomaron su nombre de la palabra árabe *zebda*=mantequilla.

*Je suis né dans la rue, enfin disons
que la tomate a effacé le gazon
et le champagne c'était du Fanta.
Les jours de fêtes de table y avait que ça.
Une rue qui n'était pas les Beaux-Arts
où Mohammed Ali a mis K-O Mozart [...]
[...] où les caries vous interdisent de sourire...²⁴*

Una vez que los trabajadores de origen extranjero fueron instalados en las unidades habitacionales las cosas no mejoraron mucho, ni siquiera en los viejos edificios de inmigrantes de la capital. Abdel Aïssou, el mayor de siete hermanos de una familia argelina en la que ambos padres eran inmigrantes, vivió su niñez en un barrio obrero del distrito 20 de París, donde él y sus hermanos pronto comprendieron que para sus vecinos del otro lado de la calle eran extraños.

Frente a nuestra casa había inmuebles para las clases medias. No íbamos ahí, de manera confusa sentíamos que no había lugar ahí para nosotros. [...] Lo cierto es que cuando uno vive entre personas de su condición social, los riesgos de hacerse humillar porque no se porta la playera de última moda se reducen de manera sensible.

Abdel recuerda que empezó a vivir la discriminación a partir de que entró a la escuela, debido a los comentarios hirientes y las burlas de sus compañeros de clase. Ahí se dio cuenta de que él y sus amigos del barrio eran pobres a los ojos de los otros, pues antes no se hacía preguntas sobre ello. Los hijos de padres franceses los ridiculizaban con una cantaleta que los estigmatizaba como alumnos "sin": *sin* útiles escolares, *sin* dinero para pagar los viajes de estudios, *sin* equipo adecuado

²⁴ Yo nací en la calle, en una palabra, digamos / que ahí donde el jitomate borró al césped / y el champán era la Fanta. / Los días de fiesta eso era lo que había en la mesa. / Una calle que no era Bellas Artes / donde Mohammed Alí le ganó a Mozart por *knock out* [...] / donde las caries prohibían sonreír... (Canción que aparece en el disco compacto *Essence ordinaire*, Barclay, 1998.)

para hacer deporte. A pesar de todo, Abdel reconoce que la escuela fue para él un espacio de libertad y no tiene más que palabras de gratitud para sus maestros.

La experiencia escolar de Nadia Amiri, por lo menos respecto de su primera maestra, fue muy distinta. Aunque la niña había nacido en Argelia —en una familia de seis hijos— le correspondió la nacionalidad francesa por ser nieta de un antiguo combatiente de la primera guerra mundial, y a la edad de cuatro años llegó a Francia con su madre y sus hermanos. Su padre, que purgaba una pena en la cárcel tras luchar por la independencia de su país, habría de alcanzarlos tiempo después.

Nadia vivió su infancia en un suburbio de “múltiples colores”, donde además de los árabes del norte vivían bretones, italianos y españoles. “Mi madre hacía *couscous*²⁵ para todas las familias de nuestro piso, y nosotros íbamos a comer crepas a las casas de los bretones. Lo que unía a nuestro inmueble era el origen social modesto de cada uno de nosotros”, rememora con añoranza. Pero también hay recuerdos amargos, y su primer contacto racista ocurrirá en la escuela elemental, donde tuvo una maestra cuyo hijo, militar, participó en la guerra de Argelia y nunca regresó. La profesora descargó entonces parte de su resentimiento en la “niña argelina”, quien no olvida que aquella solía ponerla al final de la clase, la regañaba sin razón y la humillaba diciéndole frente a todo el grupo: “¡Señorita Amiri, es necesario que aprenda a escribir como lo hacen sus compañeritos franceses!”.

²⁵ Platillo árabe tradicional —conocido en español como “alcuzcuz”— que consiste en una mezcla de sémola de trigo y vegetales cocidos al vapor acompañada de carne de cordero asado (*kebabs*), pollo o *merguez* (salchichas especiadas), hoy ya plenamente integrado a la cocina francesa.

Este rechazo no tardaría en hallar su contrapeso. Cuando el padre de Nadia por fin alcanzó a su familia, fue contratado para trabajar como obrero en la fábrica de autos Renault. La niña acostumbraba asomarse a la ventana para verlo partir en las madrugadas —siempre en autobús o bicicleta y provisto de un recipiente de *couscous*— rumbo al trabajo donde pasaba la mayor parte del día construyendo *autos para los franceses*, porque entonces él ya la había desengañado: su sueldo era tan bajo que jamás alcanzaría para comprarle uno de esos vehículos a su familia.



Dos jóvenes *beurs* de la década de los ochenta

La historia de Yamina Benguigui es semejante. Su padre militó en el Movimiento Nacional Argelino que luchaba por la independencia, fue apresado y cuando obtuvo su libertad emigró a Lille, una orilla del norte de Francia donde los inmigrados enfrentaban lo peor: el duro trabajo de las minas y el desempleo. Yamina nació en ese medio y no puede más que recordar con dolor su pasado: “¡Nosotros surgimos de la Francia del subsuelo! Existe la Francia de arriba, la de abajo, y después la nuestra, la del subsuelo. A nadie le interesamos”. A ella la

criaron con un sentimiento antifrancés porque su padre tenía la convicción de que tarde o temprano volverían a Argelia, de modo que en su casa sólo se aprendían los valores árabes y musulmanes. Yamina no olvida que tenía como vecina a una mujer francesa que todo el tiempo le decía: “Entonces, la pequeña, ¿cuándo regresa a *su* casa, a *su* país...?” Pero ni Yamina ni sus hermanos volvieron, porque sus padres acabaron por separarse a raíz del necio afán de su progenitor de aislar a la familia en nombre de un futuro incierto, y los hijos se quedaron en Francia con la madre.

Como en general las familias de los inmigrantes árabes eran numerosas, la crianza de los hijos más pequeños resultaba menos dura, puesto que los hermanos mayores que ya trabajaban contribuían a sostener el hogar. Ahmed Hamidi fue uno de esos niños que gozó de esta clase de “privilegios”. Nació en un suburbio del nordeste de París y es el menor de nueve hijos, de los que los primeros seis son mujeres. “Fueron ellas quienes me educaron. [...] Y aunque no teníamos mucho dinero en el bolsillo, tampoco nos faltaba nada [...] En la adolescencia fui un rebelde de suburbio que empezó a *odiar* a los franceses a causa de los controles policíacos y el hecho de que nos detuvieran sólo por nuestro aspecto...”. Más tarde, Ahmed formó parte de una asociación que hacía labor social en su barrio y después entró a trabajar como empleado en Colette, una elegante boutique parisiense de ropa juvenil. Hoy recuerda que ni en sueños habría podido adquirir alguna prenda de las que ahí se vendían, y hastiado de tanta frivolidad decidió cambiar su trabajo por el de mesero en la cafetería de la tienda. “Prefería venderles [a los jóvenes franceses] Coca-Colas y tartas de pera que suéteres de 6000 francos [...] Hasta entonces no sabía que alguien pudiera gastar tanto dinero para vestirse”.

El caso de Hakim Bensaid es atípico y uno de los más amables, aunque no exento de cierta dosis de marginación. Su padre es marroquí de origen argelino y su madre francesa. Nació en Marruecos y hasta los 16 años llegó a Francia. Como su familia era de clase media, pudo estudiar la carrera de matemáticas y después una maestría en gestión informática, pero no por ello fue inmune a la xenofobia. En las primeras empresas donde trabajó sus superiores le pedían “afrancesar” su nombre para no alejar a sus clientes, pero él, orgulloso de su origen paterno, se rehusó a darles gusto.

La anterior bien puede considerarse una historia de éxito, dadas las difíciles condiciones de vida que caracterizan a este sector de la población, pero por desgracia las experiencias más comunes son aquellas relacionadas con los sacrificios y las carencias. En las familias argelinas por lo común los padres eran obreros o trabajadores manuales y las madres amas de casa analfabetas, varias de las cuales, ante la necesidad de aumentar el presupuesto familiar, se empleaban en las casas de los franceses de edad avanzada para hacer la limpieza. Por esto y porque su principal ocupación era la crianza de sus hijos, se afanaron en aprender francés para ayudar a los pequeños en sus tareas escolares, así fuera en forma mínima.

Muchos, por supuesto, aún tenían la esperanza de volver a su país, como recuerda Rachid Taha, músico argelino que lideró al grupo de rock Carte de Séjour (Carta de Residencia), elegido en 1986 como el mejor de Francia:

[La inmigración] cambia la vida de cualquiera; mis padres, por ejemplo, en un primer momento emigraron a Francia pensando quedarse un periodo corto, pero sucedieron cosas que prolongaron esa situación, como tener un hijo, aunque

guardaron el refrigerador y el televisor en plástico porque pensaban volver a su país. Finalmente los hijos crecieron y uno se quedó como inmigrante.²⁶

Este tipo de vida era el denominador común de una inmigración “elegida” por el padre y “sufrida” por la madre, según la caracterizarán años más tarde los propios jóvenes *beurs* nacidos de estos matrimonios. Una de esas típicas familias de inmigrantes norteafricanos fue la de Nadya Ben Salah, quien desde pequeña quería ser peluquera y hoy trabaja en uno de los salones de belleza más prestigiosos de París. Nació en Orán (Argelia) pero creció en Francia, y aunque dice que en este país se siente “perfectamente en su lugar”, no ha dejado de padecer la discriminación. Como ejemplo basta una simple anécdota, en apariencia intrascendente pero cuya carga ofensiva percibió Nadya con enorme tristeza por venir de alguien a quien conoce de tiempo atrás: una vez decidió teñir su cabello castaño con un tono más oscuro y, para su sorpresa, este hecho insignificante provocó el comentario racista de uno de sus compañeros de trabajo, quien sin más le espetó en la cara: “Tú sabes, *no deberías* oscurecerte el cabello; eso acentúa aún más tu tipo árabe...”.

Más allá de la cotidianidad familiar y laboral, a los ojos de muchos *beurs* Argelia y Francia son indisociables por el pasado colonialista que comparten y el arraigamiento de los inmigrantes; sin embargo, la complejidad de las relaciones entre los dos países suele expresarse por el amor y el odio. Criados en la metrópoli, a muchos jóvenes de origen argelino de esta generación que lograron incursionar en disciplinas artísticas y trascendieron “el malestar de los suburbios”, les enorgullece evaluar su formación como una mezcla de la educación de la vieja Francia y de la generosidad mediterránea.

²⁶ Entrevista realizada por Jorge Caballero, *La Jornada*, México, 20 de marzo de 2004, p. 5a.

“Mi doble pertenencia es una riqueza —dice Malik Faraoun, francés de padres argelinos y ex integrante de la planta de actores de la Comedia Francesa—, ¡pero en Francia estamos conminados a elegir! Es como si nuestra doble identidad perturbara a nuestros interlocutores”. A causa de esta dicotomía, y desde el ámbito de su oficio, se pregunta por qué los hijos de obreros inmigrantes con madera de actor no pueden acceder también a la Comedia Francesa, que como primer teatro del país debiera abrirse a todos sus ciudadanos, reevaluar su funcionamiento y reflejar a la nación, su diversidad...

Todos estos hombres y mujeres que dieron testimonio de su vida como hijos de inmigrantes árabes, junto con otros miles que comparten historias parecidas, fueron los jóvenes veinteañeros que integraron la generación *beur* en la década de los ochenta. Buena parte de ellos, habiendo vivido experiencias discriminatorias desde su infancia, al cumplir la mayoría de edad decidieron emprender una lucha por el reconocimiento de su derecho a la ciudadanía en tanto franceses de nacimiento o criados en el país.

Entre los militantes del movimiento *beur* hubo muchos que se formaron en los grupos de extrema izquierda, por lo que aprovecharon esta experiencia para organizar una movilización de revuelta social —radical, pero con métodos pacíficos— en las ciudades periféricas, basada en la denuncia de las expulsiones y del racismo, sobre todo policiaco. Con este propósito, a fines de los años setenta crearon el periódico *Sans Frontières* (Sin Fronteras) y la agencia de información IM'média (nombre compuesto a partir de la contracción de las palabras francesas *immigrant* y *média* [medios de comunicación]), que tuvieron una vida efímera pero fecunda.

El itinerario de un sueño

Habida cuenta del éxito que lograron en 1981 los huelguistas de hambre de Lyon —en protesta por la iniciativa gubernamental de expulsar del país a los jóvenes de origen árabe—, y poco tiempo después del atentado que sufrió Toumi Djaidja, un joven franco-argelino que dirigía la asociación de ayuda social SOS Avenir Minguettes en un barrio de Vénissieux (en la periferia de Lyon), el 15 de octubre de 1983 partió de los suburbios de Marsella, ante la indiferencia de la población y casi de manera espontánea, la llamada Marcha por la Igualdad y contra el Racismo, organizada por una treintena de muchachos y muchachas —*beurs* y *beurettes*—, además de algunos militantes de organizaciones solidarias inconformes con la política migratoria.²⁷

Pese al escepticismo inicial y su debilidad numérica, los jóvenes que emprendieron este periplo rumbo a París lo hicieron en buena medida movidos por la esperanza, llevando como divisa una enorme manta con la leyenda *Vivons égaux avec nos différences* (Vivamos iguales con nuestras diferencias), un juego de palabras que en esencia contenía los postulados de la República Francesa: libertad, igualdad y fraternidad.

El objetivo principal de esta manifestación sin precedentes era denunciar, en un acto de insurrección pacífica, la discriminación, la ola de crímenes racistas y la violencia policiaca desatadas en los suburbios de varias ciudades. Pero la caminata tenía también un significado simbólico: tender las manos y volver los rostros hacia la reconciliación. Acorde con este sentido alegórico, no pasó desapercibido que el

²⁷ Entre ellas destacaba la Asociación Nacional de Familias Víctimas del Odio Racial, Social y del Racismo, entonces de reciente creación.

éxodo fuera del sur hacia el norte, como antaño viajaron los abuelos y los padres de quienes ahora emprendían esta aventura.



Descubierta de la Marcha por la Igualdad y contra el Racismo

Nora Barsali, contemporánea de esta juventud franco-argelina, participó como una simpatizante más en el recibimiento de la manifestación en París y, contagiada por su energía desbordante, la definió como “una marcha para gritar. Una marcha para ‘hacer Francia’, con franceses de orígenes diversos y de extranjeros aún más diversos. Una marcha para ser amados y para amar”. Una marcha, en fin, para que Francia entera tomara conciencia de que, con su propia herencia cultural, estos jóvenes también formaban parte de ella.

La manifestación de 1983 implicó a su vez un fuerte movimiento emocional que pareció, al menos por unos meses, trastornar el orden de las cosas al reivindicar una Francia de todos los colores en la que se vivieran con autenticidad los valores de la República. El sueño de sumar voluntades por el reconocimiento de una Francia mestiza cobró fuerza durante los casi dos meses que les tomó a los marchistas llegar a la capital: a lo largo de cincuenta días se integraron a la movilización millares de personas, algunas de manera temporal y otras

permanente. “Cuando marchamos juntos sobre las carreteras de Francia no hacíamos diferencias entre cristianos, musulmanes, judíos o agnósticos. Todos nosotros creíamos en los valores de la República y en las capacidades de apertura de la sociedad francesa.”²⁸

Entre los manifestantes había adolescentes que recién empezaban a comprender los riesgos del ánimo xenófobo que se encontraba con renovada fuerza en buena parte de los ciudadanos franceses; había también quienes ya tenían largo tiempo militando en organizaciones solidarias con los inmigrantes, e incluso había jóvenes mujeres franco-magrebíes que por primera vez se atrevían a demandar públicamente su lugar en la sociedad. Por otra parte, entre quienes apoyaban la marcha se hallaban organizaciones y movimientos militantes que habían contribuido a la victoria de la izquierda en las elecciones presidenciales de 1981, logrando además que François Mitterrand incluyera entre las “101 promesas” de su programa electoral la expedición de una carta única de residencia y trabajo para todos los extranjeros legalmente instalados en el país, así como su derecho al voto en las elecciones locales (aunque más adelante la discusión parlamentaria de este último punto resultó tan controvertida que no llegó a concretarse).

Farid L’Haoua, quien nació en Argelia y llegó a Francia a los dos años de edad, acababa de cumplir los 25 cuando la marcha hizo su entrada en Lyon, lugar donde residía. Su experiencia como miembro de la Federación de Asociaciones de Solidaridad con los Trabajadores Inmigrados (FASTI), de la que formaba parte desde los quince años, lo llevó a unirse a la manifestación y a convertirse al poco tiempo en uno de sus líderes.

²⁸ Christian Delorme, sacerdote cristiano y uno de los impulsores de esta marcha.

Nuestro mensaje era simple: “¡Dejen de tirar, alto a la violencia!” [...] El lado mágico de esta iniciativa es que la gente iba a descubrir quiénes éramos o, simplemente, que existíamos. La Francia profunda, la que vivía en el campo, nos ignoraba, mientras que la de las ciudades estaba un poco replegada sobre sí misma, confrontada a cosas que no comprendía... Todas esas personas verían al fin que nosotros nos parecíamos a sus propios hijos, quizá sólo diferentes de ellos por “el aspecto físico”; que había buenos y malos, como en todo.

Conforme la marcha avanzaba, los periódicos empezaron a dar cuenta de ella, aunque al principio de manera vaga y tendenciosa. Entre los participantes estalló el júbilo cuando se enteraron por la prensa de que, pese a la estrecha y hasta intimidante vigilancia policiaca, sobre todo durante los mítines en las ciudades, el presidente Mitterrand hizo público el compromiso de reunirse con una delegación de manifestantes en el Palacio del Elíseo (sede de la presidencia) una vez que hubieran completado su recorrido.

Ni el frío que azotaba a los caminantes en pleno invierno —muchos de ellos sin ropa suficientemente abrigadora y calzados con tenis casi destrozados adquiridos en tiendas de artículos baratos— ni las rencillas entre grupos por asumir el liderazgo desanimaron al grueso de quienes iniciaron el recorrido. La calidez y la tolerancia volvían a imponerse en cuanto los jóvenes constataban el apoyo que se generalizaba entre la población de la que formaban parte. Esa misma gente que, ante el imparable ascenso del desempleo, sentía avinagrarse en su ánimo la confianza que poco antes había depositado en su voto por Mitterrand. El desencanto aumentaba día tras día entre los inmigrantes, por lo que la lucha de sus hijos se tornaba la única posibilidad de mejorar sus condiciones de vida. “En ese contexto de crispación social, moral y psicológica, nosotros, los jóvenes de los barrios, decidimos seguir hasta el final esta marcha de la esperanza.”

Albergados a veces en las casas de pobladores simpatizantes y otras en gimnasios y escuelas, los marchistas avanzaban a un ritmo aproximado de 30 kilómetros por día. Realizaban pequeñas manifestaciones en el centro de las poblaciones que cruzaban o improvisaban debates en las plazas públicas. Comían los alimentos que les preparaban los habitantes y, si el cansancio de la jornada no los vencía, organizaban reuniones con música y baile por la noche. Al otro día reanudaban su camino al amanecer.

A medida que estos jóvenes se acercaban a la meta, y ante las expectativas que había despertado su movilización a nivel nacional, la tensión aumentaba entre ellos mismos. Fue necesario redoblar la vigilancia por temor a las infiltraciones, moderar los conflictos que resurgían a causa de los afanes protagónicos de quienes consideraban tener los méritos suficientes para erigirse como portavoces oficiales y contener la intromisión oportunista de algunos grupos políticos cuyos representantes se “abalanzaban” a mostrar su simpatía para legitimar la lucha con sus banderas, mientras que por otra parte la fatiga y las amenazas de atentados reivindicadas por grupos de extrema derecha golpeaban psicológicamente a los manifestantes.

El 2 de diciembre de 1983 la Marcha por la Igualdad y contra el Racismo al fin se hizo presente en las proximidades de París. Había llegado a la recta final con casi un centenar de marchistas permanentes, una voluntad infranqueable y en medio de la expectación general. A esas alturas, el impacto mediático de la movilización era apabullante. Por ejemplo, el diario *Libération* —de tendencia izquierdista y uno de los de mayor tiraje en el país— cubrió el desarrollo de los últimos días de la marcha con titulares como “Paris sur ‘beur’” y “Les Beurs à l’Élysée”. Asimismo, la madrugada del 3 de diciembre la estación de radio privada

Europe 1 invitó a una comisión de manifestantes a una entrevista en vivo en uno de los noticieros matutinos de mayor audiencia, donde tres de los líderes —entre ellos Farid L’Haoua—, pese a las predecibles provocaciones del conductor, reivindicaron sus demandas manteniendo el discurso abierto, pacifista y antirracista con el que habían iniciado su peregrinaje.

Horas más tarde, los jóvenes que protagonizaron esta marcha histórica hicieron su entrada triunfal en París, deteniéndose primero en el barrio de Montparnasse para participar en un mitin de bienvenida. En este sitio una apretada multitud se arremolinó en torno de los manifestantes para mostrarles su apoyo, pero el momento apoteósico se dio cuando la marcha hizo su arribo a la Plaza de la Bastilla —punto de reunión tradicional de las manifestaciones políticas en la capital—, donde fue recibida por más de 100 mil personas llegadas de todos los rincones del país. Presas de una emoción incontenible, los dirigentes expresaron frente a las cámaras de televisión su agradecimiento a toda esa gente reunida de manera libre y voluntaria para abrazar la lucha de los *beurs*, que con ello se convencieron de haber dado un paso importante hacia la igualdad. En los corazones de estos jóvenes brillaba la esperanza. Tenían veinte años, vivían el momento y ninguno de ellos dudaba de que lo mejor estaba por venir.

Pero la realidad había de demostrar otra cosa. Después de que se realizó la anhelada entrevista de los dirigentes del movimiento con el presidente François Mitterrand, quedó en claro que el logro más importante de la lucha de los hijos de inmigrantes fue la consecución de la Carta de Diez Años, título único y renovable que garantizaba a todos los trabajadores extranjeros, sin distinción de nacionalidad, el derecho a la residencia y a la ocupación de un empleo durante ese periodo. Este documento —instaurado por ley el 17 de julio de 1984— rompería

con la precariedad del estatuto de extranjero y evitaría la humillación de las renovaciones constantes, con lo cual transformó la vida de millones de extranjeros. Hasta el día de hoy, esta resolución administrativa se mantiene como una de las más ventajosas de Europa en el ámbito de las políticas migratorias.



Manifestación triunfal de la Marcha de los Beurs a su llegada a París

Sin duda alguna, la Carta de Diez Años fue una conquista histórica que, al disociar la residencia de la ocupación de un empleo, llevaba implícita la aceptación de que los inmigrantes no sólo eran brazos, y que la sociedad francesa reconocía su arraigamiento, pero al mismo tiempo será la última gran reforma decidida por la izquierda y la última manifestación de unanimidad en el terreno de la inmigración extranjera.

Por otra parte, el ascenso irrefrenable de la ultraderecha —que en estos años ya empezaba a aliarse con la derecha en las elecciones municipales— constituyó una amenaza con un peso político cada vez mayor para los inmigrantes y sus familias, de ahí que el gobierno, acusado de laxismo, se viera obligado a reorientar

su política migratoria en dos sentidos: cerrar las fronteras y cazar a los trabajadores clandestinos.

Ni más francés ni menos francés, sino integrante del mosaico Francia

Todavía con la emoción a flor de piel provocada por el apoyo solidario de 100 mil ciudadanos a su causa, los jóvenes que protagonizaron la Marcha por la Igualdad y contra el Racismo tuvieron un crudo despertar, sobre todo aquellos que, al no tener una experiencia militante previa en asociaciones de inmigrantes, pensaban que las cosas cambiarían de un día para otro.

Si bien la movilización social de la que formaron parte ligó la defensa de la identidad cultural de una minoría de origen migrante con la lucha contra la xenofobia y el racismo, pronto se diluyó y dio paso a otro tipo de movilizaciones —políticas y mediáticas— más concretas, en especial aquellas que se oponían al Frente Nacional que congregaba a la extrema derecha y no cejaba en su empeño de acusar a los inmigrantes de sabotear la identidad francesa. En parte por ello el hostigamiento policiaco hacia los jóvenes *beurs*, si bien había amainado, no cesó, al grado de que Toumi Djaidja, reconocido por propios y extraños como uno de los líderes más carismáticos de la marcha, volvió a ser víctima del mismo.

En particular para los jóvenes marchistas que provenían de los barrios más conflictivos y no tenían trabajo, la victoria fue apenas palpable. Luego de los festejos por la inusitada concentración parisiense, volvieron a los suburbios deteriorados donde se encontraron con el sentimiento de no contar en absoluto

para esta sociedad. El desempleo continuaba en ascenso y la existencia de estos jóvenes continuó siendo anónima y triste.

El gobierno se limitó a remozar los edificios habitacionales de los barrios populares, incapaz de ofrecer un empleo a toda esa juventud que lo demandaba. Harían falta otras luchas antes de que los alcaldes de sus ciudades dejaran de ver a estos jóvenes como *problemas* y los consideraran como ciudadanos que representaban una importante fuerza de participación y una clientela electoral de peso.

El periodista y realizador de televisión Mouloud Momoun —hijo de argelinos pero nacido en París en los años cuarenta— siguió de cerca la movilización *beur* antes y después de su momento más álgido, por lo que es una voz autorizada para sintetizar las razones de la fuerza y el declive de este fenómeno:

La Marcha por la Igualdad y contra el Racismo es la primera reivindicación de una ciudadanía plena y entera. Por primera vez vimos emerger en la escena nacional a los jóvenes *beurs* de los suburbios, que la sociedad francesa no se había atrevido a mirar a los ojos [...] Los rostros de esos hijos de Francia ocuparon, de la noche a la mañana, el espacio televisivo y las calles de la provincia en un impulso ciudadano y a la manera del movimiento pacifista e igualitario de Martin Luther King. Su meta era interpelar a los poderes públicos sobre sus problemas y su sentimiento de exclusión en su país, Francia. [...] Lo importante es la toma de conciencia de estos jóvenes sobre sus condiciones de vida según referencias ideológicas internacionales (Gandhi, Martin Luther King). Por primera vez se apropian de una conciencia política. Constaté cómo ellos, que hasta entonces no habían tenido más horizonte que las torres de sus edificios, descubrían su país.

Momoun sabía de lo que hablaba, pues durante un tiempo condujo en el canal de televisión FR3 el programa *Mosaïque*, que entonces representaba el único espacio de expresión para las comunidades inmigradas y que, “de manera inexplicable”, fue suspendido en 1982. Al final, su evaluación del movimiento contribuye a entender la decepcionante escasez de resultados:

La clase política desaprovechó su cita con la juventud surgida de la inmigración. Tomó el tren en marcha y, una vez adentro, no comprendió el paso ciudadano de esos jóvenes. Hoy se mide tanto más ese fracaso cuanto que en aquella época esos jóvenes respiraban la empatía, el calor humano, la propensión a comunicarse; su mirada estaba llena de esperanza hacia Francia, [...] vehiculaban una imagen positiva inhabitual que la clase política no supo explotar. Veo ahí una razón esencial: la ausencia de una verdadera voluntad política para solucionar la cuestión de la integración y hacer de ella un eje prioritario de la política gubernamental. El tema fue tratado como cualquier problema coyuntural, sin medir las consecuencias sobre los 20 años por venir.

En lo inmediato, la situación de los obreros inmigrantes tampoco mejoró. Incluso los conflictos laborales se multiplicaron, como fue el caso de la fábrica de autos Talbot de Poissy, donde los trabajadores magrebíes estallaron la huelga en enero de 1984 pese a la oposición de gran parte de los trabajadores europeos, lo que dio lugar a violentas grescas entre ellos. La xenofobia de estos últimos los cegó a tal punto que durante los enfrentamientos gritaban: *Les Arabes au four! Les Arabes à la Seine!* (¡Los árabes al horno! ¡Los árabes al Sena!), clamores vergonzosos proferidos como una macabra alusión al hecho de que, en esa época de duros enfrentamientos policíacos, varios cadáveres de inmigrantes árabes fueron hallados flotando en el río Sena.

Cuando una parte de la izquierda y del movimiento *beur* comprendieron que su argumento de reivindicar el *derecho a la diferencia* empezó a ser usado por el Frente Nacional para justificar que los inmigrantes eran “inasimilables” y por lo tanto había que expulsarlos, en noviembre de 1984 ambas fuerzas organizaron una segunda marcha denominada Convergencia 84, con el objetivo de promover la idea de una Francia solidaria que “tiene necesidad de la *mezcla* para avanzar”, un lema simbolizado por las *mobylettes*²⁹ que condujeron la manifestación.

Sin embargo, ni esta movilización ni otra realizada en 1985, a la que se llamó Memoria Fértil, tuvieron el impacto esperado y su escasa capacidad de convocatoria marcó el declive del movimiento *beur*, dividido entre aquellos jóvenes que recomendaban la integración mediante su entrada en política del lado de la izquierda, y aquellos que deseaban construir un movimiento magrebí autónomo, luego de denunciar la confiscación de las organizaciones tradicionales de los barrios, las más de las veces por parte de esa misma izquierda. Pronto quedó claro que la relativa integración de los *beurs* era incompatible con una existencia política autónoma, y los militantes del movimiento se dispersaron, incapaces de asimilar colectivamente las lecciones de este fracaso.

Muchos de estos jóvenes se sintieron decepcionados de la izquierda y sobrepasados por el despliegue mediático de organizaciones como SOS Racismo y France-Plus, herederas de la gran Marcha por la Igualdad y contra el Racismo que, sin embargo, poco tiempo después de creadas fueron absorbidas por el gabinete de Mitterrand y por diversas personalidades socialistas.

²⁹ Vehículos en cuya manufactura se *mezclan* las características de las bicicletas y motocicletas, de manera que avanzan lo mismo con pedales que con ayuda de un motor.

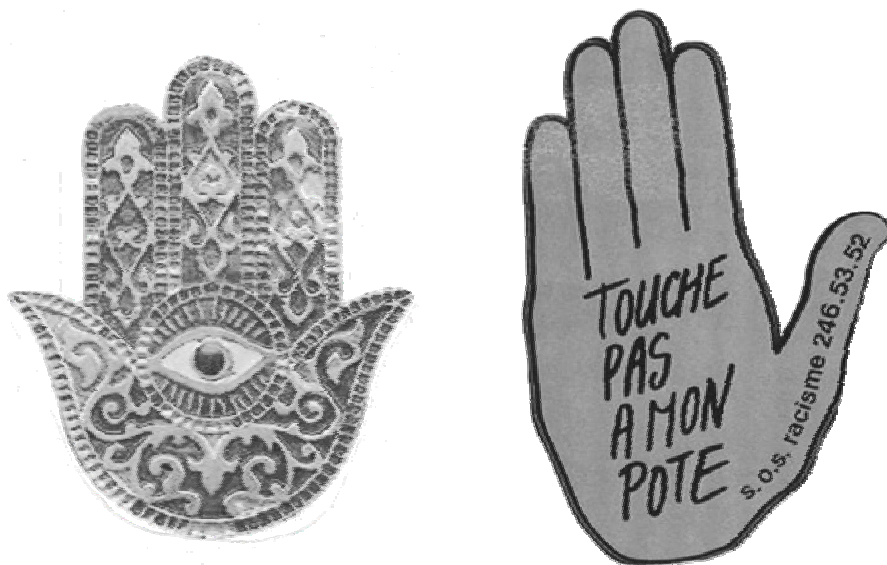
En el caso de SOS Racismo, la asociación fue fundada en diciembre de 1984 con la idea de expresarse en términos de fraternidad antirracista y de reconocimiento al movimiento *beur*, de ahí que su símbolo fuese una mano extendida en posición de alto³⁰ con el lema *Touche pas à mon pote* (No toques a mi cuate). A partir de una reflexión colectiva, en sus inicios SOS Racismo se orientó al reconocimiento de la identidad cultural de los inmigrantes, apelando a la apertura necesaria de un anquilosado espíritu republicano que, en general, se mostraba hostil con las minorías. Por su parte, France-Plus, asociación cercana al ministro socialista Louis Mermaz, se concentraba en el tema de la ciudadanía e invitaba a los jóvenes “surgidos de la inmigración” a votar en las elecciones.

Al principio, el éxito de SOS Racismo entre la juventud fue rotundo. A cinco meses de su creación, en mayo de 1985, sus militantes organizaron un concierto masivo en la Plaza de la Concordia de París que congregó a 300 mil personas, mientras que France-Plus ocupaba cada vez más espacio en los medios. Los reflectores estaban sobre ellos, pero la subvención del Estado de la cual se beneficiaban les costaría caro a ambos.

A fines de los años ochenta buena parte de la izquierda y la derecha en pleno se sentían intimidadas por el islamismo militante y agresivo que se desarrollaba en el mundo, por lo que un grupo de intelectuales, sindicalistas y personalidades políticas mostraron su malestar al respecto. Ante estos hechos, y de manera paulatina, SOS Racismo —atacado por el apoyo que prestó a las movilizaciones de los *beurs*— se desdijo de su pasado y se orientó en específico a la

³⁰ El logotipo de la mano extendida está inspirado en la “mano de Fátima” (hija de Mahoma), un amuleto de origen islámico muy común en el norte de África —y por extensión entre los inmigrantes originarios del Magreb— que simboliza la fortuna y la prosperidad, y al que se le atribuye un poder protector: la mano extendida en posición abierta detiene lo que a ella se opone, y cada uno de los dedos representa una virtud (fe, caridad, ayuno, oración y peregrinación).

lucha contra el racismo. Al poco tiempo sus acciones cayeron en el olvido, pero a pesar de todo logró sobrevivir y aún sigue vigente. La suerte de France-Plus resultó más oscura: largamente subvencionada por los gobiernos sucesivos, tanto de izquierda como de derecha, en 1992 fue investigada a causa de sus gastos suntuarios y liquidada en 1997 por disposición judicial.



El amuleto de la mano de Fátima y el logo de la asociación SOS Racismo

Pero no todo fueron pérdidas para el movimiento *beur*. Una vez que esta generación se volvió visible a todo lo largo y ancho de la nación francesa, surgió en el corazón de los suburbios una gran diversidad de iniciativas por parte de los jóvenes franco-árabes y de otras minorías que se organizaron en asociaciones de barrios, grupos en defensa de los derechos cívicos, radios comunitarias, clubes deportivos, talleres de teatro, artes plásticas y creación literaria, etcétera.

Buena parte de estos grupos fueron beneficiados por una avalancha de apoyos que el gobierno izquierdista de Mitterrand otorgó entonces a todo proyecto de barrio que surgía, de lo cual ambas partes sacaron provecho. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que los jóvenes *beurs*, con toda esa experiencia de

lucha que les precedía, comprendieran que sus asociaciones se habían convertido en asalariadas de la estructura.

Con las subvenciones perdimos nuestra autonomía de pensamiento y acción. Los funcionarios del Estado terminaron por ceñirnos a un modelo correspondiente a sus exigencias. De nuevo vivíamos otra forma de colonización de los blancos, más disimulada, más administrativa.

Nuestra acción asociativa nos permitió emanciparnos y obtener beneficios para algunos, pero los resultados fueron magros. Alrededor de nosotros se constataban los fracasos de vida, el alcoholismo, la droga, la prisión, el desempleo.³¹

Quienes, como Magyd Cherfi, sometieron a examen la situación de los centros sociales y asociaciones juveniles con base en un honesto ejercicio de autocrítica, decidieron tomar distancia de este tipo de prebendas y darle otro rumbo a sus energías, sin renunciar a la que fue su bandera de lucha desde el principio: la defensa de su doble identidad, la reivindicación de su ciudadanía francesa y la lucha contra las discriminaciones.

Uno de estos laboratorios de experimentación multicultural y utopías democráticas fue la música. De manera espontánea, en los garages de los llamados “barrios sensibles o desfavorecidos”, un eufemismo bastante común antes como ahora, surgieron grupos de rock —con influencias de punk, reggae, salsa, canción francesa, raï, rhythm and blues, etc.— que, enarbolando la bandera del mestizaje cultural, ensayaban en los cascarones de las fábricas abandonadas tras la crisis económica y tocaban en las estaciones del metro, donde hacían cimbrar el subsuelo

³¹ Magyd Cherfi, ex miembro de la asociación Vitecri de los suburbios de Toulouse y actual integrante del grupo Zebda.

hasta que la policía llegaba a correrlos. En ese entonces les bastaba con tocar para los pasajeros que apreciaban su música a cambio de unas monedas, suficientes para irse a tomar una cerveza en un bar o pagar el boleto de un concierto.

De París a Montpellier, de Bourges a Toulon y a Lyon, por toda Francia se tocan músicas nuevas. Los rasgos distintivos de esta “buena onda” francesa son numerosos e intrincados. A principios de los años ochenta, la desorganización propia de los movimientos espontáneos es espantosa, pero las asociaciones musicales, políticas, juveniles se cuentan por decenas. [...] La política desempeña un papel decisivo, pues en el sur de Francia el Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen empieza a tomar vuelo, lo cual resulta intolerable, claro está, para quien sabe que el mestizaje, más que una opción, es algo inherente a la vida misma.³²

Fue así como surgieron grupos que después resultarían emblemáticos en el escenario musical francés: Casse Pieds, Mano Negra, Hot Pants, Ludwig Von 88 y otros más. De manera gradual, estos grupos se organizan, invaden espacios y empiezan a producir sus propios discos y a dar conciertos en bares y sitios pequeños, para después irse de gira dentro y fuera del país. “Es el surgimiento clamoroso, ruidoso, de una pequeña internacional francesa de la protesta y el descontento juvenil”.³³ La lucha contra la xenofobia y el racismo se refleja en las letras de las canciones de estos jóvenes, en sus proclamas a favor de una música libre. Ellos también son gente de barrio que, a su manera, reivindican los espacios autónomos y autogestivos, y se manifiestan contra las administraciones y contra los lepenistas que salen a la caza de los *immigrés*.

³² Alessandro Robecchi, *op. cit.*, p. 33.

³³ *Idem*.

Cuando finalizaba la década de los ochenta varios de estos grupos musicales, junto con otros artistas, organizaron la Caravane des Quartiers (Caravana de los Barrios), con la intención de recorrer la periferia de las ciudades visitando hasta la *banlieue* más alejada, donde escaseaban los servicios públicos y los jóvenes *beurs* no eran más que “sucias ratas” para las fuerzas del orden. La idea era llevar la fiesta (música, titiriteros, juegos infantiles, malabaristas) a los sitios donde los únicos que se asomaban de vez en cuando eran los asistentes sociales, es decir, a los lugares que la policía había estigmatizado como “peligrosos” y la prensa como “difíciles”.

La idea que dio origen a la Caravane des Quartiers se fundaba en que no bastaba con denunciar los atropellos de las patrullas policiacas en esos barrios populares donde

la gente puede ir a la cárcel o recibir una paliza [sólo] por pasar un poco de hachís, armar ruido o simplemente ser objeto de un “control rutinario”. En cuanto a la justicia que les espera, parece ser un tren con primera y segunda clase: si se trata de jóvenes inmigrantes o de hijos de inmigrantes, mejor será que no esperen mucho ni se hagan ilusiones. *Police partout et justice nulle part*, “Policía por todas partes y justicia en ninguna”, aparece escrito en camisetas y paredes.³⁴

Conscientes de esta realidad, los jóvenes que impulsaron el proyecto cultural de las Caravanas creían necesario que la propia gente de los suburbios se organizara —sin intermediarios—, no sólo para realizar trabajo político en el barrio sino también para festejar el éxito de esas acciones, es decir, para celebrar *la vida*. La población recibió esta iniciativa con entusiasmo y los propios habitantes se encargaron de la logística de las actividades, de la comida y de la seguridad. Era

³⁴ *Ibid.*, p. 136.

una época en que prácticamente todas las ciudades satélite tenían sus asociaciones, grupos y cooperativas, que funcionaban con poco dinero y mucha imaginación, pero sobre todo con la voluntad de los pobladores de hacer algo para mejorar sus condiciones de vida. En estos barrios multiétnicos el descontento social de los jóvenes sin futuro y sin esperanzas se trastocó en acciones autogestivas cuyo motor era la militancia, la solidaridad y la integración.

Uno de los logros más sonados de la Caravane des Quartiers fue el permiso que obtuvo en 1989, por parte de la comisión oficial encargada de organizar los festejos del bicentenario de la Revolución francesa, para instalar sus carpas en diversas ciudades (entre ellas Argenteuil) donde celebraron conciertos —por módicos precios y hasta gratuitos— diversos artistas y grupos invitados no sólo de Francia, sino de Marruecos, Jamaica y Argelia, quienes iban en representación de esas “otras” músicas que a menudo eran también las de los habitantes de los barrios.

Otra experiencia que dio buenos resultados fue la producción literaria de esta generación, convencida de que sus integrantes constituían la sangre nueva de la minoría étnica más importante de Francia y de que resultaba esencial dejar testimonio de ello. Los escritores *beurs* —abocados en particular a la autobiografía y la ficción autobiográfica— se convirtieron en todo un fenómeno literario en la industria editorial francesa. Pese a ello, a la distancia se verá que estos autores fueron ensalzados más por un ánimo paternalista que por sus méritos, entrampados en el doble juego del discurso sobre la integración. Algunos de ellos continuarían escribiendo y otros tendrían un reconocimiento fugaz, pero en esa época, mientras sus libros eran difundidos con gran éxito de ventas, las revistas

especializadas y los programas de televisión les dedicaron importantes espacios que en otro momento habrían sido impensables.

A pesar de que son textos muy diferentes en términos de experiencias de clase, étnicas y generacionales de sus respectivos autores, todos ellos plantean sin embargo interrogantes sobre la cultura y la identidad cultural. Por encima de cualquier cosa, la escritura *beur* es acerca de la formación de la identidad y las políticas de identidad; acerca de lo que esto significa para quienes son franceses y no franceses, árabes y no árabes. Lo que quiere decir, en suma, ser *beur*.³⁵

Se trata de textos identificados entre sí como portadores de una narrativa de confusión cultural: la experiencia del sentimiento de estar dividido entre dos mundos, dos clases, dos naciones y dos lenguajes, y la búsqueda de alguna forma de identidad cultural estable. Así, por ejemplo, en la novela pionera *Le thé au harem d'Archy Ahmed* (*El té en el harén de Archy Ahmed*), escrita por Mehdi Charef en 1983 y cuya historia incluso se llevó al cine, esta experiencia es vivida de modo traumático y discapacitante; en otra que data de 1984, *Les ANI du "Tassili"* (título engañoso que significa *Los Árabes No Identificados [ANI] del "Tassili"* [nombre de un ferry que transporta pasajeros entre Argelia y Francia]), su autor, Akli Tadjer, construye una oposición espacial entre el *aquí* (Francia) y el *allá* (norte de África) con personajes que oscilan entre dos culturas rivales, y en *Zeida de nulle part* (*Zeida de ninguna parte*), escrita por Leïla Houari en 1985, se expresa el sentimiento de ser un alienado de ambas "casas".

La experiencia del racismo en Francia se halla representada de manera recurrente en la literatura *beur* —por ejemplo, en el hecho de que se prohibiera la

³⁵ Tony McNeill, "The Beurs in France" (Sunderland, G.B., University of Sunderland, marzo de 1999). Citado en www.sunderland.ac.uk.

admisión de jóvenes de origen árabe en las discotecas—, lo que da lugar a la rebelión psicológica de algunos personajes que emprenden el *regreso* al África mediterránea, donde constatarán con pesadumbre que sus ilusiones de encontrar una afinidad con la vida y cultura magrebíes no tienen fundamento.

En buena medida, la tensión que maneja la narrativa *beur* es el conflicto entre culturas o las dificultades psicológicas experimentadas por los jóvenes *beurs* sujetos a diferentes expectativas. “Con frecuencia, los autores *beurs* convergen temáticamente en una preocupación compartida por los conflictos entre sistemas culturales opuestos y en particular por las difíciles elecciones que deben tomar quienes se mantienen a horcajadas entre tales culturas”.³⁶ Éstas serán las constantes de la primera oleada de literatura *beur* en la que, además de los escritores ya citados, destacarían Farida Belghoul, Nacer Keftane y Mehdi Lallaoui.

Los años felices de esta generación —que soñaba con hacer posible la fraternidad *blacks-blancs-beurs* (negros, blancos y franco-árabes)— se deben a la acción de una juventud sin muchas expectativas que supo organizarse y atraer la solidaridad de los demás para hacerse comprender y amar, aunque con frecuencia lo que se retuvo de ella fueron más las acciones delictivas de una parte de sus miembros. Si bien los asesinatos racistas disminuyeron de manera sensible, el desempleo y las actitudes fascistas del Frente Nacional influyeron en otros partidos y asociaciones políticas que interpretaron a su manera la “necesaria integración”: para muchos de ellos los inmigrantes y sus hijos eran quienes tenían el “deber” de hacer esfuerzos y sacrificios que permitieran su *asimilación* en la sociedad francesa. Mala señal.

³⁶ A.G. Hargreaves, *Voices from the North African Community in France: Immigration and Identity in Beur Fiction*, Oxford, Berg, 1997, p. 49. Tomado de Tony McNeill, página web citada.

IV. Nacer y crecer en los suburbios

El tránsito hacia la tercera generación

*La vida no es de nadie, todos somos
la vida —pan de sol para los otros,
los otros todos que nosotros somos—,
soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia.*

Octavio Paz
Piedra de sol

Han pasado veintiún años desde que los jóvenes *beurs* de la segunda generación —o surgidos de la inmigración— marcharon por las carreteras de la provincia y de algunas de las ciudades francesas más importantes para reivindicar su derecho a la ciudadanía y demandar un trato igualitario en la sociedad. De entonces a la fecha, los suburbios que se cimbraron con la energía y vitalidad de sus jóvenes no han conocido una movilización de protesta tan cohesionada y vibrante como aquella, que de modo sorprendente logró sumar simpatizantes de los más variados orígenes en el país entero.

Apenas disipada la euforia que provocó el triunfo de este episodio reivindicativo del *power to the people*, el gobierno se encargó de atomizar el movimiento *beur* en asociaciones subsidiadas —la mayoría con escasa presencia nacional— y de aparentar soluciones significativas como la renovación de los

alojamientos populares —que no fue más que un mero “maquillaje de ocasión”—, mientras la ultraderecha volvía a la carga con un nuevo proyecto que en la segunda mitad de los años ochenta desataría una vasta polémica en torno al tema de la nacionalidad, asunto que no se cuestionaba desde la liberación del país. Todo indica que, habiendo transcurrido ya una generación desde la segunda guerra mundial, los empresarios de la política consideraron que era tiempo suficiente para levantar la censura sobre el discurso xenófobo.

En 1986, una ola de atentados terroristas en París sirvió de pretexto para la instauración de visas obligatorias para todos los extranjeros, lo cual estrechó aún más el cerco antinmigratorio. Pese a todo, la inmigración clandestina continuó abriéndose paso como pudo, igual que sucede en nuestros días. Para entonces Jacques Chirac ocupaba por segunda vez el cargo de primer ministro y, en una acción que pretendió frenar la preocupante competencia de la extrema derecha, planeó un operativo —con cámaras de televisión y reflectores incluidos— mediante el cual forzó a 101 malíes en situación irregular a regresar a su patria en un vuelo charter. Con esta medida Chirac se propuso simbolizar la firmeza del gobierno ante una opinión pública que ignoraba que casi todos los expulsados, más temprano que tarde, regresaban a Francia.

Empero, estas deportaciones con efecto mediático resultarían insuficientes para dispersar los ímpetus xenófobos que flotaban en el ambiente. La ultraderecha atravesaba uno de sus mejores momentos y ejerció tal presión que el gobierno se vio orillado a presentar un proyecto de reforma, inspirado en la propaganda del Frente Nacional, con vistas a suprimir la adquisición sin formalidad de la nacionalidad francesa —para las personas nacidas en Francia de padres extranjeros— al cumplir la mayoría de edad.

No hace falta ser muy perspicaz para comprender que esta reforma —de haberse aprobado en el seno de la Asamblea Nacional— habría afectado sobre todo a los hijos de inmigrantes árabes, pues sólo se reconocería como franceses a los niños nacidos en Francia de padres originarios de la metrópoli o sus territorios (por ejemplo, la ex Argelia francesa), lo cual quería decir que los inmigrantes nacidos en Argelia antes de 1962 (cuando este país se independizó) eran franceses, pero no los que nacieron después de esa fecha.

Con el nuevo proyecto de ley, aunque los hijos de estos trabajadores hubieran nacido en Francia, *no* adquirirían automáticamente la nacionalidad francesa al cumplir 18 años —como ocurría hasta entonces—, sino que debían hacer una petición para naturalizarse que podría serles rechazada en caso de haber pasado más de seis meses en prisión. Además, sería obligatorio prestar un juramento por escrito del compromiso que conllevaba “volverse franceses”. Esta nueva estratagema política implicaba una selección de los hijos de inmigrantes según su grado de “afrancesamiento”, lo que dio lugar a un intenso debate en la prensa nacional que haría declarar a Robert Solé, periodista de *Le Monde*, no sin cierta ironía: “no veo por qué algunos *beurs* han de ser más franceses que otros...”.³⁷

Fue también a mediados de los años ochenta cuando se instrumentó la ley de la doble penalidad (*double peine*), una facultad de la justicia francesa para castigar dos veces a un infractor de la ley cuando éste era extranjero: además del encarcelamiento, el juez podía tomar la decisión de expulsarlo del territorio nacional. Esta medida, dirigida sobre todo a los inmigrantes, se originó en la llamada “prohibición del territorio francés” (decisión de expulsión) decretada en 1970 para combatir el tráfico de drogas, pero que progresivamente llegó a

³⁷ *Le Monde*, París, 6 de diciembre de 1986.

sancionar más de 200 delitos. Muchos hombres jóvenes descendientes de árabes pero criados en Francia (algunos ya con esposa e hijos) fueron obligados a regresar a su país de origen pese a que ya no tenían vínculos con éste y ni siquiera hablaban su idioma. Algunos lograban volver clandestinamente a Francia, pero entonces no tenían existencia legal: ni derecho a un trabajo ni a la seguridad social; otros se enfrentaron a la tragedia de tener que vivir separados de su familia en un país extraño.

En el ámbito educativo también se movieron las aguas de la intolerancia. Alain Devaquet, ministro de la Enseñanza Superior y de la Investigación, aprovecharía este clima favorable a la discriminación para proponer en 1986 un proyecto de reforma universitaria en cinco aspectos: criterios de entrada, diplomas, tesis, jerarquía administrativa y gastos de escolaridad. El primero de ellos fue el que más resquemores provocó entre la población, pues aunque aparentemente pretendía otorgar más autonomía a las instituciones de educación superior para que cada año ellas mismas determinaran las condiciones de acceso a las distintas carreras, en el fondo cuestionaba un “derecho” sociocultural: el del acceso a la universidad garantizado por el bachillerato, ya de por sí sujeto a una estricta selección.

Teniendo como telón de fondo el riesgo de numerosos jóvenes a perder su derecho a la nacionalidad —que incluso dio pie a que éstos lanzaran una campaña nacional con el lema *J’y suis, j’y reste* (Soy de aquí, y aquí permanezco)—, entre noviembre y diciembre de 1986 estudiantes de bachillerato y universitarios —muchos de ellos hijos de inmigrantes—, junto con profesores y padres de familia, realizaron varias manifestaciones en protesta por el intento gubernamental de restringir su derecho a la educación superior. Con ello se pronunciaban a su vez

por la defensa de la institución universitaria como garante de ciertos derechos ciudadanos, razón por la cual debía incluir y no excluir; integrar y no rechazar; animar y no frustrar.

Según la lógica del entonces pujante liberalismo económico, la “libre elección” también era válida en materia de ciudadanía y la “competitividad” en materia de educación superior. No obstante, pronto quedaría claro que ni uno ni otro proyectos resolverían problemas tan complejos como el desempleo y la inmigración, sino que por el contrario, tanto la iniciativa de reforma en materia de nacionalidad como la de reforma en materia educativa eran producto de las secuelas de estos males, es decir, de la intolerancia racial y el miedo a *los otros*. Así pues, la nueva movilización social logró que ninguna de las dos reformas fuera aprobada.

Por desgracia, el saldo no fue blanco. El primer fin de semana de diciembre el estudiante universitario de origen árabe Malik Oussekiné murió a causa de los golpes que le propinó la policía en una calle del barrio latino de París. Ahí fue abandonado agonizante y ya no hubo tiempo de llevarlo a un hospital. Días después del asesinato, más de medio millón de estudiantes, maestros y trabajadores marcharon en silencio por las calles de la capital y de otras ciudades francesas condenando el atentado. En París se manifestaron más de 300 mil personas en memoria de Oussekiné, sin exhibir banderas de partidos ni de sindicatos, sólo cientos de leyendas que repetían la consigna: “Nunca más violencia y represión policial cuando los jóvenes se manifiestan en paz por su futuro. Nunca más heridos. Nunca más muertos. Nunca más decisiones tomadas por el gobierno contra la opinión de los interesados”.³⁸

³⁸ *La Jornada*, México, 11 de diciembre de 1986.



Manifestación en protesta por el asesinato del estudiante Malik Oussekinge en París

A partir de la irrupción de los jóvenes *beurs* en la vida nacional, que constituyó un verdadero fenómeno sociológico, cualquier intento de reforma que cuestionara la reconciliación de los principios democráticos con los imperativos socioeconómicos tocaría de manera directa a los jóvenes —con especial énfasis en los de origen migrante—, lo mismo si se trataba de asuntos de identidad o integración, de participación o democracia. Las enérgicas reacciones de la sociedad civil recordaron a los políticos que en esa juventud latía el porvenir de Francia, y ello tornaba imperioso permanecer en alerta.

Un velo que causa controversia

Apenas tres años después de los fallidos intentos por limitar los derechos a la nacionalidad y la educación universitaria de los jóvenes de origen inmigrante, un nuevo conflicto de relevancia similar volvió a dividir las opiniones. En noviembre de 1989, tres alumnas musulmanas de un colegio público de Creil (en el

departamento de Oise) fueron expulsadas por portar el *velo* islámico durante las clases, incidente que detonó una nueva polémica nacional acerca de la laicidad y el islam.

El problema se agudizó casi de inmediato, puesto que el concepto mismo de laicidad arrastra consigo cierta ambigüedad: es a la vez arma de guerra anticlerical y principio de libertad y tolerancia; por tanto, concibe a la escuela como un espacio de neutralidad absoluta, protegido de influencias exteriores, sean éstas de orden político, religioso, económico o social. En la escuela los alumnos deben “olvidar” su pertenencia y sus raíces, asumirse como iguales y consagrarse al aprendizaje intelectual que les permita volverse individuos libres y autónomos. Sin embargo, los detractores del velo no habían mostrado hasta entonces tanta hostilidad ante el uso de la kipá judía o la cruz cristiana. Al reflexionar en torno a esta interpretación desigual del principio de laicidad hubo quienes, como Guy Sorman, se preguntaron si no sería que en estos republicanos laicos estaba latente un oscuro antislamismo primario.³⁹

La ambigüedad también radicaba en el velo mismo, porque no se trataba de la prenda que suelen usar las mujeres musulmanas extremistas y que incluso les oculta el rostro, sino de un pañuelo —en francés llamado *foulard* y no *voile*—, ciertamente islámico, que sólo cubre la cabeza y se ata al cuello. Cabe mencionar que las tres chicas acusadas de portarlo también llevaban jeans y tenis, pero ni siquiera la prensa pareció reparar en ello. De cualquier forma, este incidente fue considerado como una provocación a la idea predominante de laicidad, puesto que violaba el mito de la escuela como espacio neutral y reivindicaba el reconocimiento de la diferencia como signo de identidad cultural.

³⁹ Guy Sorman, *Le bonheur Français*, París, Librairie Arthème Fayard, 1995, p. 123.

A causa de este peculiar asunto, la extrema derecha racista, la derecha defensora de la escuela privada y la izquierda anticlerical y feminista “coincidieron” al adoptar posturas semejantes en el ámbito de una escuela laica cuya pureza y severidad se mantenían firmes; en cambio, los cristianos moderados, la mayor parte de los musulmanes y la izquierda liberal se pronunciaron por la tolerancia.

En ese entonces Lionel Jospin fungía como ministro de Educación Nacional —ya durante el segundo periodo presidencial de Mitterrand— y teóricamente a él le correspondía solucionar esta querrela. Sin embargo, al darse cuenta de que este conflicto adquiriría visos de enfrentamiento ideológico, el ministro tuvo que consultar sobre el caso al Consejo de Estado. La conclusión de éste fue que portar insignias religiosas “no era incompatible con la laicidad de la escuela pública”, pero también precisaba que

[la libertad de expresión y de manifestación de las creencias religiosas] no quiere decir que se permita a los alumnos lucir signos de pertenencia religiosa que, por su naturaleza, por las condiciones en las que son portados individual o colectivamente, o por su carácter ostentoso y reivindicativo, constituyan un acto de presión, de provocación, de proselitismo o de propaganda que pueda atentar contra la libertad o la dignidad de los alumnos y de otros miembros de la comunidad escolar, y de este modo comprometa su salud o su seguridad, perturbe el desarrollo de las actividades de enseñanza y el papel educativo de los maestros, y moleste el orden en la institución o el funcionamiento normal del servicio público.⁴⁰

⁴⁰ Philippe Bernard, *Immigration: le défi mondial*, París, Gallimard (Folio/Actuel, 95), 2002, p. 258.

Con base en el respeto a los principios de la escuela republicana, el Consejo de Estado recomendó el diálogo con las familias ante toda medida de exclusión y dejó a los directores de escuelas la responsabilidad de decidir individualmente esos casos específicos. Sin embargo, éstos se denunciaron en tantos rincones de Francia que los altos magistrados tuvieron que pronunciarse por reintegrar a las alumnas expulsadas, siempre y cuando se comprobara que no habían participado en actos de proselitismo al portar el pañuelo de la discordia.

En el centro de este asunto gravitaban dos visiones contrarias de asimilación. Por un lado, resultaba claro que las alumnas acusadas de rechazar su integración, estaban más que asimiladas culturalmente por su escolarización, su lengua, su vestimenta y sus amigos. Por otro lado, la ultraderecha insistía en la neutralidad absoluta o, de lo contrario, en adoptar medidas tan descabelladas como “regresar a los magrebíes y sus descendientes a sus lugares de origen”.

Lo cierto es que la asimilación no tiene por qué suponer que el inmigrado desaparezca en una masa gris y homogénea. De hecho, sólo cuando se ha recorrido este camino los inmigrados están en condiciones de reconstruir y reivindicar su identidad, de demandar el reconocimiento de las diferencias; por ello, la decisión de esas jóvenes de usar el *foulard* puede interpretarse a la vez como un acto de integración y afirmación, es decir: es posible —y deseable— asimilarse a la cultura en la que se vive sin abandonar la identidad étnica. Resulta excesivo considerar sin más que este acto constituía una provocación orientada a sustituir la enseñanza pública con la enseñanza coránica.

Pero la controversia no se disipó ahí. En 1994 François Bayrou, quien sucedió a Lionel Jospin en el cargo, intentó presionar al Consejo de Estado con una

nueva circular en la que “invitaba” a las instituciones de educación secundaria a incluir en sus reglamentos internos una prohibición del uso de signos religiosos “ostensibles”, lo cual sirvió de soporte jurídico para nuevas expulsiones, aunque los magistrados se mantuvieron firmes en la posición que adoptaron en 1989. Empero, el malestar de la extrema derecha a este respecto no cesó y, ante las presiones de los seguidores de Jean-Marie Le Pen, en diciembre de 1996 el gobierno de Jacques Chirac volvió a reavivar el conflicto a partir de la propuesta de una ley de prohibición que no fructificó.

El más reciente intento por legislar en esta materia tuvo lugar en diciembre de 2003, cuando cuatro alumnas musulmanas que se negaron a quitarse el pañuelo en la escuela fueron expulsadas. Chirac insistió una vez más en la necesidad de una ley de prohibición no sólo del pañuelo islámico, sino también de la kipá y el crucifijo. Para demostrar que no se trataba de estigmatizar a nadie, el uso discreto de pendientes religiosos (por ejemplo pequeñas cruces, manos de Fátima o estrellas de David) sí estaría permitido. El 16 de diciembre el presidente declaró en un discurso televisado: “La escuela pública seguirá siendo laica y para ello es necesaria una ley [...] El hecho de llevar ropa o signos que manifiesten ostensiblemente la pertenencia religiosa debe estar proscrito en las escuelas, los colegios y los liceos”.

Aprobada por la Asamblea Nacional, esta ley entró en vigor apenas en septiembre de 2004, al inicio del nuevo ciclo escolar. Al respecto vale la pena mencionar que, hasta el momento, prevalece un ambiente conciliatorio entre los líderes religiosos de los diversos cultos que se practican en el país: Joseph Sitruk, el gran rabino de Francia, manifestó su adhesión a la propuesta del gobierno al considerar que el espacio republicano es de mutuo respeto, mientras que Dalil

Boubakeur, presidente del Consejo Francés del Culto Musulmán, aseguró que “la ley del Estado es nuestra ley”, por lo que exhortó a la comunidad musulmana —que en Francia llega a cinco millones de personas— a “recibir el mensaje presidencial con sabiduría”.⁴¹

Que veinte años no es nada...

Los adolescentes que, como las muchachas del pañuelo islámico, descienden de la última oleada de inmigrantes llegados a Francia en el transcurso de los años sesenta, son ya sus hijos menores o sus nietos e integran la llamada “tercera generación”, esa que hoy puebla los colegios y liceos de los suburbios franceses. La generación precedente, constituida por los jóvenes *beurs* que veinte años atrás lucharon por hacerse visibles en la escena nacional, ha alcanzado ya la edad adulta, y esos hombres y mujeres ahora forman parte de la fuerza de trabajo que mueve los engranes de la economía francesa o ensancha las filas del desempleo.

Entre una y otra generación existen, desde luego, diferencias y semejanzas notables. Por ejemplo, si bien gran parte de los jóvenes de los años ochenta llegaron a Francia siendo muy pequeños, los que conforman la actual generación son en su mayoría franceses de nacimiento. Por otra parte, así como ocurrió con aquellos —y pese a que desde hace tres décadas no existe en Francia la inmigración en gran escala—, es en las orillas de las ciudades más industrializadas donde aún se concentran los adolescentes de origen extranjero.

⁴¹ *La Jornada*, México, 18 de diciembre de 2003.

De París a Toulouse, de Lyon a Nantes, de Lille a Marsella, más de 80% de los jóvenes que habitan en los suburbios son franceses de nacimiento y al mismo tiempo hijos de inmigrantes extranjeros. Relegados desde hace medio siglo a los inmuebles de los barrios periféricos, los abuelos y padres de estos jóvenes han debido resignarse a que sus descendientes no conozcan más realidad que ésta, en la que día tras día se constata el fracaso del urbanismo popular.

Los bloques de departamentos de las afueras constituyen verdaderos guetos (aunque incluyen familias de diversos orígenes, todas se rigen por el denominador común de obtener ingresos bajos o ser desempleados) que separan a sus ocupantes de los franceses de las ciudades. Es en ese hábitat donde, a primera vista, se constata el fracaso que la lucha de los jóvenes *beurs* tuvo a largo plazo, puesto que las condiciones de vida de la población de origen migrante no han mejorado un ápice, salvo en casos contados que se deben más al esfuerzo individual que a políticas integradoras. Los barrios de inmigrantes de hace veinte años siguen siendo los barrios de los hijos de inmigrantes de hoy.

Aquellos desaliñados y combativos jóvenes ochenteros que organizaron la gran Marcha por la Igualdad lo hicieron alentados por un sueño, el cual fue inspiración y reivindicación para sus seguidores en todo el territorio francés, la mayoría jóvenes de orígenes diversos que clamaron junto con ellos: “Somos franceses, Francia es nuestro país”. Esta juventud heterogénea tuvo la voluntad de tender sus manos hacia la integración, mas los políticos no entendieron —o no les importó— su mensaje y la segunda generación fue sacrificada. Sin embargo, los daños para la tercera generación se vislumbran aún peores.

Esos muchachos y muchachas “surgidos de la inmigración” que hace dos décadas lucharon por el reconocimiento de su doble identidad, aún no estaban saturados por la actual influencia del modo de vida estadounidense, y aunque rudimentario, gravitaba en torno a ellos un ánimo de rebeldía vital y de búsqueda artística para hacerse ver y escuchar por los representantes del gobierno que decidían su futuro sin haberse parado nunca en un suburbio.



Protagonistas de la Marcha por la Igualdad y contra el Racismo de 1983

Hoy cabe preguntarse adónde fue a parar el legado de esa movilización, puesto que en los albores del siglo XXI la vida ha dado un vuelco radical. En el mundo entero, por razones demográficas y de mercadotecnia, prevalece una especie de culto a la juventud que la industria del entretenimiento alienta sin tregua con una avalancha de contenidos banales y consumistas, los cuales siempre encuentran eco en una sociedad trastornada por los placeres inmediatos. Los adolescentes se han convertido en sus clientes predilectos, situación que se refleja en las necesidades creadas específicamente para ellos ya sea en la vestimenta (ropa, calzado y accesorios [gorras, gafas, relojes, joyería y teléfonos celulares]), la alimentación (sitios de comida rápida) y los pasatiempos (series televisivas, videojuegos, bares y discotecas), con lo cual imponen sus modas en la familia, en la escuela, en la calle.

Para defender sus ideales, a los jóvenes de la segunda generación les bastó el ímpetu de su edad, las ganas de hacer algo en beneficio de su comunidad y el espíritu solidario con que abanderaron su lucha por la igualdad y la integración, es decir, fue suficiente con tener un grado mínimo de conciencia política. En su recorrido por los caminos de Francia propagaron un discurso pacifista y antirracista con apenas un par de jeans, una chamarra y unos tenis baratos... y alrededor del cuello un *keffieh*⁴² que sus detractores “identificaron” como el emblema de la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) de Yasser Arafat, cuando lo cierto es que en ese tiempo esta prenda la usaban tanto los jóvenes bretones como los hijos de inmigrantes.

La pedagogía del *couscous*

En Francia, de acuerdo con el principio republicano de igualdad, la función histórica fundamental de la escuela es *integrar* a las diferentes poblaciones que componen el país. Sin embargo, este ideal pareciera haberse desterrado de las escuelas de los barrios periféricos —de educación primaria, colegios y liceos—, donde desde hace más de treinta años se atiende de manera diferenciada a un número mayoritario de alumnos de origen extranjero, sobre todo de ascendencia argelina, marroquí y portuguesa, mientras que los pocos franceses de origen que asisten a ellas suelen ser hijos de familias marginadas, es decir, de trabajadores con sueldos bajos.

En el sistema educativo francés, el periodo comprendido entre 1970 y 1985 coincidió con la reivindicación izquierdista del derecho a la diferencia, por lo cual

⁴² Pañuelo árabe que suelen usar los hombres, ya sea sobre la cabeza o alrededor del cuello.

predominó la tesis de que los niños descendientes de extranjeros tenían una desventaja cultural ligada a sus orígenes. Esto hizo que se pusieran en práctica algunas medidas y herramientas para “enfrentar” dicho obstáculo en las escuelas públicas, en una época en que aún se mantenía viva la ilusión de que los inmigrantes, tarde o temprano, volverían a sus respectivos países.

En la escuela elemental se fundaron las Clases de Iniciación (CLIN) y en la secundaria las clases de adaptación destinadas a niños no francófonos. Luego se creó el sistema de Enseñanza de las Lenguas y Culturas de Origen (ELCO), cuyos cursos eran impartidos por maestros extranjeros pagados por las embajadas. Más tarde, en algunas normales se instituyeron los Centros de Formación e Información para la Escolarización de los Hijos de Inmigrantes (CEFISEM, por sus siglas en francés), con el fin de entrenar a los maestros para tratar las dificultades particulares de estos infantes. La meta principal era “preparar a los niños (de origen extranjero) para el regreso”.

Incluso durante la primera mitad de la década de los ochenta las madres magrebíes eran invitadas a preparar comidas típicas en los salones de clase —en el entendido de que la cocina es una forma de expresión que contribuye a consolidar la identidad—, pero muy pronto resultó evidente que, lejos de atenuar el corte abrupto entre la vida familiar y la vida escolar, actividades como ésta actuaban en detrimento de los aprendizajes básicos indispensables para el éxito.

Fue también en esos años cuando, con la intención de reducir el conjunto de desigualdades entre la población francesa y la de origen extranjero, el gobierno creó las Zonas de Educación Prioritaria (ZEP), en las que por primera vez se aplicó el principio de discriminación positiva —fundamentado en la hoy muy manoseada

frase propagandística de “dar más a los que menos tienen”, tan en boga entre los gobiernos del mundo entero.

Las escuelas situadas dentro de las ZEP, determinadas en función de criterios sociales y escolares —como la tasa de alumnos de origen extranjero—, recibieron plazas y presupuestos suplementarios, además de funcionar con el apoyo de asistentes sociales y asociaciones no gubernamentales, mientras que a los maestros que ejercían en esas zonas se les recompensaba con ventajas financieras y de carrera.

Aunque las ZEP todavía perduran, en los años noventa el gobierno decidió que el sistema educativo francés regresara a una concepción más clásica de la función integradora de la escuela, debido a las numerosas críticas que se hicieron a la pedagogía intercultural que obtuvo resultados dudosos y también a causa de la implantación definitiva de las familias de inmigrantes en el país. Aunado a ello, la evaluación del fracaso escolar de los hijos de extranjeros reveló que, con un origen social igual, los alumnos franceses y de raíces extranjeras tienen tasas de éxito escolar similares; por lo tanto, el hecho de que éste fuera prácticamente inexistente entre los hijos de inmigrantes se debía a que 80 por ciento de ellos eran de origen obrero.

Aquellas teorías sobre la necesidad de la apertura de la escuela a las culturas de origen han sido cuestionadas por investigaciones añejas y recientes,⁴³ en las que prevalece la constante de que entre más se centre la cultura escolar en ella misma y se muestre hermética a la influencia social, más favorecerá a los niños de familias marginadas.

Hoy día, según datos del propio Ministerio de Educación, se ha demostrado que en la escuela primaria los niños extranjeros repiten cursos más a menudo que los franceses (46 por ciento contra 24 por ciento), sobre todo cuando aquéllos llegaron a Francia en el curso de su escolaridad. En este estadio la inmigración acrecienta los riesgos del fracaso, aun tratándose de condiciones de igualdad social. Pero esta situación se invierte en la secundaria, donde, en una situación de igualdad social, el porcentaje de alumnos extranjeros que aprueban los cursos es más alto que el de los franceses, y aquéllos se orientan hacia los estudios largos con más frecuencia, sobre todo cuando han nacido en Francia y hablan francés en sus casas.

Todos somos hijos de inmigrantes

Para hablar de la tercera generación, es decir, de los jóvenes franceses de origen extranjero que hoy tienen entre 12 y 20 años, vale la pena echar un vistazo a las estadísticas oficiales del Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED).⁴⁴ De acuerdo con los datos recabados por este organismo, la primera generación de inmigrantes que llegó a Francia a mediados del siglo XX para no volver a irse del país estuvo conformada por cuatro millones de personas, de las cuales más de una cuarta parte adquirió la nacionalidad francesa. Sus hijos, muchos de ellos nacidos en Francia, ya *no* son inmigrantes, por más que los franceses de origen se empeñen en seguir llamándolos así. Se trata de la segunda generación, integrada por cinco millones de personas entre cuyos miembros cuatro de cada cinco son franceses. Por

⁴³ M. Cherkaoui, *Les paradoxes de la réussite scolaire*, París, PUF, 1979; Jean-Paul Caille y Louis-André Vallet, *Les élèves étrangers ou issus de l'immigration dans l'école et le collège français*, París, Direction de l'Évaluation et de la Prospective du Ministère de l'Éducation Nationale, 1996.

⁴⁴ Michèle Tribalat (dir.), *Cent ans d'immigration. Étrangers d'hier, Français d'aujourd'hui*, París, PUF-INED, 1991.

último, los hijos más pequeños y nietos de los inmigrados —la tercera generación— son casi todos franceses de nacimiento y su número también alcanza los cinco millones.

En total, 14 millones de personas que viven en Francia (entre inmigrados y sus descendientes) son de origen extranjero. De ellos, diez millones poseen la nacionalidad francesa, lo cual quiere decir que casi dos franceses de cada diez tienen un abuelo o un padre extranjero. Por tal razón, es incuestionable el hecho de que gracias al aporte demográfico de los hombres y mujeres llegados del exterior a lo largo del siglo pasado, la inmigración ha permitido mantener la natalidad y frenar el envejecimiento de la población francesa.

El INED da otra cifra que resulta muy útil para el tema que nos ocupa: 11.1 por ciento de los niños nacidos en Francia en 1990 (hoy en plena adolescencia) son hijos de padres extranjeros, porcentaje que asciende a 15.4 si se toma en cuenta a los hijos de parejas mixtas y a aquéllos nacidos de madre extranjera fuera del matrimonio.

De los 62 millones de personas que integran la población francesa, 7.5 por ciento son inmigrantes y su distribución geográfica es muy irregular: en tanto que las regiones del centro y del oeste (donde aún existen muchas comunidades rurales) tienen una presencia mínima de inmigrantes (2.5 por ciento de la población), las regiones en las que por tradición se ha detectado una mayor presencia de éstos y/o de habitantes de origen extranjero son París y sus alrededores —sitios en los que se asienta casi 50 por ciento del total, es decir, de cada seis capitalinos más de uno pertenece a una familia de extranjeros—, así como Rhône-Alpes (Lyon, Grenoble y Saint-Étienne) y Provence-Alpes-Côte d'Azur

(Marsella y Niza), regiones del norte y sudeste de Francia donde existen numerosos centros urbanos e industriales.

Con base en los datos anteriores, que revelan la apabullante presencia del mestizaje en Francia, el ciclo que iniciamos en este trabajo con un viaje en tren de París a Argenteuil —típica población de los suburbios cuya alta densidad de inmigrantes data de hace más de medio siglo— se cierra con una revisión del panorama actual en que viven sus habitantes más jóvenes. Habiendo rastreado desde esa comunidad multiétnica las pistas de los primeros obreros extranjeros y de aquellos que llegaron en los años sesenta para no irse más, así como las de sus hijos mayores que en plena juventud lucharon por el reconocimiento de su doble identidad, nuestro recorrido concluye con un acercamiento a la tercera y última generación: los adolescentes franceses de origen extranjero.

Para proporcionar atención educativa a la generación más joven que descende de familias extranjeras, en la comunidad de Argenteuil hay siete colegios (de educación secundaria) y cuatro liceos (de educación media superior) que están bajo la tutela del Ministerio de Educación francés y que, de acuerdo con la estructura del sistema educativo, pertenecen a la Academia de Versalles. Si bien prácticamente todos los barrios populares de los suburbios de París —comprendida la ciudad de Argenteuil— están considerados como Zonas de Educación Prioritaria, de los siete colegios mencionados sólo dos (el Eugénie Cotton y el Claude Monet) están catalogados como “sensibles” y “violentos”, mientras que ninguno de los cuatro establecimientos de bachillerato se incluye en esta categoría.

Los liceos Jean Jaurès y Georges Braque son los más antiguos y, por ende, los más céntricos, mientras que el Romain Rolland y el Fernand Léger se construyeron hace casi dos décadas en la periferia de la ciudad, es decir, en las márgenes donde habita la mayor parte de la población de origen extranjero. El liceo Romain Rolland —de enseñanza general y tecnológica— es el más cercano a la estación del tren, razón por la cual los alumnos que asisten a esta escuela provienen no sólo de Argenteuil sino de otras poblaciones vecinas, entre ellas Bezons, Sannois, Montigny les-Cormeilles, Sartrouville, Épinay-sur-Seine y Corneilles-en-Parisis.



Edificio central del liceo Romain Rolland de Argenteuil

Para llegar al liceo, los alumnos que no son de Argenteuil se transportan en tren o en autobús, y sólo unos cuantos en el coche de sus padres. La mayoría de quienes viven en los edificios HLM ubicados frente a la escuela y sus costados son familias de inmigrantes que desde tiempo atrás se nacionalizaron, mientras que los propietarios de otro tipo de viviendas más alejadas son muy reacios a alquilar sus

departamentos a inmigrantes, argumentando que cuando un edificio es ocupado en su totalidad por extranjeros, los edificios colindantes pierden valor. Así, los franceses nativos los abandonan y rehusan habitarlos, una más de las razones por las que los HLM se han convertido en símbolo de regresión social. Ello explica que sea en el hábitat donde empieza el malestar de los jóvenes de origen migrante nacidos en este medio.

Los alumnos que asisten al liceo Romain Rolland están en la plenitud de su adolescencia. Todos tienen entre 15 y 19 años de edad y se reparten en los tres grados escolares que conforman el bachillerato francés (2º, 1º y terminal, cuyas equivalencias con nuestro sistema educativo son: 2º [primer grado de preparatoria], 1º [segundo grado de preparatoria] y terminal [tercer grado de preparatoria]).

En una encuesta realizada a 170 alumnos del liceo mencionado que toman clases en los tres grados escolares —lo que equivale casi a la cuarta parte de la población de este establecimiento educativo—, se detectó que la mayoría del alumnado son mujeres (en una proporción aproximada de dos a uno), en tanto que el rango de edad más común es el de 16 a 18 años.

Como en el resto de los suburbios franceses donde son mayoría las familias de inmigrantes, poco más de la mitad de los alumnos del liceo son de ascendencia extranjera. En este caso, del total de adolescentes entrevistados sólo 69 (40.5%) son franceses de origen, seguidos por 30 descendientes de marroquíes (17.6%), 22 de argelinos (13%), cinco de portugueses (3%), dos de marfileños (1.2%), dos de camboyanos (1.2%) y nueve de belgas, tunecinos, ghaneses, turcos, cameruneses, zaireños, mauritanos, chinos y congoleños (que juntos ascienden a 5.3%), en tanto

que el restante 18.2% corresponde a 31 hijos de matrimonios mixtos (franceses casados con extranjeros), en los que uno de los progenitores es de origen marroquí, argelino, portugués, tunecino, español, italiano, polaco, ruso, yugoslavo, vietnamita, coreano, ceilandés y estadounidense, a los cuales se suman algunos más procedentes de las islas La Reunión (Madagascar) y Mauricio, así como de Martinica y Guadalupe (las Antillas). De acuerdo con los datos recabados, la mayor parte de los adolescentes de origen extranjero descende de inmigrantes que llegaron de las antiguas colonias y protectorados franceses.

Asimismo, del total de alumnos incluidos en esta muestra 120 viven en los bloques de edificios uniformes de las orillas de Argenteuil y los restantes 50 provienen de las poblaciones cercanas ya mencionadas. Entre semana e incluso los sábados, los corredores de esos edificios y el breve camino —de apenas dos centenares de metros— que conduce de la estación del tren o la parada del autobús al liceo, pululan de adolescentes en las horas de entrada y salida de la escuela.

En grupo, las diferencias étnicas que caracterizan a estos jóvenes son más notables, no obstante que visten con un estilo homogéneo: los muchachos generalmente con gorra, chamarra, pants o jeans, tenis y mochilas deportivas a la espalda (la marca preferida es Adidas, promotora de la selección francesa de fútbol); las chicas con suéteres gruesos o abrigos, pantalones o faldas de telas sintéticas, medias o mallas de lana, tenis o botas largas y carteras plastificadas, todo de marcas muy conocidas entre la juventud del mundo entero: Nike, Puma, Fila, Armani, Converse, Lacoste... desde luego, en muchos casos se trata de prendas genuinas pero también las hay piratas, que pueden conseguirse con facilidad en las tiendas de artículos baratos y en los mercados sobre ruedas. Tal es la obsesión por las marcas.

La difícil edad de la punzada

Ser adolescente en Francia no sólo es cuestión de enfrentar las crisis de identidad propias de esta edad y la “marea hormonal” que determina los cambios físicos de aquellos que tienen entre 12 y 20 años de edad, sino de apegarse a los dictados de la cultura mediática que tiende a homogeneizar los comportamientos y a trivializar la vida. Según la periodista francesa Claire Chartier, “de la elección de su vestimenta a la de sus programas de televisión, pasando por la indisciplina en clase y los pequeños actos de incivilidad”, los adolescentes franceses se vuelven cada vez más ingobernables.⁴⁵

Son ellos quienes imponen su ley, su dictadura consumista que los padres de hoy no saben cómo conciliar con las exigencias democráticas de la familia moderna. Al respecto, una investigación denominada “Consojunior 2002” (en español, algo así como “consumo juvenil”), llevada a cabo por TNS Media Intelligence,⁴⁶ reveló que cerca de tres cuartas partes de los adolescentes franceses que tienen entre 13 y 19 años eligen una prenda de vestir porque está de moda y uno de cada dos porque es de una marca conocida. En suma, de nada sirve que los padres les compren a sus hijos cosas que a éstos no les gustan, pues simplemente ni se las ponen ni las usan.

De acuerdo con especialistas en el desarrollo adolescente citados por Chartier, 20 por ciento de estos jóvenes surgidos de todos los medios sociales se

⁴⁵ “Pourquoi les ados font la loi”, en *L'Express International*, núm. 2655, París, 23-29 de mayo de 2002, p. 61.

⁴⁶ Agencia internacional dedicada a realizar estudios de mercadotecnia y comunicación, por ejemplo aquellos referentes a los hábitos de consumo y la publicidad.

oponen sistemáticamente a recibir órdenes y tienen instintos despóticos precoces desde los once años, cuando son *préados*, como ahora se da en llamarlos —una invención intermedia entre infancia y adolescencia—, pues ya desde esa edad tan temprana se atreven a desafiar la autoridad de sus padres. Un sondeo del principal sindicato de educación media realizado en marzo de 2001 reveló que esta opinión también la comparten los maestros: 45 por ciento de ellos considera que sus alumnos tienen “comportamientos violentos” y 41 por ciento cree que les falta motivación.

Lo paradójico de esta situación es que, a pesar de su rebelde apariencia, los adolescentes son sumamente influenciables y se dejan llevar con docilidad hacia cualquier moda, no sólo en el vestir sino en los demás aspectos de su vida, convirtiéndose en presa fácil de los comerciantes.

Cuando hace más de diez años el profesor y escritor francés Daniel Pennac publicó su libro *Comme un roman (Como una novela)*, que al poco tiempo se convirtió en un *best-seller*, ya alertaba sobre esta situación:

Los adolescentes son clientes integrales de una sociedad que los viste, los distrae, los alimenta, los cultiva; en la que florecen los macdonalds, los bares y las tiendas de moda. [...] Se ve incluso esa cosa inaudita, barrios enteros confiscados por la adolescencia, gigantescos territorios urbanos consagrados a los vagabundeos adolescentes.⁴⁷

Uno de esos sitios a los que hace referencia Pennac es el barrio de Beaubourg, localizado en el céntrico cuadrante de Les Halles —en pleno corazón de París—, a

⁴⁷ Daniel Pennac, *Como una novela*, trad. de Moisés Melo, Santafé de Bogotá, Norma, 3ª reimp., 1997, p. 26.

la salida de la estación Châtelet. Se trata del punto donde confluyen las líneas de prácticamente todos los trenes suburbanos y los convoyes de cinco líneas del metro capitalino, por lo que día y noche esta vital encrucijada semeja una colmena en agitada conmoción.

Dada su ubicación estratégica, Beaubourg se ha convertido en el sitio de encuentro favorito de los jóvenes que habitan en París y su periferia. Ahí no faltan los McDonalds, Burguer Kings y Quicks; las tiendas de ropa GAP, Benetton, C&A, Topshop, H&M y otras boutiques globales; los almacenes de productos deportivos; la megatienda FNAC que vende libros, sí, pero también cómics, discos compactos, DVDs y los más variados artículos de fotografía, audio y video. En fin, todo un espejismo para dar rienda suelta al impulso frenético del consumo que promete la felicidad —aunque sea efímera—, y en medio, como mudo testigo, el centro Georges Pompidou, ese gigante de cristal y coloridas arterias tubulares que alberga el Museo Nacional de Arte Moderno y una de las bibliotecas públicas más grandes de Francia, un sitio que, pese a ser punto de referencia de cualquier parisino, es más conocido en su interior por los turistas.

Esa mezcla de jóvenes de todos los colores que llegan a Les Halles desde los suburbios, muchas veces sólo para “vagabundear y provocar actos vandálicos” en la Ciudad Luz —al decir de aquellos franceses de raíz que tienen esta imagen del miedo muy arraigada y que creen que apartándose de los inmigrantes se mantienen intactos—, cada vez aleja más a los adolescentes burgueses, quienes se han contagiado de la fobia al mestizaje y prefieren ir de compras a los exclusivos almacenes Printemps, La Samaritaine y Galerías Lafayette. De cualquier modo, los púberes de hoy día, sin importar la clase social a la que pertenezcan, se enganchan en las modas apenas dejan atrás la edad de los juegos y el sarampión.

De acuerdo con Sole Chantereau, maestra de español en el liceo Romain Rolland y madre de dos chicas de 20 y 24 años,

hasta hace algunos años todavía se veía aquello de que los hijos mayores heredaran su ropa a los menores; ahora ya no, porque la moda cambia de una temporada a otra. Basta ver la publicidad en las revistas y la televisión, donde aparecen modelos cada vez más jóvenes que debieran estar en la escuela y no en las pasarelas: muchachas y muchachos de catorce o quince años que las grandes marcas emplean hábilmente para abonar el terreno del consumo juvenil, pues los adolescentes suelen sentirse “discriminados” por sus compañeros de escuela si no visten a la moda...

En la sociedad actual, que muestra una fascinación creciente por la juventud y donde todo mundo se esfuerza por “seguir siendo joven”, los lugares idóneos para alimentar esta aspiración son los centros comerciales que proliferan por todos lados. Como dato curioso, el más cercano a Argenteuil —conocido como Les Quatre Temps (Los Cuatro Tiempos)— se ubica en el extremo noroeste de París, dentro de la zona industrial de La Defensa, ese mismo sitio donde hace cuatro décadas fueron destruidas las barracas de los inmigrantes obreros llegados de países no europeos y en las que, desde mediados de los años cincuenta hasta mediados de los sesenta, se alojaron cerca de 10 mil personas. Dos décadas después, una sección de ese terreno “de la ignominia” habría de destinarse a la construcción de una moderna plaza comercial de cuatro pisos, en la que hoy se venden desde accesorios para el cabello hasta aparatos para hacer ejercicio.

Entre los jóvenes de los suburbios del noroeste Los Cuatro Tiempos ha adquirido el estatus de paraíso terrenal, aunque muy pocos pueden acceder a él. Tan sólo para trasladarse ahí y volver a su barrio, un adolescente de Argenteuil debe gastar en transporte alrededor de 10 euros (es decir, 150 pesos). Por ello, para

quienes no tienen dinero el cerco es infranqueable y resulta casi imposible viajar de manera clandestina, pues los temibles inspectores de transporte —que vigilan aleatoriamente dentro de los vagones, en los andenes o en los corredores de las líneas que hacen conexión— abundan en las zonas de inmigrantes y son implacables, sobre todo con los jóvenes que tienen apariencia extranjera. Aquellos pasajeros que se aventuran a viajar sin boleto y son descubiertos *in fraganti*, sea en el metro o en el tren suburbano, no se escapan de pagar una multa mínima de 35 euros o ser arrestados por la policía.

Pese a los riesgos, las luces de neón de las tiendas, la pista de patinaje y las discotecas encandilan irremediabilmente a esos adolescentes hijos de inmigrantes, muchos de los cuales, sin opciones de distracción y entretenimiento en su ambiente inmediato, se conforman con mirar a través de los aparadores: sin dinero no es posible mezclarse con el éxito prometido. Y es que nunca como ahora el consumo ha estado tan cerca, mas la cruel paradoja es que nunca como ahora los medios para llegar a él fueron tan lejanos. “París lo tiene todo, pero nada es barato”, expresan con amargura los jóvenes de los suburbios.

Con todo, los centros comerciales son el escape del sábado por la noche a los vagabundeos cotidianos en las unidades habitacionales. Por increíble que parezca en una zona tan próxima a París, hay jóvenes de los barrios populares del noroeste que, fuera de su hábitat, no conocen más que el centro comercial de La Defensa. La frustración estalla con facilidad en un sitio como Los Cuatro Tiempos. “Si tienes dinero, aquí revientas. Si no lo tienes, es peor que el infierno”, dice Saïd, un joven habitante de Nanterre. No es extraño entonces que la drogadicción y la violencia se conviertan en una válvula de escape a la tentación consumista, que atrae y repele al mismo tiempo.

En Francia, políticos e intelectuales a menudo manifiestan su “preocupación” por esta juventud de los barrios marginados que los medios de comunicación asocian con el aumento de la delincuencia y el tráfico de drogas, fortaleciendo así los procesos de exclusión y marginación. Lejos de hacer un examen crítico de las causas que han dado lugar a esta situación —como son el desempleo y la precariedad creciente del empleo, la escasez de vivienda, los bajos ingresos—, justamente para buscar soluciones efectivas, se solazan en discursos represivos o paternalistas.

Unos y otros adoptan una posición muy cómoda al hablar de manera vaga y generalizada de una “falta de valores” entre los jóvenes que viven en los suburbios, misma que pone en peligro la “cohesión social”, pero son incapaces de definir esos valores y argumentar sus opiniones. Al respecto, Guy Sorman dice que *la familia* no puede ser un valor amenazado por los inmigrantes, pues las familias magrebíes son más unidas que las francesas, ni tampoco *el honor* de sus hijas, porque las de los árabes están mejor guardadas que las nativas.⁴⁸ Y aquí añadiríamos que tampoco *la lengua* está en riesgo como valor cultural, pues los argelinos —por su antigua condición de colonizados— hablan mejor el francés que los inmigrantes de otros países (europeos y asiáticos), además de que los adolescentes magrebíes de la tercera generación desconocen casi por completo el árabe, que en la actualidad apenas si se habla en sus hogares. No hay duda de que la lengua es un potente factor de integración, como se desprende de una sabia frase del filósofo alemán Martin Heidegger: “la lengua es la casa del ser”. En síntesis, los valores evolucionan o desaparecen por efecto de la modernidad y no por la acción *nociva* de los inmigrantes no europeos.

⁴⁸ Guy Sorman, *Esperando a los bárbaros*, op. cit.

Los claroscuros del mestizaje

Hoy día, como desde hace un siglo, los franceses son azuzados por el discurso racista que en estos tiempos la extrema derecha continúa empleando con eficacia, puesto que apela más a las fobias e incertidumbres de los ciudadanos que a la razón para hacerles creer que los inmigrantes, además de quitarles el trabajo, cobran la ayuda familiar y son atendidos de manera gratuita en los hospitales, cuando lo cierto es que muchas veces los inmigrantes realizan el trabajo que a los franceses les resulta desagradable, y también pagan sus impuestos y cotizan a la seguridad social.

Si ya de por sí la doble condición de extranjero y pobre es un caldo de cultivo para la xenofobia, el aislamiento de las comunidades extranjeras y las acusaciones de delincuencia y drogadicción que comúnmente recaen sobre los jóvenes habitantes de esos barrios marginados provocan mayor desconfianza y hostilidad. Ante este panorama por demás discriminatorio y estigmatizado, no es raro que el resentimiento arraigue en los adolescentes de los suburbios multiétnicos, justo cuando atraviesan una edad que se caracteriza por la búsqueda de una identidad propia, lo que para ellos se torna aún más difícil dadas sus condiciones de precariedad.

De acuerdo con los especialistas en el desarrollo físico y psicológico de los adolescentes, a las muchas emociones, deseos y pulsiones que éstos experimentan y que temen no poder controlar (un mundo interior extraño e inquietante) se une su percepción de que los adultos no los comprenden y de que el mundo ya está lleno y no hay lugar para ellos (un mundo exterior hostil y excluyente).

Entre los jóvenes de los barrios marginados, uno de los riesgos de este “no hallar su lugar en el mundo” consiste en asumir una actitud retadora y pueril: “Si Francia me rechaza [pese a haber nacido aquí], yo rechazo a Francia”, o bien: “¿Qué significa para los franceses ‘integrarse’?, ¿comer cerdo y beber vino?... Definitivamente, jamás me integraré”. La antropóloga francesa Michèle Petit, que ha realizado valiosas investigaciones sobre historias de vida y hábitos de lectura entre los jóvenes de los barrios desfavorecidos de su país, es muy clara al respecto:

La pobreza impide formar parte de una sociedad, estar ligado con el mundo a través de lo que produjeron quienes lo componen: esos objetos culturales que circulan y que desembocan en otros círculos diferentes del parentesco o del barrio, que son el espacio de lo íntimo y de lo que se comparte más allá de las fronteras del espacio familiar. Y para pensarse, para definirse, muchas veces no les queda a los pobres más que pertenecer a una comunidad mítica, o a un territorio, o incluso a una acera de la calle.⁴⁹

Así, los adolescentes intentan construirse de forma singular y crear un espacio donde encuentren su lugar; buscan elaborar una relación con el mundo que le dé sentido a sus vidas. En esa exploración, muchos idealizan la tierra que sus antepasados (abuelos y padres) tuvieron que abandonar desde hace más de cuarenta años para buscar el sustento en un país que siempre ha renegado de ellos.

Recordemos que ya desde los años sesenta el grueso de la ciudadanía francesa consideraba a los árabes musulmanes como los chivos expiatorios de la inmigración. Tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington, este rechazo, aunado al miedo, se manifestó con mayor encono debido al erróneo y obcecado afán de la clase política y los medios de

⁴⁹ Michèle Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, México, Fondo de Cultura Económica (Espacios para la Lectura), 2ª reimp., 1999, p. 43.

comunicación de identificar al islamismo fundamentalista con todo lo árabe, situación que ha contribuido a marginar aún más a los magrebíes.

Por ejemplo, los nativos toman como un acto de provocación que los muchachos de origen árabe usen barba y las muchachas pañuelo... ¡qué osadía atreverse a andar así en las calles que *no* son suyas!; los franceses de raíz tampoco quieren vivir en los barrios donde habitan inmigrantes... ¡equivaldría a caer en lo más bajo de la escala social!; los franceses de pura cepa se niegan a contratar gente con rasgos y apellidos árabes... ¡qué descrédito para sus empresas!... La discriminación hacia los jóvenes descendientes de magrebíes, como antaño hacia sus padres y hermanos mayores, aún es patente en la calle, en el trabajo y en la escuela.

En cambio, es más benévolo el trato que se dispensa a aquellos jóvenes hijos de inmigrantes europeos —polacos, portugueses, españoles e italianos— que pertenecen al mismo ambiente judeocristiano de la nación que sus padres eligieron para vivir, además de que entre Francia y sus países no hubo guerra ni tampoco relaciones coloniales, lo cual, aunado a la semejanza racial, con el paso de los años ha vuelto miméticos a estos jóvenes respecto de los franceses, facilitando así su asimilación. En la época actual, sólo los apellidos y algunas tradiciones familiares hacen alusión a sus orígenes.

Lo preocupante es que muchos de quienes ahora son repudiados —los adolescentes franco-árabes que dentro de pocos años alcanzarán la edad productiva— no sólo tienen la nacionalidad francesa, sino que nacieron en este país con el que apenas se identifican (o al menos eso se empeñan en creer buena parte de ellos). Así lo demuestra la investigación realizada en el liceo Romain

Rolland: de los 170 alumnos interrogados, sólo 14 declararon haber nacido en el extranjero, es decir, 8.2 por ciento: cuatro en Marruecos (tres en Casablanca y uno en Agadir), dos en Portugal (Lisboa), dos en Argelia (uno en Argel y otro en Orán), y uno en cada país de los que se citan a continuación: Polonia (Lodz), Zaire (Kisangani), Camboya (Battambang), España (Alicante), Costa de Marfil (Bouaké) y Estados Unidos (Detroit). De ellos, sólo dos fueron criados en sus lugares de origen: Sovannary Oun, joven camboyana de 17 años que llegó a Francia hace cinco, y Nyota Kimpanga, joven zaireña de la misma edad que apenas tiene dos años viviendo en territorio francés. En cuanto a los demás, 144 nacieron en los suburbios del noroeste de París, seis en diferentes ciudades francesas —Niza (Grasse), Orléans, Lyon, Caen, Maubeuge y Melun— y seis más en París (cuatro en el distrito 14 y dos en el 18, que son las zonas capitalinas donde se encuentran los barrios de inmigrantes más antiguos).

Con base en estas cifras (y en otras ya citadas⁵⁰ que son resultado de la misma encuesta), es alarmante constatar que más de 30 por ciento de los estudiantes interrogados, hijos y nietos de inmigrantes argelinos y marroquíes, consideren como suyo el país de sus antepasados y no éste, que es donde nacieron y donde siempre han vivido.

Sonia Alliche (17 años), alumna de segundo grado, francesa de nacimiento e hija de inmigrantes argelinos, no duda en expresar:

A mí de Francia no me gusta nada; siempre hace frío, llueve todo el tiempo y la gente es muy racista. Yo amo las playas y el sol de Argelia, disfruto mucho pasar ahí mis vacaciones. En cambio, aquí la mayor parte del año tenemos que soportar

⁵⁰ Véase *infra*, p. 112-113.

bruma y *crachin* [persistentes gotitas de lluvia que caen durante todo el día y terminan por empapar]... El país de mis padres es *mi* país, no tengo otro.

No sólo las chicas dan por hecho el estereotipo de que “todo es maravilloso bajo el sol” —refiriéndose a los países cálidos de sus ancestros—; es claro que el rechazo y la marginación han dado lugar a múltiples juicios y actitudes maniqueos por parte de autóctonos y descendientes de extranjeros, de modo que ésta es sólo una de tantas imágenes que ya se han convertido en un cliché entre aquellos jóvenes cuyos orígenes se encuentran en las naciones árabes del Mediterráneo, las cuales tienden a idealizar sin más.

Lahcen Amadjar (18 años) es francés de padres marroquíes. Nació en los suburbios de París y se asume como musulmán practicante. Él opina de manera muy parecida a Sonia:

Mi país es Marruecos y sueño con irme a vivir ahí. Mis padres y mis hermanos ahorran para que al menos una vez al año pasemos allá las vacaciones [...] Sobre todo me gusta Agadir, por sus playas que no existen aquí. [...] Quiero estudiar ingeniería en Francia, pero no deseo quedarme a trabajar en este país.

Muchos adolescentes de ascendencia árabe, en un acto de fidelidad a los suyos o de simple desafío a la “pureza gala”, se aferran al sueño de la patria idílica que sus padres han magnificado a fuerza de sacrificar sus mejores años al progreso de un país que durante tres generaciones no ha cesado de tratarlos como extraños. Los recuerdos de infancia y juventud de padres y abuelos invariablemente remiten a la Argelia blanca y soleada del Mediterráneo, a sus callejones estrechos de escaleras laberínticas, al caos y el colorido de sus mercados, al aroma de esencias orientales y

al cadencioso movimiento de danzas sugestivas... en suma, a la dicha y la nostalgia.

Sin embargo, éste es un mundo prácticamente desconocido para los hijos y los nietos, quienes por más que aparenten compartir y creer en ese sueño, en realidad ni siquiera lo desean. El historiador Fernand Braudel cuenta en su magna obra *La identidad de Francia* que cuando los jóvenes de los años ochenta iban de vacaciones a ese Magreb mítico tampoco hallaban ahí su lugar. Los nativos los veían como semiextranjeros porque sus hábitos y costumbres ya eran otros, y en algunos casos no soportaban la jactancia con que se comportaban esos adolescentes criados como ciudadanos del primer mundo, paseando en sus autos y luciendo prendas de moda, por lo que también en sus países de origen eran llamados “inmigrantes”. Si las chicas vestían de manera occidental o salían solas a divertirse y no bajaban la mirada ante los hombres, eran tachadas de prostitutas, todo lo cual los haría decir ayer como hoy: “Me siento extraño(a) en cualquier parte”. Así pues, el racismo que los hijos de inmigrantes árabes padecen en Francia se reproduce en sus países de origen, donde son portadores del peligro de la modernidad.

Por lo general, los hijos de padres argelinos o marroquíes que han hecho su vida en Francia aún forman parte de familias numerosas. En esta estructura familiar tradicional coexisten incluso varias generaciones, los matrimonios son precoces y la fecundidad sigue siendo la más alta de entre todos los inmigrantes; sin embargo, durante los últimos años la concepción de la familia amplia entre los descendientes de los árabes blancos se ha aproximado a un modelo familiar de tipo francés, sobre todo debido a las exigencias económicas de los tiempos actuales.

Hakima Ferdjoukh (18 años), estudiante del primer grado del liceo, es hija de padres argelinos y tiene cinco hermanos: tres hombres y dos mujeres cuyas edades fluctúan entre los 29 y los 18 años, todos nacidos en Francia. Hakima es de los pocos alumnos interrogados que divide sus afectos, sin inclinarse por una u otra cultura:

De Argelia me gustan las montañas y el mar, pero no la pobreza ni la guerra; de Francia me gustan la música y los museos. [...] Tener que elegir entre uno y otro país me resultaría muy difícil... sería como tener que decidir entre mi padre y mi madre. Sin embargo, no creo que en el futuro deba enfrentar este dilema porque quiero ser egiptóloga.

Otro de los factores que a menudo se esgrimen como obstáculos para la integración es el religioso. Se trata de un asunto de suma importancia, pues por lo común los franceses autóctonos confunden el islam con el fundamentalismo y a los árabes con los musulmanes, ignorando que, según el Corán —libro sagrado de la religión islámica—, la palabra *islam* significa precisamente “sumisión a la paz”. Contrario a lo que mucha gente cree, el islam es una religión tolerante que reconoce la existencia de los otros cultos, por lo que lejos de combatirlos procura la convivencia pacífica con ellos.

Del mismo modo, entre los preceptos básicos del Corán se establece que todos los hombres son iguales ante Dios y que Alá prohíbe a los musulmanes suicidarse o matar a otros seres humanos; por consiguiente, aquellos que realizan actos terroristas y suicidios en nombre del islam son fanáticos que intentan imponer por la fuerza una forma de vida basada en una interpretación rígida y equivocada de su religión. Por último, es necesario mencionar que no todos los árabes son musulmanes: en varios países de África existen numerosos árabes

cristianos, mientras que Indonesia, el país musulmán más grande del orbe, se encuentra en Asia.

Si bien en Francia no hay una religión oficial, los católicos son mayoría y a éstos les siguen los musulmanes (la mitad de los cuales tiene la nacionalidad francesa). El repudio ciego al islam por parte de la opinión pública se debe en mucho a que el gobierno francés ve el ejercicio de esta religión en términos de seguridad nacional, lo que a su vez ha llevado a muchos musulmanes de origen árabe a reivindicar el islamismo como el único valor cultural capaz de preservar la “identidad magrebí”, es decir, a refugiarse en la religión como una forma de integrismo en respuesta a la exclusión que padecen.



Adolescente musulmana

Pero aunque la mayor parte de los adolescentes franco-árabes se asume como musulmana, son muy pocos los que practican esta religión. De acuerdo con la investigación realizada entre los 170 alumnos del liceo Romain Rolland, 65 (38.2%) declararon ser musulmanes (30 de origen marroquí, 22 de origen argelino, 10 de

origen marroquí-argelino, uno de origen tunecino, uno de origen turco y uno de origen ghanés); 50 (29.4%) declararon ser ateos (35 franceses, 12 de origen mixto, uno de origen portugués, uno de origen belga y uno de origen chino); 48 (28.2%) declararon ser católicos (32 franceses, ocho de origen mixto, cuatro de origen portugués, dos de origen marfileño, uno de origen congoleño y uno de origen mauritano); tres (1.8%) declararon ser budistas (dos de origen camboyano y uno francés); dos (1.2%) declararon ser protestantes (uno de origen camerunés y uno de origen zaireño), y dos (1.2%) declararon ser hinduístas (uno francés y uno de origen mixto).

Un aspecto de la religión islámica que todos los estudiantes musulmanes coincidieron en reconocer como una práctica cultural vigente entre sus familias es la celebración del ramadán, es decir, el mes sagrado de ayuno (que alude al periodo en que fue revelado el Corán como directriz para que los hombres distinguieran el bien del mal) durante el cual los musulmanes mayores de catorce años deben abstenerse —del alba al anochecer— de comer y beber, así como de fumar y tener relaciones sexuales. A los únicos que se dispensa el ayuno es a los niños pequeños, los enfermos, las mujeres embarazadas o que están amamantando y los ancianos. La práctica del ramadán se lleva a cabo durante el noveno mes del calendario islámico, que al ser lunar determina que el ayuno se adelante once días cada año, de ahí que no coincida con ninguna estación en particular.

Esta vez el ramadán inicia a mediados del mes de noviembre, por lo que tenemos oportunidad de atestiguar cómo viven este rito los adolescentes del liceo Romain Rolland. Entre ellos, Fatima Settouti (16 años), alumna de segundo grado nacida en Casablanca (Marruecos), hija de padres argelinos y nacionalizada francesa desde los dos años, explica el significado de esta celebración:

El ayuno es uno de los cinco pilares del islam —los otros son la fe, la oración, el interés por los necesitados y la peregrinación a La Meca—, y por eso el ramadán es para los musulmanes el acto de purificación más importante, en el que tenemos la oportunidad de expiar nuestros pecados y reflexionar.

Mohamed Dahmani (19 años), estudiante del último grado del liceo y quien se asume como practicante, profundiza respecto de los diversos fines del ramadán:

Durante un mes nos acercamos espiritualmente a Alá, con humildad y respeto, no sólo por medio del ayuno sino de la oración, para reparar los daños y errores que hayamos cometido, para fortalecer nuestro espíritu y para mostrarnos generosos con la gente pobre que sufre.

La mayoría de los adolescentes realizan este ayuno por primera vez en su vida cuando son estudiantes de bachillerato, por lo que debido a la falta de costumbre durante ese lapso ocurre uno que otro desmayo en las instalaciones de las escuelas de enseñanza media, casos que de inmediato son atendidos por el cuerpo médico de la escuela y a veces hasta por los bomberos de la comunidad, pues los franceses tienen la costumbre de acudir a ellos ante cualquier emergencia. No obstante los incidentes, el Ministerio de Educación es respetuoso de esta práctica que no interfiere en las actividades escolares.

Lahoucine Harkouche (19 años), marroquí nacionalizado francés que estudia el último año del liceo, cuenta que sus hermanos mayores (Hassan, Saïd y Omar) son todos musulmanes, como sus padres, pero ninguno de los cuatro hijos es practicante:

Realizamos el azalá [las oraciones] una vez al día y no las cinco veces que establece el Corán; no vamos a la mezquita pero sí participamos en las fiestas de nuestra religión. Lo importante es no traicionar nuestra fidelidad a Alá y conducir nuestras vidas conforme a los preceptos del islam [...] Para ser un buen musulmán no es necesario seguir estrictamente las reglas del islamismo.

Los alumnos musulmanes que participaron en la encuesta del liceo se expresaron con más amplitud acerca de las festividades propias de su religión que del significado espiritual del ayuno. Por ejemplo, Jaoueb Merhoum (16 años), una joven extrovertida que dice asumir sin mayor conflicto su doble identidad como franco-argelina, abunda sobre aquello que los musulmanes acostumbran hacer al término del ayuno:

Un día después de que concluye el ramadán inicia el Aid-al-fitr, una festividad para agradecer a Alá por la fortaleza que dio a los ayunantes. Decoramos las casas y los centros de oración, la gente viste sus mejores galas y nos reunimos familiares y amigos para comer juntos; luego bailamos, cantamos e intercambiamos regalos. [...] Otra fiesta importante es la del Aid-al-kebir [pascua del cordero, para conmemorar el sacrificio de Abraham que, a punto de degollar a su hijo como prueba de su devoción a Dios, provoca que éste se apiade de él y envíe un cordero en su lugar], en la que los hombres degüellan un cordero y las mujeres lo cocinan para compartirlo con nuestros seres queridos.

La flexibilidad en la práctica de la religión islámica por parte de la mayoría de los jóvenes musulmanes radicados en Francia habla de una integración más plena en la sociedad francesa, misma que empezó a manifestarse a partir de la segunda generación de inmigrantes y se ha consolidado en la tercera. Prueba de ello es que la laicidad, de acuerdo con una encuesta publicada en *Le Monde* el 5 de octubre de

2001, es aceptada por 76% de los musulmanes que viven en Francia porque “permite a los creyentes de todas las religiones expresar su fe”.

Otra costumbre que se mantiene vigente entre las jóvenes musulmanas son los tatuajes decorativos hechos a base de jena. Aunque no es frecuente, en ocasiones los lucen en las palmas de las manos algunas alumnas del liceo, como Dounia Baddou (17 años), que ahonda en su significado:

Son decoraciones que usamos las mujeres durante las bodas, casi siempre en las manos pero también en los pies. [...] Para hacer la pasta se muelen hojas de jena con aceite, luego se coloca en una especie de cono agujerado y se hacen las decoraciones, que de acuerdo con nuestra religión no deben representar ni personas ni animales. Al secarse, la pasta se vuelve color rojo oscuro y se quita fácilmente con sólo lavarse, pero a nosotras nos gusta lucirlas...

No se sabe si el Ministerio de Educación ha tomado nota de esta práctica, pero el gobierno nunca hace referencia a ella cuando se manifiesta en contra del uso ostentoso de insignias o símbolos de carácter religioso dentro de las escuelas. De cualquier manera, el empleo del velo islámico, que causó tanta polémica en 2004, no es común en el liceo Romain Rolland, donde si acaso media decena de adolescentes lo usaban antes de que se aprobara la ley de prohibición (10 de febrero de 2004).

Una de esas alumnas es Nadia El Jaafary (17 años), joven más bien tímida de origen marroquí que estudia el segundo grado y que, en todo caso, se quita el velo durante las clases, además de que el resto de su vestimenta es totalmente occidental: suéter de cuello alto, abrigo, falda hasta la rodilla y botas. “Mis padres no me obligan a usar el velo —cuenta Nadia—; yo me lo pongo por convicción y

no para provocar a nadie con mi religión. [...] Si me amenazaran con expulsarme por traerlo a la escuela no lo usaría más, pero fuera de aquí siempre”.



Manos de joven musulmana decoradas con jena

Los ejemplos anteriores demuestran que el islam no se vive de manera homogénea entre los hijos de inmigrantes árabes; se trata de una religión tan variada como el cristianismo, y en su seno hay desde fanáticos intolerantes hasta quienes se asumen como musulmanes de una manera muy libre. Los testimonios también dan cuenta de que los jóvenes de la tercera generación de inmigrantes magrebíes son más laicos que sus antecesores, identificándose en mayor medida por sus ritos y tradiciones que por la intensidad de su fe.

Elisabeth da Encarnaçao, profesora de español de origen extranjero (hija de padres portugueses), reflexiona al respecto:

El laicismo se decretó en Francia hace ya más de cien años, por lo que los maestros tenemos que vigilar que la religión no se utilice en la escuela para normar la vida de los alumnos, y a su vez debemos respetar las diferentes prácticas culturales que perviven en el país. En el liceo la mayor parte de los

alumnos de origen extranjero son árabes musulmanes, pero, por darte un ejemplo, el día de la epifanía todos compartimos la *galette des Rois* [rosca de reyes] sin que ello le cause un conflicto a nadie. [...] Igualmente, en el comedor se ha establecido como regla que el menú incluya todos los días platos en cuya elaboración no se emplee carne de cerdo, que es prohibitiva entre los musulmanes. Así como respetamos esta costumbre, también reconocemos el hecho de que gracias a la inmigración magrebí el *couscous* es ahora uno de los platos más apreciados por los franceses. El conocimiento de las diversas manifestaciones culturales contribuye a que los chicos de distintos orígenes aprendan a respetarse entre sí, a entender que la diferencia nos enriquece.

La música es otra de esas prácticas culturales que une voluntades y borra fronteras, sobre todo si se piensa que entre los pasatiempos favoritos de los jóvenes encuestados, independientemente de sus orígenes, están escuchar música, ir a la discoteca y bailar. Después del rhythm and blues, la música que prefieren es, en orden descendente, el rap (hip-hop), el reggae, el raï y el soul.

El rap tomó carta de naturalización en Francia a partir de la década de los ochenta, cuando en este país se propagó con gran éxito la música de los guetos urbanos estadounidenses que formaba parte de un fenómeno de rebelión cultural de origen afroamericano conocido como hip-hop —encuentro de ritmos, danzas y formas de narrar, incluido el *graffiti*—, mismo que surgió a principios de los años setenta en las calles del Bronx de Nueva York, es decir, “en el llamado tercer mundo dentro del primer mundo”, como un modelo propio que se negó de manera rotunda a ser el basurero de la cultura blanca de la clase media.

Quienes no teníamos nada que escuchar creamos algo para escuchar, y así se formó el hip-hop [...] Siento que las letras son nuestras noticias. Hablamos en clave [...] El hip-hop es una continuación de la tradición de los *griots* en África,

quienes eran los artistas, los que entretenían a la gente, las personas que sabían un poco más que todos los demás, y los mantenían al tanto de lo que pasaba por medio del canto y la danza.⁵¹

En esa propuesta se inspiraron raperos franceses como Renaud, MC Solaar, NTM o IAM, que retomaron la entonces novedosa forma de versificar —con agudeza, crítica mordaz e ingenio; con voces sincopadas, entrecortadas y ritmos caóticos— los males de esos barrios multiétnicos donde ellos mismos nacieron y crecieron para dar forma a una música libre nacida de la inconformidad, rebelándose así contra el racismo y la exclusión:

*Elle habite quelque part
dans une banlieue rouge,
mais elle vit nulle part
y'a jamais rien qui bouge.*⁵²

Así cantaba Renaud a los jóvenes marginados de los barrios periféricos cuyo hábitat los condenaba con antelación al aislamiento, a la falta de expectativas, a la violencia y, en general, a una vida ignominiosa. Los raperos recurrían a los juegos de palabras, a un francés reinventado y deformado en la calle, con cuyos giros sigue identificándose la juventud que habita en la periferia de la inmigración, que se asume más como *jeunes des cités* (jóvenes de las ciudades) que como *banlieusards* o *franciliens* (habitantes de los suburbios), porque el término *cités* remite a un medio desfavorecido, mientras que *banlieusard* o *francilien* identifica a todo aquel que vive en un suburbio, lo mismo si es de clase alta, media o baja.

⁵¹ Del, rapero de Oakland entrevistado en *La Jornada*, México, 27 de octubre de 2003.

⁵² Ella *habita* en alguna parte / de un suburbio incendiario, / pero *vive* en ninguna parte, / ahí donde nada la hará cambiar de sitio jamás.



Raperos franceses de la década de los ochenta

Aunque cada vez se propaga más la “estética dorada” del hip-hop, que no es más que su vertiente comercial aprovechada por MTV y los grandes sellos discográficos debido al enorme mercado que representa, los que se asumen como auténticos *hip-hoperos*, como el actor estadounidense Danny Hoch (siempre de gorra con la visera al revés, playera holgada, pants y tenis), defienden la originalidad de esta manifestación cultural como movimiento de resistencia:

El hip-hop no se pone aretes de diamantes pulidos por niños africanos, hijos de la guerra... Tú no eres *hip-hopero* si la ropa que llevas cuesta más que el salario mensual de la gente que la hizo [...] Hubo *hip-hoperos* que creyeron que con el dinero solucionarían los problemas de la comunidad, pero terminaron juntándose con el mismo imperio [...] Pese a la comercialización, la rebelión, la raíz de la cultura, se mantiene. Sigue siendo la respuesta cultural de los jóvenes pobres. El rapero es el narrador de su barrio.⁵³

⁵³ Tania Molina, “Hip-hop. Si nos empujan al piso bailamos en el piso”, en *Masiosare*, suplemento de *La Jornada*, México, 29 de febrero de 2004, p. 12.

Frédéric Varennes (18 años), estudiante del liceo Romain Rolland y francés de origen, se declara un absoluto partidario del rap:

Es la música que mejor define a quienes vivimos en los barrios suburbanos, la que refleja nuestra realidad. El rap habla de cómo nos sentimos no sólo los inmigrantes o sus descendientes, sino los franceses pobres, los excluidos, quienes vivimos como ciudadanos de segunda porque los franceses de primera no nos quieren ver y nos marginan [...] Es un código de identidad, una forma de protestar, de gritar nuestro enojo para que la sociedad y el gobierno volteen hacia nosotros.

Aparte de los raperos, también ocupan un lugar preponderante en el gusto de los jóvenes marginados las bandas que se formaron tocando en la calle y que hacen música mestiza —o música sin fronteras, que fusiona varios géneros musicales y hasta incorporan ruidos de los suburbios—, cuyos integrantes son hijos de la globalización, la migración y los avances tecnológicos. Como para los raperos, la música es para ellos un arma social porque las letras de sus canciones hablan de la vida en el barrio y de los indocumentados, pero también porque buscan abrir espacios de producción y distribución diferentes de los establecidos por las grandes disqueras trasnacionales —como Virgin, EMI, Universal y Sony— que acaparan más de 80% del mercado.

En cuanto a las nuevas formas de lenguaje creadas para dar identidad a la juventud pluricultural de los suburbios franceses, del mismo modo que los jóvenes *beurs* de los años ochenta inventaron una jerga lingüística propia que los identificaba como habitantes de los barrios multiétnicos, los jóvenes marginados de hoy se comunican mediante una forma particular de la lengua francesa

contemporánea. Este nuevo argot retoma la inversión silábica del *verlan*,⁵⁴ pero también términos propios de la variedad vernácula que compone el mosaico de las *cités*: árabe magrebí (dialecto argelino), lenguas africanas, asiáticas y criollas (estas últimas de las Antillas), portugués, turco, yugoslavo y hasta lenguas de los pueblos beréber y cingaro.

Jean-Pierre Goudaillier, profesor de lingüística de la Universidad René Descartes (París V),⁵⁵ califica esta forma de expresión como una *interlengua* que emerge del francés dominante —objeto en este caso de innovaciones lexicográficas y metonímicas— y del resto de las lenguas propias de los inmigrantes, que aunque los jóvenes de origen extranjero ya no conocen, adquieren un valor simbólico para ellos y les basta con emplear algunos términos, e incluso de variantes regionales (bretón, vasco, etcétera); se trata, pues, de una lengua mestiza creada como una marca de identidad y como un refugio del que se excluye a las clases dominantes. “Negros, galos, chinos, árabes... aquí todos vivimos juntos”; “hablamos francés, pero también utilizamos términos de nuestras lenguas de origen porque eso nos aproxima, es un signo de afecto y complicidad. Además, como esto enoja a *la otra gente* que nos rodea, de este modo nos diferenciamos de ellos”, suelen expresar los jóvenes marginados, que así constituyen espacios propios.

Esta forma de comunicarse es retomada en las composiciones francesas de hip-hop, pero lo que resulta paradójico es que esas mismas *boîtes de nuit* —como se conoce a las discotecas en Francia— que en los años ochenta negaban la entrada a los jóvenes barbados y de piel aceitunada o a los negros que no podían ocultar sus raíces africanas o antillanas, toquen esa música inspirada en ritmos mestizos con

⁵⁴ Véase *infra*, pp. 62-63.

⁵⁵ Jean-Pierre Goudaillier, “Langues et identités”, en *Informatios Sociales*, núm. 119, París, octubre de 2004, pp. 74-80.

gran éxito. Los “diyeis” se solazan mezclando los discos de músicos *beurs* casi adolescentes que desbordan energía y sensualidad en sus composiciones de raï oriental, reggae, hip-hop, funk, chaabi egipcio, ritmos afrocaribeños... un coctel muy eficaz que causa furor entre la juventud francesa como disparador del hartazgo provocado por el desempleo y la desigualdad social. Entre esos nuevos ídolos juveniles está Faudel, rapero de 22 años nacido en Mantes-la-Jolie (suburbio del norte de París) cuyo padre fue un obrero argelino que laboró en la fábrica de autos Renault. O Sawt el Atlas, grupo integrado por varios hermanos adolescentes originarios de un barrio marginado de Blois e hijos de un matrimonio marroquí. Al ritmo de su música mestiza y cadenciosa los jóvenes que frecuentan las discotecas se olvidan de las diferencias.

Mas la hostilidad hacia los extranjeros o sus descendientes persiste no sólo entre los franceses ricos que viven en las grandes ciudades y tratan de tener el menor contacto con todo lo que huela a inmigración, sino entre algunos alumnos franceses de los suburbios que, pese a la convivencia cotidiana con gente de otros orígenes, aún la rechazan o la culpan de su propia marginalidad.

Al indagar qué piensan los alumnos de origen francés del resto de sus compañeros, hallamos opiniones contrastantes y muy reveladoras, como la de Grételle Furet (17 años), estudiante de segundo grado, quien refleja muy bien lo que aquí se llama una “francesa de pura cepa” —rubia y espigada, con buenas calificaciones e intachable conducta—, aunque de esa clase que no tiene suficientes medios económicos para mudarse a un barrio más favorecido.

No soy racista —dice como para convencerse a ella misma—, pero es cierto que donde viven inmigrantes musulmanes hay más brotes de violencia que en otros lados [...] No digo que todos los inmigrantes sean culpables, yo misma tengo

muchos amigos que son hijos de inmigrantes, pero sí me preocupa que al obtener el *bac*⁵⁶ mis oportunidades de seguir una carrera universitaria se vean reducidas por haber estudiado en un liceo que pertenece a una zona de educación prioritaria.

Philippe da Conceição (18 años), francés de origen portugués, adopta una actitud más desenfadada e incluyente, y opina:

Siempre he habitado en Bezons [comunidad cercana a Argenteuil] y desde pequeño he convivido con jóvenes de otros orígenes, no sólo africanos sino también asiáticos y europeos. No tengo problema con nadie, creo que cada cultura ha aportado a Francia parte de su riqueza [...] A mí, por ejemplo, me gustan mucho el *couscous* y las chicas de ascendencia árabe, pero también la música antillana y la comida francesa.

En cambio, la percepción de Alan Brossard (16 años), alumno francés de segundo grado, difiere del punto de vista anterior y deja entrever una “arabofobia” basada en el temor y el desconocimiento del otro:

Mis mejores amigos son de origen portugués —David Dias Santos y Olivier Jorge, compañeros de clase—; hemos crecido juntos desde la escuela elemental y tenemos muchas cosas en común. En cambio, siempre me ha resultado difícil convivir con los muchachos de origen árabe... son indisciplinados y malos estudiantes [...] Fuera de la escuela se reúnen en pandillas y son agresivos... Yo lo he visto, no lo digo sólo por repetir lo que dicen los medios.

⁵⁶ Diploma de bachillerato.

Ewelina Karcz es de las pocas alumnas de origen polaco que asisten al liceo. Llegó a Francia al año de edad y tiene aquí casi todos sus vínculos afectivos y culturales, pero hay algo relacionado con sus raíces que no deja de causarle resquemor:

A mí jamás me ha asustado tener que convivir con jóvenes de otros orígenes, porque al fin y al cabo la gran mayoría nacimos o fuimos criados en Francia; entonces, no somos extraños: unos y otros nos identificamos porque compartimos la misma forma de vida, aunque nuestro aspecto y nuestra religión sean diferentes [...] Creo que no soy racista, aunque a veces yo misma me lo cuestiono porque no tolero a los alemanes, que por sus aires de pureza y superioridad provocaron el Holocausto...

A veces incluso hay conflictos de carácter regional entre los propios franceses de origen, como el que narra Laëtitia Langeard (16 años), alumna francesa de segundo grado:

Todos los seres humanos tenemos cosas buenas y cosas malas. Yo bromeo mucho con mi amiga Anne-Marie Escach, porque ella es bretona y se pasa hablando de lo bonito que es Bretaña y de las muchas cosas interesantes que hay en esa región, como si sólo eso tuviera valor para ella; entonces, para hacerla enojar, le digo que todo lo bretón es de pésima calidad, a excepción de la mantequilla... [risas] pero es que no es bueno generalizar. [...] Sea cual sea nuestro origen, a los jóvenes nos gustan las mismas cosas: salir con amigos, escuchar música, ir a bailar a la discoteca... por eso deberíamos ser más tolerantes unos con otros.

Alexandre Lepart (16 años), francés de raíz, tiene una opinión absolutamente contraria a la de Laëtitia, su compañera de grupo:

No sé por qué siguen aquí [los inmigrantes] si se quejan de todo: el frío, el racismo, la escasez de vivienda, el desempleo, Jean-Marie Le Pen [...] La verdad es que lo único bueno que los árabes le han dado a Francia es Zizou [sobrenombre del goleador de origen argelino Zinedine Zidane]. Los problemas no son sólo con la gente que viene de fuera; creo que los corsos, los vascos y los bretones también son detestables por sus tendencias terroristas y separatistas.

Por su parte, Arlette Topcha, maestra de inglés en el liceo Romain Rolland, alerta sobre las sutiles variaciones que el racismo adquiere en la escuela:

El racismo es un arma de doble filo de la que los alumnos de los barrios multiétnicos se valen en ocasiones para justificar su bajo rendimiento. Algunos son capaces de inventar que determinado profesor los reprobó sólo porque es un racista, y también hay casos en que incluso hacen alianzas de acuerdo con su origen, de manera que si alguien es penalizado, los de su grupo se solidarizan de inmediato con él sin reparar en la gravedad de su falta, porque la próxima vez podría tratarse de cualquiera de ellos.

Aunque son minoría respecto de los hijos de padres norteafricanos, los alumnos de origen hindú también padecen el racismo cotidiano de los franceses “puros”, no tan relacionado con su religión —pues en los suburbios capitalinos la mayoría de ellos se declaran hinduístas no practicantes— pero sí con su apariencia física y sus costumbres.

Es el caso de Djanartanane Coridon (18 años), un alumno del primer año nacido en Francia, cuyos padres adquirieron la nacionalidad francesa luego de varios años de residir aquí. Djanartanane es fanático del fútbol soccer y su equipo favorito es el Olympique de Marsella, rival del capitalino Paris Saint-Germain.

En el barrio nunca me he sentido víctima del racismo —declara— porque aquí convive gente que llegó de distintos países y estamos habituados a tener como vecinos a otros asiáticos, africanos y europeos con un nivel de vida similar al nuestro. Sin embargo, cuando voy al estadio sí tengo que soportar insultos y otras agresiones [...] Es cierto que los magrebíes, pese a ser de raza blanca, están más estigmatizados que otros extranjeros a causa del fundamentalismo islámico que los hace parecer muy violentos, pero a nosotros también nos consideran inferiores porque somos de piel oscura y de talla baja.

Nithya Thandavarayan (17 años), también de origen hindú, ha padecido la discriminación de otra manera:

En la India la unidad familiar es un valor muy importante, es algo que nos inculcan los padres aunque los hijos no hayamos nacido allá. Yo tengo dos hermanas menores (Priya y Arundhati), de 15 y 14 años, y un hermano de 11 (Kumaran), y cuando vamos de compras o de paseo las mujeres salimos juntas con nuestra madre y el niño con el padre; eso los franceses lo ven mal, nos miran como gente rara por usar nuestra vestimenta tradicional, por la forma en que las mujeres llevamos el cabello [largo hasta la cintura si son solteras] y porque salimos en familia...

Así pues, el racismo tiene diferentes matices, pero al fin y al cabo no deja de ser racismo. Por lo que hemos visto hasta aquí, los hijos de inmigrantes europeos han logrado una asimilación prácticamente sin dolor en el país de acogida, mientras que la prensa francesa da cuenta de que los hijos de trabajadores asiáticos, en particular vietnamitas y chinos —provenientes muchos de ellos de la inmigración clandestina de los años ochenta—, han logrado en un tiempo relativamente corto integrarse en el terreno económico, aunque todavía les resulte difícil hacerlo en el cultural.

Pero, ¿qué pasa con los jóvenes de origen norteafricano? ¿Por qué, si se encuentran perfectamente integrados a la sociedad francesa por la lengua, la escuela, la moda, la cultura de masas y las actitudes, no han logrado una sólida integración económica y social? Las razones son muchas: porque son mayoría y los franceses de raíz temen que les quiten el trabajo; porque representan el miedo al terrorismo islámico; porque Francia no ha superado aún la derrota sufrida en la guerra de Argelia, y porque la crisis económica ha provocado un desempleo masivo entre muchos de esos jóvenes por su origen menos favorecido, que a su vez se refleja en el rezago escolar, en la imposibilidad de acceder a la educación profesional y en el subsecuente rechazo del mundo laboral, de ahí que se vuelvan cada vez más dependientes de ayudas públicas como el seguro de desempleo, lo cual provoca un mayor malestar entre los franceses de raíz.

Las desventajas devienen en mayor desigualdad debido a fenómenos como la discriminación, el olvido y la pobreza, y en Francia como en otros países receptores de inmigrantes el gobierno ha sido incapaz de llevar a cabo una reforma profunda en el terreno de lo social, del empleo, de la reorganización ciudadana, de los proyectos productivos para redimir a una juventud surgida de la inmigración que, al no encontrar sitio en la sociedad, desperdicia sus potencialidades en el desempleo y cae fácilmente en la violencia y la delincuencia.

Si en los años ochenta el sueño truncado de los jóvenes franceses de ascendencia árabe fue el de sumar voluntades entre extranjeros y nativos para fundirse en una sola identidad, los jóvenes marginados de esta época carecen de la conciencia política que alimentó hace más de veinte años la quimera de una Francia incluyente porque no tienen metas y se han acostumbrado a vivir de placeres inmediatos, efímeros y a veces violentos; en suma, se sienten exiliados en

su propio país y en sus propias vidas. Y así, vacilantes y desgarrados antes de comenzar, es como se representan a sí mismos.



Manifestación de estudiantes parisinos de diversos orígenes étnicos contra Jean-Marie Le Pen en vísperas de las pasadas elecciones presidenciales

Hoy, como hace veinte años, persiste “la otra Francia”: muchos de los nuevos inmigrantes argelinos, marroquíes y senegaleses siguen habitando en esos mismos edificios desvencijados de los barrios más pobres de París (distritos 14 y 18) que de milagro se sostienen en pie y cuyas paredes aún están impregnadas del plomo que ha contaminado la sangre de tantos niños desde los años ochenta. Los excluidos de hoy también padecen excesivos controles policiacos —del mismo tipo de los que

hace dos décadas provocaron numerosos crímenes racistas y que en veinte años expulsaron de Francia a más de 15 mil hombres jóvenes a quienes se aplicó la “doble pena”—, con lo cual se demuestra que para el gobierno la inmigración es, hoy como ayer, sinónimo de delincuencia. En el siglo XXI, ésta es la forma de sobrevivir en el primer mundo en condiciones del tercero: sin garantías individuales, sin derecho a un alojamiento digno, sin seguridad social, sin servicios. Mientras tanto, igual que hace dos décadas, el gobierno sigue sin tomar el toro por los cuernos y sólo se ocupa de subvencionar múltiples asociaciones de ayuda social que atomizan a las diferentes comunidades y les impiden organizarse colectivamente.

En la Francia de nuestros días también sobreviven adolescentes y jóvenes extranjeros en peores condiciones de las expuestas hasta aquí: los hijos de los *sans-papiers*, que con edades que fluctúan entre los 10 y 17 años provienen mayoritariamente de China y de Turquía. En un artículo del diario *Libération*,⁵⁷ algunos de ellos dan testimonio de su vida cotidiana que transcurre bajo el signo del miedo a la expulsión de sus padres.

Lin Wenguan, un joven de 17 años proveniente de Zhejiang, una provincia del sudeste chino, llegó a Francia apenas en el año 2000. Con un año de clase de francés como parte del programa de acogida para no francófonos y dos años de colegio, hoy se expresa en un francés casi perfecto que lo ha llevado a convertirse en el intérprete de la familia: “Yo acompaño a mis padres a todos lados para hacer la traducción: la prefectura, el hospital, el banco —explica—. Hago cola en estos lugares durante las tardes que tengo libres en la escuela, pero poco importa porque sé que mis padres hacen todo esto por mí”. Cuando crezca, Lin quiere ser médico o

⁵⁷ Marie Duribreux, “La peur de l’expulsion en héritage”, en *Libération*, 4 de julio de 2003, p. 18.

ingeniero; hoy sus padres son trabajadores clandestinos en la industria de la construcción y la confección, donde trabajan todo el día y a veces algunas noches. Como hijo de trabajadores indocumentados, Lin se enfrenta a ciertas desventajas escolares, como la de haber tenido que renunciar a un viaje lingüístico a Alemania por no tener visa.

Sertan y Ersin Sucu son dos hermanos de origen turco nacidos hace 16 y 17 años. Junto con su padre, viven en un cuarto de nueve metros cuadrados, mientras esperan reunirse con su madre y su hermanito de siete años en el marco del reagrupamiento familiar. “Es demasiado duro ser obrero —dice el mayor refiriéndose al oficio de su padre—, por eso quiero estudiar para ser profesor o asistente social y poder ayudar a los jóvenes que son como yo”.

A pregunta expresa de cómo se comportan sus compañeros de escuela con ellos, estos chicos responden a una sola voz: “No saben cómo vivimos”. Más que el miedo a ser denunciados a la policía, esta respuesta se explica por la vergüenza y el temor de ser vistos de manera diferente. Algunos de los más pequeños confiesan: “Yo voy a jugar a casa de mis amigos, pero no me gustaría que ellos vinieran a la mía”, declaración que resume el estado de ánimo de estos niños y adolescentes que sufren a diario la situación indocumentada de sus padres, antes de que ellos mismos se conviertan en candidatos a ser expulsados (en calidad de “extranjeros indeseables”) una vez que cumplan la mayoría de edad.

La realidad demuestra un hecho que a estas alturas resulta innegable: la población francesa es un tejido de varias etnias y no ha dejado de constituirse como tal. Gracias a las diferentes oleadas de inmigrantes que Francia recibió desde fines del siglo XIX no sólo se ha enriquecido material y culturalmente, sino que ha

dado lugar al mestizaje. No obstante, en todo este tiempo se ha soslayado que la pertenencia a la sociedad francesa no se decreta: es un asunto de identidad personal. Por lo tanto, es posible una política de integración en la que se conserven las diferencias sin cuestionar las reglas del país de acogida, aunque para ello sea condición indispensable una aceptación mutua: para integrarse, para conocerse y reconocerse, se necesita la voluntad de ambas partes. La tolerancia sólo tiene sentido si es recíproca.

EPÍLOGO

Fiel a esa máxima que define al periodista como el historiador de lo inmediato, el propósito que alentó la realización de este trabajo fue el de acercarnos a la realidad de los jóvenes franceses surgidos de la inmigración. De todos es sabido que el fenómeno migratorio mantiene su actualidad a nivel mundial y, más aún, se encuentra en el centro mismo de la experiencia moderna, de ahí la necesidad de explorar una de sus aristas que han sido poco estudiadas.

La revisión histórica de los diversos flujos migratorios que tuvieron como destino a Francia reveló un país conformado por una sociedad multiétnica que, lejos de reconocerse como tal —con todas las particularidades que dicha realidad entraña—, se mantiene oculto tras un falso republicanismo igualitario que se niega a reconocer las diferencias y, consecuentemente, a salvar los obstáculos que han impedido la integración plena de todas las comunidades que lo conforman. En nombre de ese pretendido universalismo antirracista más bien abstracto, la República Francesa no ha tomado en cuenta su diversidad cultural.

Es un hecho que la inserción de los trabajadores inmigrados en la sociedad francesa nunca fue indolora ni confortable. Por mucho tiempo la población nativa vio a los extranjeros únicamente como brazos, como huéspedes que terminarían por irse, pero la mayoría de quienes llegaron desde la posguerra y hasta antes de la crisis económica de los setenta no sólo se quedó y enfrentó los traumatismos de vida que derivan de la migración, el desarraigo y el exilio, sino que contribuyó de manera decisiva al crecimiento francés y a aumentar el nivel de vida general en el país que los acogió. Describir y narrar parte de estas experiencias resulta necesario para comprender más cabalmente la realidad política del mundo actual, puesto

que los países ricos siguen requiriendo de millones de trabajadores extranjeros: el sistema económico no se explica sin la mano de obra emigrante.

Los hijos y nietos de los trabajadores extranjeros que arribaron a Francia a partir de la posguerra ahora forman parte de la sociedad francesa por nacimiento y por derecho, pero les ha tocado vivir una época en que la crisis económica mundial, entre todos los males que acarrea, ha avivado también el conflicto racial. A esos jóvenes —en particular los de ascendencia árabe— que nacieron en el seno de familias con orígenes diversos la opinión pública los sigue llamando “inmigrados” y se niega a reconocerlos como ciudadanos. Lo más grave es que las diferencias, reales o imaginarias, que derivan de la alteridad no han dejado de suscitar en ambas partes sentimientos de malestar, desdén, miedo u odio.

Los niños mestizos nacen del encuentro que generan las migraciones múltiples, los intercambios y las necesidades que impone el desarrollo del mundo moderno; como consecuencia, los cambios propios de las sociedades en movimiento exigen que sean reconocidos. Sin embargo, en esta dinámica lo primero que suele olvidarse es que *la diferencia* es una parte constitutiva de la universalidad humana, una diferencia que lejos de empobrecer enriquece, puesto que nadie tiene más derecho de ciudadanía que los demás.

Los jóvenes que surgieron de la inmigración se saben excluidos porque viven en barrios periféricos —apartados de la vida local— que carecen de servicios públicos suficientes; porque los inmuebles que habitan llevan años deteriorados; porque el medio desfavorecido en que están insertos les ofrece escasas posibilidades de acceder a la educación superior; porque padecen el desempleo

creciente, y todos esos males demuestran que la sociedad francesa es menos inclusiva de lo que pretende hacer creer.

Este panorama se torna aún más sombrío cuando se viven las dificultades propias de la adolescencia, aunadas a los conflictos generacionales que enfrentan las familias de todos los orígenes. Por un lado está la exclusión económica, pero también la fragilidad del sentimiento de identidad que da lugar al desprecio y la humillación. La dificultad de tener que pensarse y definirse sólo en términos negativos es lo que genera, por un lado, reacciones de rechazo, violencia, delincuencia y fundamentalismos religiosos —no hay que olvidar que quienes se hallan desprovistos de referentes culturales son los más propensos a dejarse seducir por estas “prótesis” para la identidad—, y por otro un clima muy propicio para el auge de la ultraderecha que incita al odio racial.

Con base en lo anterior, es necesario reflexionar en que la identidad es un proceso, una construcción dinámica que se renueva constantemente en la relación con “el otro” y que, por lo tanto, presupone la noción de alteridad: para que alguien construya su propia identidad es necesario que reconozca la del otro. Si entendemos que las migraciones modifican la naturaleza misma de las sociedades que las acogen, comprenderemos igualmente que ello entraña procesos de mestizaje profundo de los que ha de surgir una identidad colectiva que, lejos de poner en riesgo la identidad del país de adopción, tenderá a transformarla y enriquecerla.

Es un hecho que las diversas comunidades que habitan en Francia han dado lugar al mestizaje —una buena muralla de protección contra el racismo— y tienen la responsabilidad conjunta de aprender a convivir en una sociedad secular; por

ello, es necesario insistir en la tolerancia recíproca, en la búsqueda de recursos para conciliar cultura de origen y cultura francesa. La igualdad de oportunidades sólo será posible si el gobierno y la sociedad se muestran sensibles a la necesidad de poner en marcha políticas públicas que impidan las discriminaciones en el alojamiento, la educación y el empleo.

Los jóvenes “de la periferia”, al igual que los de las clases acomodadas de las ciudades, en poco tiempo constituirán la fuerza productiva de Francia. Sin embargo, los primeros se muestran más bien pesimistas respecto de su futuro porque la hostilidad, el desprecio y la marginación han sido constantes en su vida, de ahí que vivan con mayor temor el desempleo. Y es que en el sistema educativo francés la competitividad es feroz, de manera que sólo quienes cuenten con los mejores diplomas tendrán la posibilidad de ocupar los puestos disponibles en el mercado de trabajo.

Los cursos de preparación para acceder a las facultades más importantes están destinados a la elite francesa, en tanto que la gran masa de bachilleres debe conformarse con la mediocridad de la enseñanza general no especializada, en la que con suerte el aprendizaje de un oficio técnico los llevará a insertarse en un mercado de trabajo sin garantías. Mientras el sistema educativo francés —en el que todo está jerarquizado— sólo les ofrezca a los jóvenes estudiantes de los suburbios opciones para “adaptarse” a su medio marginal y no para “integrarse” al resto de la sociedad, transmitiéndoles con ello una imagen devaluada de sí mismos, el desánimo y los sentimientos de injusticia, frustración y fracaso se mantendrán entre ellos.

La multiplicidad de culturas sobre el suelo francés reclama el reconocimiento de las familias migrantes y sus jóvenes, pues como bien expresó el escritor y poeta franco-árabe Tahar Ben Jelloun, a propósito de la tolerancia: “la gente no exige que se le quiera, sino que se respete su dignidad como seres humanos”, de ahí la necesidad de pensar en términos plurales.

La mayoría de los adolescentes surgidos de la inmigración manifiesta su voluntad de ser reconocidos como ciudadanos franceses porque lo son. Claman sus deseos de no ser excluidos de la sociedad francesa y de participar en la construcción de su futuro, por lo que gobierno y sociedad deben tomar medidas conjuntas para impedir la cancelación de sus horizontes vitales, de sus expectativas y de sus sueños.

CRONOLOGÍA

- 1962** Los Acuerdos de Evian ponen fin a la guerra entre Argelia y Francia (iniciada en 1954) y consagran la independencia del país africano. Más de un millón de *pies negros** son obligados a huir hacia la metrópoli, mientras que cientos de miles de *harkis*** son abandonados por el gobierno francés a las represalias del Frente de Liberación Nacional (FLN) de Argelia y sólo algunos consiguen escapar a la metrópoli. La inmigración de argelinos en Francia llega a 180 mil personas.
- 1966** Se crea la Dirección de Población y Migraciones (DPM) en el Ministerio de Asuntos Sociales.
- 1972** Por primera vez la ley considera al racismo como un delito.
- 1973** Se desata una serie de agresiones y atentados antimagrebíes. Entra en vigor el sistema Enseñanza de las Lenguas y Culturas de Origen (ELCO).
- 1974** En el contexto de la crisis petrolera, Francia suspende la inmigración de trabajadores no calificados.
- 1975** El reagrupamiento familiar es organizado de manera oficial. Ocurren algunas revueltas protagonizadas por hijos de *harkis*. Llegan los primeros *boat people* vietnamitas, quienes obtienen el estatus de refugiados.
- 1976** En Niza es destruida la última *bidonville*; para sustituirlas se crean las "ciudades de tránsito". Da inicio la política de rehabilitación de las ciudades HLM con las operaciones "hábitat y vida social".
- 1977** El gobierno instaura una ayuda de 10 mil francos para alentar el retorno de los trabajadores inmigrados a sus países de origen.
- 1981** El 4 de abril se realiza una manifestación nacional contra las leyes antinmigratorias. Poco después, jóvenes magrebíes criados en Francia y amenazados de expulsión realizan una huelga de hambre en Lyon. El 10 de

* Europeos argelinos.

** Argelinos que durante la guerra de independencia de su país eligieron luchar por el lado de Francia.

mayo François Mitterrand es elegido presidente de la República Francesa. En el verano tienen lugar varios “rodeos” (enfrentamientos) entre los jóvenes de los suburbios y la policía; los crímenes racistas se multiplican. Diversos barrios populares son sacudidos por los primeros motines urbanos. El 9 de octubre son abolidas las normas que prohíben la creación de asociaciones extranjeras. En noviembre se suprime la circular de 1977 sobre el subsidio para el retorno de inmigrantes a sus países de origen. Comienza una operación excepcional de regularización de los *sans-papiers*. Por iniciativa de Alain Savary, ministro de Educación, son creadas las Zonas de Educación Prioritarias (ZEP).

- 1982** En enero finaliza la regularización de los *sans-papiers*. En octubre son asesinados varios jóvenes “surgidos de la inmigración” en Nanterre y Lyon.
- 1983** Por primera vez se alían con éxito la derecha y la extrema derecha en las elecciones municipales de Dreux (Eure-et-Loir, al oeste de Île-de-France). En octubre se crea la Asociación Nacional de las Familias Víctimas del Odio Racial, Social y del Racismo; días después parte de Marsella hacia París la Marcha por la Igualdad y contra el Racismo, conocida popularmente como la “Marcha de los *beurs*”, que arriba a la capital francesa de manera apoteósica el 3 de diciembre. Continúan los crímenes racistas.
- 1984** La Asamblea Nacional vota por unanimidad el principio de la creación de la carta de residente, única y renovable, conocida como Carta de Diez Años. Se crea la asociación SOS Racismo. En Belle-Île la policía reprime a los jóvenes de los suburbios de París.
- 1985** Se firman los acuerdos de Schengen (Luxemburgo), que prevén la creación de un espacio europeo de libre circulación. Se funda la asociación France-Plus. El 30 de mayo, SOS Racismo organiza un concierto en la plaza de la Concordia de París que congrega a 300 mil personas.
- 1986** Se dicta el proyecto de ley Pasqua (creada por Charles Pasqua, ministro del Interior) que abroga ciertas disposiciones favorables a los inmigrados, como aquellas referidas a las condiciones de entrada y la obtención de la Carta de Diez Años, facilitando las expulsiones. Un grupo de 110 malíes clandestinos en París es devuelto a África en un vuelo charter. Los extranjeros no europeos son obligados a obtener una visa para permanecer en Francia. Se realizan varias manifestaciones estudiantiles en contra de la ley Duvaquet y es asesinado por la policía el estudiante de origen árabe Malik Oussekiné en

el barrio latino de París. Un grupo de jóvenes de los suburbios de Lyon se declara en huelga de hambre contra la ley Pasqua.

- 1987** Los mineros marroquíes de Nord-Pas-de-Calais se declaran en huelga.
- 1988** En mayo es reelecto el presidente François Mitterrand. Se realiza una campaña por el derecho de voto de los inmigrados en las elecciones municipales de 1989 y por la abrogación de la ley Pasqua.
- 1989** La ley Joxe (dictada por Pierre Joxe, ministro del Interior) abroga ciertas disposiciones de la ley Pasqua concernientes a los derechos y residencia de los extranjeros en Francia. El conflicto que surge en Creil (Oise) en torno al uso del velo islámico dentro del colegio provoca una polémica nacional. En diciembre se realizan elecciones legislativas parciales en Dreux, de las que sale triunfante el Frente Nacional (FN).
- 1990** El alcalde de Montfermeil (Seine-Saint-Denis, periferia de París) es inculpado por “discriminación racial”. Varios jóvenes de origen extranjero de Vaulx-en-Velin (Lyon) realizan motines antipolicíacos. De 1990 a 1993 el Alto Consejo para la Integración funciona bajo la forma de una comisión interministerial.
- 1991** Continúan los motines de jóvenes que habitan en los suburbios de París. El Tratado de Maastricht instauro la “ciudadanía europea”.
- 1992** Se crean las “zonas de espera” para los extranjeros no admitidos en el territorio francés. Por iniciativa del alcalde de Haumont (Nord) se lleva a cabo un referéndum sobre la inmigración. El Instituto Nacional de Estudios Demográficos (INED) realiza la primera encuesta sobre poblaciones inmigradas o de ascendencia inmigrante que no establece diferencias respecto del origen étnico en sus categorías. Ello desatará una viva polémica en torno a la prohibición republicana de anunciar el origen como complemento de la nacionalidad.
- 1993** Se dicta una segunda ley Pasqua sobre la entrada y residencia de extranjeros, lo cual multiplica los obstáculos para su regularización. La ley sobre la nacionalidad establece la exigencia de una “manifestación de voluntad” para los jóvenes de 16 a 21 años nacidos en Francia de padres extranjeros. En junio se adoptan medidas restrictivas en cuanto a la liberación de la carta de residencia, el reagrupamiento familiar y el derecho

de asilo; en agosto se dicta una ley que facilita los controles de identidad. Se estrena la película *Métis (Mestizo)*, de Mathieu Kassovitz, que trata sobre los incidentes de un romance interracial. Son reforzadas las medidas represivas y la limitación del derecho de residencia para los extranjeros no europeos; a su vez, se reforma la adquisición de la nacionalidad por matrimonio de extranjero y francés: en vez de seis meses de vida en común se exigen dos años.

- 1994** Se estrena la película *Hexagone (Hexágono)*, en referencia a la forma geográfica del territorio francés), de Malik Chibane, que aborda la problemática social de los jóvenes que viven en los barrios populares. François Bayrou, ministro de Educación, llama a “prohibir el uso de signos ostentosos que constituyen por sí mismos elementos de proselitismo o discriminación”, en referencia directa al velo islámico. El nuevo Código Penal refuerza el castigo de los delitos racistas.
- 1995** Se crea el Ministerio de la Integración y la Lucha contra la Exclusión. El 1 de mayo Brahim Bouarram, marroquí de 29 años, cae “accidentalmente” en el río Sena desde el puente del Carrusel, en París, mientras se realizaba un desfile del Frente Nacional; Brahim no sabe nadar y, sin que nadie acuda a sus llamados de auxilio, muere ahogado. Se estrena la película *La Haine (El odio)*, de Mathieu Kassovitz, cuyo tema gira en torno a los enfrentamientos entre la policía y los jóvenes de los suburbios de París. El filme fue presentado en la selección oficial del Festival de Cannes. En la capital francesa ocurre una ola de atentados, específicamente en las estaciones del tren suburbano Port-Royal y Saint-Michel.
- 1996** Un grupo de más de 200 *sans-papiers* se refugia primero en la iglesia de Saint-Ambrose y después en la de Saint-Bernard de la Chapelle, en París, hasta que es expulsado por las fuerzas del orden. Algunos intelectuales y estrellas de cine, como Léon Schwarzenberg (médico cancerólogo, diputado y activista en defensa de los derechos humanos) y Emmanuelle Béart (actriz), manifiestan su apoyo a los refugiados. El Consejo de Ministros adopta el proyecto de ley Debré (propuesta por Jean-Louis Debré, ministro del Interior) que refuerza los controles contra la inmigración y el “respeto de los derechos individuales”. El Consejo de Estado publica un informe que consagra el principio de igualdad.
- 1997** En febrero se vota la ley Debré, que de modo específico prevé la obligación para toda persona que acoja a un extranjero de declararlo ante la

administración; la medida provoca una movilización de protesta por parte de la izquierda. En marzo se realiza en Estrasburgo una manifestación nacional contra el FN. El primer ministro Lionel Jospin inicia una operación de regularización de extranjeros, misma que luego de un minucioso estudio caso por caso beneficia a cerca de 30 mil *sans-papiers*. En diciembre se adopta el proyecto de ley Chevènement (propuesto por Jean-Pierre Chevènement, ministro del Interior), que se refiere al derecho de asilo, los derechos sociales, la supresión del certificado de alojamiento y el reagrupamiento familiar no sometido al criterio de los recursos económicos. Luego de las elecciones legislativas, el programa del Partido Socialista propone abrogar las leyes Pasqua y Debré, pero éstas sólo son modificadas.

- 1998** De manera definitiva es adoptada por la Asamblea Nacional la ley referente a la nacionalidad (supresión de la manifestación de voluntad para volverse franceses entre los 16 y 21 años, a la que debían sujetarse los jóvenes nacidos en el extranjero y criados en Francia). La selección francesa de fútbol —conocida como *black-blanc-beur* (negra, blanca y franco-árabe)— obtiene la victoria en el campeonato mundial celebrado en París y lanza a la fama a su máxima estrella, el delantero marsellés Zinedine Zidane, hijo de un obrero y una ama de casa argelinos. El Alto Consejo para la Integración presenta su informe ante el primer ministro, que en términos generales se pronuncia por hacer respetar el principio de igualdad en el marco de la lucha contra las discriminaciones.
- 1999** Es adoptado un proyecto de ley constitucional relativo a la igualdad entre géneros; la ley favorece el acceso igualitario de hombres y mujeres a los cargos de elección popular. El 24 de agosto Michel-Hicham Gutsche, un joven de 21 años de origen extranjero, es descubierto ahorcado en su celda de Auxerre; después de su encarcelación le habían prohibido las visitas de sus padres. El término oficial de “operación de mantenimiento del orden”, empleado para denominar los enfrentamientos entre franceses y argelinos entre 1954 y 1962, es remplazado por el de “guerra de Argelia”. Entra en vigor el Tratado de Amsterdam.
- 2000** La Inspección General de Educación Nacional entrega su informe al ministro delegado de la Enseñanza Profesional, Jean-Luc Mélenchon, en el cual se revelan preocupantes prácticas discriminatorias hacia estudiantes de origen magrebí y del sur de África. Nordine Bara, un joven de 22 años descendiente de extranjeros y detenido provisionalmente en la casa de

arresto de Villepinte (Seine-Saint-Denis), es descubierto ahorcado a cinco días de que se evaluara su demanda de libertad.

- 2001** Mehdi Reziga, un joven de 22 años de origen magrebí, encarcelado tres meses por rebelión a la autoridad, es descubierto ahorcado en la casa de arresto de Saint-Joseph (Lyon) quince días antes de su liberación. Se adopta la propuesta de ley relativa a la lucha contra las discriminaciones. El artículo 122-35 del Código del Trabajo es modificado en lo referente a la cláusula sobre “apariencia física y patronímico”. Durante las elecciones municipales se crea en Toulouse la lista electoral independiente Les Motivé-e-s, encabezada por un *beur*, a iniciativa del grupo de rock Zebda y de otras asociaciones locales. Dicha lista fue promovida luego de que la izquierda rechazó nombrar a un *beur* como líder de su fórmula electoral. De manera inesperada, Les Motivé-e-s obtienen 13% de los votos en la primera vuelta, una cifra muy alta en razón de la premura con que la lista fue creada. Se estrena el filme documental *Histoire de vies brisées, les “double-peine” de Lyon* (*Historia de vidas rotas, los “doblemente castigados” de Lyon*), dirigida por Bertrand y Nils Tavernier.
- 2002** En abril, Jean-Marie Le Pen logra pasar a la segunda vuelta de la elección presidencial con 16.86% de los sufragios, pero el 5 de mayo es vencido por Jacques Chirac con 82% de la votación total. Por primera vez, dos *beurs* son nombrados secretarios de Estado: Tokia Saïfi y Hamlaoui Mékachéra. Las pensiones y los retiros de los antiguos combatientes extranjeros pasan de 20 a 120%, según el poder de compra de los países de origen; gracias a esta medida son beneficiados 130 mil extranjeros que al fin obtienen un trato igualitario respecto de los militares franceses. En octubre, Solane, una adolescente de 17 años, es violada y quemada viva en Vitry-sur-Seine (periferia de París) por un grupo de jóvenes. En diciembre la policía desaloja a 163 gitanos de Rumania que vivían en campamentos improvisados al sur de París; también detiene a 70 indocumentados que traslada a la frontera para su posible expulsión. Se estrena la película *Jeunesse dorée (Juventud dorada)*, de la joven realizadora franco-argelina Zaïda Ghorab-Volta; el tema de esta *road movie* gira en torno a dos muchachas (de 17 y 18 años) que viven en los suburbios marginados de París y que, gracias al financiamiento que obtiene su proyecto escolar, realizan un viaje por la Francia profunda para fotografiar las unidades habitacionales de los barrios populares, un viaje iniciático que les sirve para encontrarse a sí mismas. La cinta fue seleccionada para la Quincena de los Realizadores en el Festival de Cannes (2001).

- 2003** Tienen lugar numerosos encuentros culturales con motivo de la celebración del Año de Argelia en Francia. Se decreta la creación de un comité interministerial para la integración. En marzo, una asociación de mujeres llamada “Ni Putas Ni Sumisas”, creada a raíz del crimen de Solane, organiza una marcha en defensa de los derechos de la mujer que, partiendo de Vitry-sur-Seine, recorre durante cinco semanas 27 ciudades de Francia y termina con una manifestación de 30 mil personas en París, la cual coincide con el Día Internacional de la Mujer. En su manifiesto denuncian “la marginación económica y las discriminaciones, el fundamentalismo, el sexismo omnipresente, la violencia verbal y física, la sexualidad prohibida, las violaciones colectivas, el casamiento forzado...”. El 1 de mayo Bertrand Delanoë, alcalde de París y miembro del Partido Socialista, devela una placa en homenaje a Brahim Bouarram cerca del Puente del Carrusel, donde el Movimiento contra el Racismo y por la Amistad entre los Pueblos (MRAP) lleva a cabo una Marcha del Recuerdo desde 1996. La 17ª Cámara Correccional desestima la demanda por difamación de Jean-Marie Le Pen contra el periódico *Le Monde*, a propósito de un artículo que reveló su participación en actos de tortura durante la guerra de Argelia. El primer ministro Jean-Pierre Raffarin confía a Bernard Stasi la elaboración de un proyecto de ley para crear una “autoridad administrativa independiente encargada de luchar contra todas las formas de discriminación”. En octubre, las hermanas Alma y Lila Levy, estudiantes musulmanas de 16 y 18 años, son expulsadas de un liceo de Aubervilliers (Seine-Saint-Denis) al término de un procedimiento interdisciplinario por su negativa a quitarse el velo en la entrada del recinto. El incidente desata una nueva polémica sobre el uso del velo islámico en la escuela.
- 2004** Aprobada por la Asamblea Nacional, en septiembre entra en vigor la ley de prohibición del velo islámico, la kipá judía y el crucifijo cristiano en las escuelas, en defensa de la laicidad. Se estrena la película *Exil (Exilio)*, de Tony Gatlif, que narra la historia de Naïma y Zano, una pareja de jóvenes franceses de origen norteafricano que emprenden un viaje a Argelia en busca de sus raíces: el efecto catártico del mismo los ayudará a asumir con mayor sosiego el significado y el valor de su doble identidad.

ANEXO FOTOGRÁFICO

JÓVENES FRANCESES DE ORIGEN EXTRANJERO

LICEO ROMAIN ROLLAND DE ARGENTEUIL





















FUENTES DE CONSULTA

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Martín, *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*, Madrid, Aguilar, 1967.
- AVILÉS FABILA, René, *La incómoda frontera entre el periodismo y la literatura*, México, Fontamara/UAM-Xochimilco (Fontamara, 226), 1999.
- BARSALI, Nora et al., *Génération Beurs. Français à part entière*, París, Éditions Autrement, 2003.
- BERNARD, Philippe, *Immigration: le défi mondial*, París, Gallimard (Folio/Actuel, 95), 2002.
- BRAUDEL, Fernand, *La identidad de Francia*, 3 vols., Barcelona, Gedisa, 1991.
- CAILLE, Jean-Paul y Louis-André Vallet, *Les élèves étrangers ou issus de l'immigration dans l'école et le collège français*, París, Direction de l'Évaluation et de la Prospective du Ministère de l'Éducation Nationale, 1996.
- CAMPBELL, Federico, *Periodismo escrito*, México, Alfaguara (Serie Circular), 2002.
- CORTÁZAR, Julio, *El perseguidor*, Madrid, Alianza Editorial (Alianza Cien), 1993.
- CHERKAOUI, M., *Les paradoxes de la réussite scolaire*, París, PUF, 1979.
- DALLAL, Alberto, *Lenguajes periodísticos*, México, UNAM-III (Divulgación, 2), 1989.
- ECO, Umberto, *Cómo se hace una tesis*, trad. de Lucía Baranda y Alberto Clavería, Barcelona, Gedisa (Práctica), 1994.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus, *La gran migración*, Barcelona, Anagrama (Argumentos, 133), 1992.
- FAVIER, Gilles, y Mathieu Kassovitz, *Jusqu'ici tout va bien... Scénario et photographies autour du film La Haine*, Arles, Actes Sud (Voir et Dire), 1995.

- FERRO, Marc, *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*, trad. de Sergio Fernández, México, FCE (Colección Popular, 441), 1990.
- FRESNEY, Laurence Duboys, *Atlas des Français. Grand angle sur un peuple singulier*, París, Éditions Autrement (Atlas/Monde & Sciences Humaines), 2002.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *Crónicas y reportajes*, Bogotá, La Oveja Negra, 8ª ed., 1982.
- GIUDICE, Fausto, *Têtes de turcs en France*, París, Éditions La Découverte (Enquêtes), 1989.
- GRIJELMO, Álex, *El estilo del periodista*, Madrid, Taurus (Pensamiento), 8ª ed., 2001.
- JOUBERT, Jean-Louis, *La francophonie*, París, CLE International, 1997.
- KAPUŚCIŃSKI, Ryszard, *Los cinco sentidos del periodista*, México, FCE/Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (Nuevo Periodismo/Libros del Taller), 2003.
- _____, *Ébano*, trad. de Agata Orzeszek, Barcelona, Anagrama (Crónicas, 45), 8ª ed., 2003.
- _____, *El mundo de hoy*, ed., introd. y trad. de Agata Orzeszek, Barcelona, Anagrama (Crónicas, 66), 2004.
- KRISTEVA, Julia, *Étrangers à nous-mêmes*, París, Gallimard (Folio/Essais, 156), 1988.
- KYMLICKA, Will, *Ciudadanía multicultural: una teoría liberal de los derechos de las minorías*, Barcelona, Paidós (Estado y Sociedad), 1996.
- Le grand Robert de la langue française*, tt. I-VI, París, Dictionnaires Le Robert, 2ª ed., 2001.
- LE MOIGNE, Guy, *L'immigration en France*, París, Presses Universitaires de France (Que Sais-Je?), 2ª ed., 1991.
- LEÑERO, Vicente, y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo (Tratados y Manuales), 4ª ed., 1986.

- MORO, Marie Rose, *Enfants d'ici venus d'ailleurs*, París, Éditions La Découverte, 2002.
- PENNAC, Daniel, *Como una novela*, trad. de Moisés Melo, Santafé de Bogotá, Norma, 3ª reimp., 1997.
- PETIT, Michèle, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, México, Fondo de Cultura Económica (Espacios para la Lectura), 2ª reimp., 1999.
- REY, Henri, *La peur des banlieues*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1996.
- RÍO REYNAGA, Julio del, *Periodismo interpretativo. El reportaje*, México, Trillas, 1994.
- ROBECCHI, Alessandro, *Manu Chao. Música y libertad*, trad. de Juan Manuel Salmerón, Barcelona, Mondadori, 2002.
- SALOMON, Robert, *Les réfugiés*, París, Presses Universitaires de France (Que Sais-Je?), 1963.
- SARTORI, Giovanni, *La sociedad multiétnica*, trad. de Miguel Ángel Ruiz de Azúa, Madrid, Taurus, 2001.
- SAYAD, Abdelmalek, *Un Nanterre algérien, terre de bidonvilles*, París, Éditions Autrement, 1995.
- SEGUIN, Boris, y Frédéric Teillard, *Les céfrans parlent aux Français. Chronique de la langue des cités*, París, Éditions Calmann-Lévy, 1996.
- SORMAN, Guy, *Esperando a los bárbaros*, Barcelona, Seix Barral, 1993.
- _____, *Le bonheur Français*, París, Librairie Arthème Fayard, 1995.
- TAGUIEF, Pierre-André, *Le racisme*, París, Flammarion (Dominos), 1997.
- TELLO, Nerio, *Periodismo actual. Guía para la acción*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
- TOURAINÉ, Alain, *Igualdad y diversidad. Las nuevas tareas de la democracia*, México, FCE (Colección Popular, 541), 2ª ed., 2000.

_____, *¿Podremos vivir juntos?*, México, FCE (Sociología), 2001.

TRIBALAT, Michèle (dir.), *Cents ans d'immigration, Étrangers d'hier, Français d'aujourd'hui*, París, PUF-INED, 1991.

VELÁZQUEZ, Luis *et al.*, *Técnica del reportaje*, Xalapa, Universidad Veracruzana (Textos Universitarios), 2^a ed., 2004.

VIEILLARD-BARON, Hervé, *Les banlieues*, París, Flammarion (Dominos), 1996.

WALLRAFF, Günter, *El periodista indeseable*, trad. de Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama (Crónicas, 4), 3^a ed., 1993.

_____, *Cabeza de turco*, trad. de Pablo Sorozábal, Barcelona, Anagrama (Compactos Anagrama, 213), 1999.

HEMEROGRAFÍA

- BRYSON, Scott, "Problèmes de l'immigration et problèmes de la jeunesse", en *Échos*, núm. 63, Sèvres, Centre International d'Études Pédagogiques (CIEP), 1991, pp. 122-126.
- CHARTIER, Claire, "Pourquoi les ados font la loi", en *L'Express International*, núm. 2655, París, 23-29 de mayo de 2002, pp. 61-67.
- DURIBREUX, Marie, "La peur de l'expulsion en héritage", en *Libération*, París, 4 de julio de 2003.
- GOUDAILLIER, Jean-Pierre, "Langues et identités", en *Informations Sociales*, núm. 119 : Les Adolescents, París, octubre de 2004.
- GOYTISOLO, Juan, "De la migración a la inmigración", en *Letras Libres*, año IV, núm. 46, México, octubre de 2002, pp. 22-26.
- "Immigration: les filières de l'Est", en *Le Monde*, París, 3 de agosto de 2002.
- KARPYTA, Frédéric *et al.*, "1981-2000: vingt ans d'histoire", en *Ça M'Intéresse*, núm. 241, París, marzo de 2001, pp. 8-19.
- MARSELLI, Daniel, "La beauté de l'adolescent et ses paradoxes", en *Informations Sociales*, núm. 119: Les Adolescents, París, octubre de 2004, pp. 70-71.
- SEN, Amartya, "La otra gente. Más allá de la identidad", en *Letras Libres*, año III, núm. 34, México, octubre de 2001, pp. 12-20.
- SIMPSON G., MÁXIMO, "Reportaje, objetividad y crítica social", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 86-87, octubre-diciembre de 1976/enero-marzo de 1977.
- The Economist, "El sueño de los migrantes", en *Nexos*, año 26, vol. XXVI, núm. 317, México, mayo de 2004, pp. 25-30.
- WIHTOL, Catherine, "Les flux migratoires en France et en Europe", en *Informations Sociales*, núm. 113: Actualité des Migrations, París, enero de 2004, pp. 16-26.

PÁGINAS WEB

- France Terre d'Asile (FTDA)
www.ftda.net
- *Le Monde Diplomatique*
www.monde-diplomatique.fr
- Mouvement contre le Racisme et pour l'Amitié entre les Peuples (MRAP)
www.mrap.asso.fr
- Mouvement de l'Immigration et des Banlieues (MIB)
www.mibmib.free.fr
- Organisation Internationale pour les Migrations (OIM)
www.iom.int
- *Revista Migrants-Formation*, Centre National de Documentation Pédagogique (CNDP)
www.cndp.fr/vei/
- *Revista Migrations-Société*
www.members.aol/ciemi-paris/
- SOS Racisme
www.sos-racisme.org
- *Literatura beur*
www.sunderland.ac.uk